FACETAS

Vol. 10 1977 No. 2

POLITICA EXTERIOR EN LA ERA NUCLEAR

Jerome Slater
¿ES "IMPERIALISTA" LA POLITICA EXTERIOR DE LOS EUA?

Alastair Buchan
LOS ESTADOS UNIDOS EN EL MUNDO DEL MAÑANA

James E. Dougherty
SICOLOGIA DE LA DISUASION NUCLEAR

Bayless Manning
IDEOLOGIA Y POLITICA EXTERIOR

Irving Howe
EL TOQUE DE ASOMBRO EN LA LITERATURA ESTADOUNIDENSE

Richard Kostelanetz
DISECCION DEL SIGLO XX

Lester Brown
EL RETRASO DEL CRECIMIENTO URBANO

Stephen G. Brush
TEORIA CIENTIFICA Y REALIDADES DE LABORATORIO

JUSTICIA SOCIAL: TRES OPINIONES
Joseph P. DeMarco y Samuel R. Richmond
Raymond D. Gastil
Irving Kristol

FACETAS

ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Director: Nathan Glick
Director Asociado: Jacob Sloan
Director Adjunto: William H. Durham
Director de Arte: Gary Soderstrom
Asistente Editorial: Iris L. Nelson
Oficina Editorial: Agencia de Información de los EUA
1776 Pennsylvania Avenue, N.W.
Washington, D.C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones o al Servicio Cultural e Informativo de la Embajada de los EUA para su trámite.

FACETAS

1977

Vol. 10 No. 2

sección especial:
POLITICA EXTERIOR EN LA ERA NUCLEAR

Jerome Slater	3	**¿Es "Imperialista" la Política Exterior de los EUA?**
Alastair Buchan	14	**Los Estados Unidos en el Mundo del Mañana**
James E. Dougherty	24	**Sicología de la Disuasión Nuclear**
Bayless Manning	30	**Ideología y Política Exterior**
Duncan L. Clarke	40	**Posibilidades del Control de Armamentos**
Irving Howe	53	**El Toque de Asombro en la Literatura Estadounidense**
Richard Kostelanetz	62	**Disección del Siglo XX**
Lester Brown	72	**El Retraso del Crecimiento Urbano**
Stephen G. Brush	83	**Teoría Científica y Realidades de Laboratorio**
		Justicia Social: Tres Opiniones
Joseph P. DeMarco y Samuel R. Richmond	90	**1. Igualdad y Justicia**
Raymond D. Gastil	96	**2. Una Etica más Pluralista**
Irving Kristol	102	**3. Libertad y Economía**
Irving Singer	107	**Libreto y Música en Opera**
Stephen Dobyns	118	**Silencio (Poema)**
		LIBROS
Ann Morrissett Davidon	119	**Las Mujeres Según Ellas Mismas**
David Cairns	122	**El Lenguaje de la Música**
Paul Goldberger	126	**El Diseño de Casas**

NOTA AL LECTOR

En otros tiempos, la política exterior se circunscribía principalmente a las relaciones con países geográficamente cercanos o con colonias dependientes. Naturalmente, hubo guerras despiadadas, pero el armamento era primitivo para las normas de hoy. Y había enfrentamientos de intereses económicos, pero éstos eran bastante sencillos y limitados. Para la nueva república norteamericana existía el elemento adicional del aislamiento geográfico, que le permitió a George Washington aconsejar en contra de "alianzas permanentes con cualquier porción del mundo exterior".

Esta opción ya no es asequible a los Estados Unidos, a las naciones más antiguas o a las docenas de naciones nuevas que han aparecido en el mundo desde 1945. Hemos entrado, todos nosotros, en una era de interdependencia compleja e ineludible. Los adelantos económicos y políticos de una zona determinada del mundo pueden afectar, en forma inmediata y crucial, a países que se encuentren a miles de kilómetros de distancia. Las armas nucleares, y aún más, su posible proliferación, amenazan a los pueblos en todas partes, indiscriminadamente.

Los colaboradores de nuestra sección especial reconocen los peligros de esta nueva interdependencia, pero también la consideran un incentivo para lograr una mayor cooperación. La amenaza de una guerra nuclear ha hecho que las superpotencias sean más cautas y responsables, y ha logrado un progreso sin precedentes en el control de las armas el cual, si se mantiene, puede liberar recursos económicos cuantiosos para ayudar a los países en desarrollo. Diversos arreglos regionales e internacionales limitan acciones nacionales impulsivas y tienden a alentar las negociaciones en lugar de los enfrentamientos.

Pero junto con estas tendencias esperanzadoras, nuestros colaboradores reconocen la persistencia de intereses e ideologías en conflicto. No anticipan la posibilidad de un gobierno mundial, ni soluciones fáciles a las discordias y ambigüedades de las relaciones internacionales. Lo que ofrecen es el consuelo objetivo de que, para todas las naciones, el propio interés inteligente—y no digamos la mutua supervivencia—apunta hacia una avenencia pacífica más que hacia un conflicto armado.

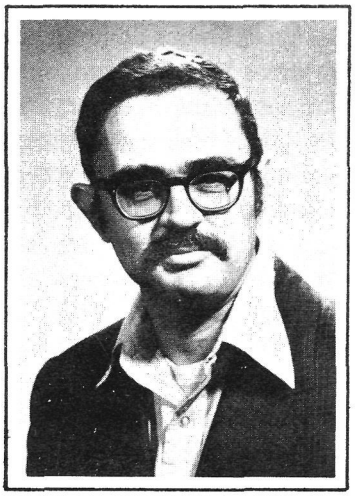
N.G.

sección especial:

Política Exterior en la era Nuclear

¿ES "IMPERIALISTA" LA POLITICA EXTERIOR DE LOS EUA?

Por Jerome Slater



En el curso de la última década críticos radicales han considerado "imperialista" el papel de los Estados Unidos en los asuntos mundiales, y especialmente su relación con el Tercer Mundo. Han dicho que ese comportamiento es una calca del patrón tradicional del colonialismo europeo del siglo XIX. Si bien aboga por una política de ayuda más generosa hacia las naciones en desarrollo, el autor encuentra que los argumentos radicales carecen del respaldo de las realidades políticas y económicas de la historia reciente.

Jerome Slater es profesor de ciencias políticas de la Universidad Estatal de Nueva York, en Buffalo. Es autor de varios libros y de muchos artículos concernientes a la política exterior de los Estados Unidos, especialmente en relación con la América Latina. Tienen especial interés para el lector latinoamericano sus libros: *The OAS and U.S. Foreign Policy* (La OEA y la política exterior de los Estados Unidos), e *Intervention and Negotiation: The United States and the Dominican Revolution* (Intervención y negociación: los Estados Unidos y la revolución dominicana). El presente artículo se reprodujo del número de primavera de 1976 de la revista *Political Science Quarterly*.

A partir de los años sesentas, los críticos izquierdistas han considerado el papel de los Estados Unidos más imperialista que defensivo: como un esfuerzo intencionado y generalmente exitoso de dominio mundial, con pretexto de la "contención". La meta central de este dominio generalmente se define en términos económicos: la conservación del acceso en condiciones favorables a las materias primas y los mercados extranjeros, y a los conductos de inversión para el capital privado estadounidense. La tesis agrega que haciendo uso de su vasto poder económico, los Estados Unidos se esfuerzan en mantener conservador, capitalista y dócil al resto del mundo.

Un modo alternativo de ver la política exterior de los Estados Unidos durante la posguerra prefiere tacharla de "imperial", expresión más descrip-

© 1976, por The Academy of Political Science.

tiva que hostil. Según este modo de ver, las políticas seguidas por los Estados Unidos se han ocupado de estabilizar el orden mundial durante un período en el que otras instituciones internacionales se muestran incapaces de mantener la paz y de desempeñar otras funciones críticas. Cualquier gran potencia del sistema mundial actual, arguye el comentarista político francés Raymond Aron, ensancha natural e inevitablemente sus intereses y compromisos. En determinados momentos esta expansión puede ser moral y políticamente deseable, como Aron considera el papel que los Estados Unidos desempeñaron en Europa durante el período de la posguerra.

Pero tanto las denominaciones "imperialista" como "imperial" implican que los Estados Unidos tienen *gran* poderío y no simplemente un poderío desigual; ambas denominaciones implican capacidad para dominar o controlar otros Estados, y no simplemente influir en ellos; una y otra implican un imperio, y no una mera esfera de influencia. ¿Son correctos estos supuestos? ¿Los efectos reales del poderío de los Estados Unidos en el resto del mundo han sido suficientemente expansivos para justificar el título de "imperialista" o "imperial"?

Teoría de la Dependencia

Hacia la última década, la teoría de la "dependencia" se ha convertido en el tema dominante en los escritos radicales. En sus versiones más rebuscadas, las teorías de la dependencia sostienen que, en su condición de productores de materias primas y de consumidores de productos manufacturados, los países del Tercer Mundo han quedado inextricablemente integrados al sistema del mundo capitalista, dominado a su vez por el capitalismo de los Estados Unidos. Sin embargo, debido a que son débiles y no están económicamente diversificados, los países del Tercer Mundo son relegados a la "periferia" del sistema y se los mantiene subdesarrollados o empobrecidos debido a los bajos precios que reciben por sus exportaciones, a los altos precios que deben pagar por sus importaciones y a las condiciones onerosas que se ven obligados a aceptar con el fin de tener acceso al capital extranjero, ya sea por medio de préstamos o de inversiones. Aunque la dependencia puede ser consecuencia parcial de un intencionado ejercicio del poderío, más fundamentalmente es una función de la estructura capitalista. Mientras el capitalismo mundial continúe en su forma actual, el Tercer Mundo no puede escapar al subdesarrollo, puesto que su "producción excedente" seguirán apropiándosela, en beneficio propio, las sociedades capitalistas avanzadas. Así pues, bajo el capitalismo, el subdesarrollo no es una fase transitoria hacia el desarrollo, sino un estado permanente: "Desarrollo económico y subdesarrollo son las caras opuestas de la misma moneda", según palabras del radical economista mexicano André Gunder Frank.

¿Por qué los países del Tercer Mundo no se rebelan contra esta explotación estructural? Porque, según los teóricos de la dependencia, aunque los *pueblos* del Tercer Mundo como totalidad sufren, las *élites* locales, políticas,

de negocios y militares, se benefician: su poder, su condición y su riqueza están directamente ligados a la conservación del "sistema" existente, es decir, a la inversión y producción, por subsidiarias locales, de las gigantescas compañías multinacionales, a los programas de ayuda militar, al asesoramiento, apoyo y financiamiento de la CIA y así sucesivamente. Sin esta alianza entre las élites del centro y la periferia, resultaría imposible toda la estructura de control capitalista indirecto sobre el Tercer Mundo. Dicho en otras palabras, es esta alianza simbiótica lo que constituye el equivalente funcional de las estructuras militares, políticas y burocráticas de control de las viejas versiones colonialistas del imperialismo.

¿Explotación Económica?

Examinemos esta teoría o argumentación, viendo primero el punto de si los Estados Unidos explotan o no económicamente al Tercer Mundo. Es importante que destaquemos aquí que si deseamos una distinción entre "explotación" y simple "desigualdad" (distinción que seguramente es útil mantener), las asimetrías de las ventajas (a) tienen que ser *muy* grandes y no simplemente algo desiguales; y (b) tienen que nacer del uso intencional del poderío por la parte más poderosa.

Ahora podemos pasar directamente al examen de la acusación de que, por su condición de primera potencia imperialista contemporánea, los Estados Unidos explotan económicamente al Tercer Mundo. Según la teoría clásica de la economía, en un mercado internacional abierto, el libre cambio es de beneficio igual y mutuo tanto para las naciones ricas como para las pobres, debido a los conocidos principios de la ventaja comparativa basada en la división y especialización del trabajo. Sin embargo, en el mundo real, el comercio internacional no puede ser verdaderamente abierto ni puede estar estrictamente basado en la oferta y la demanda y los beneficios pueden estar distribuidos de modo desigual. Hasta hace muy poco era generalmente aceptado, incluso por economistas no radicales ni marxistas, que de hecho las condiciones del comercio se inclinaban contra los países del Tercer Mundo, como resultado del poderío político y financiero intencional o inconscientemente ejercido por el mundo industrializado. Esto se debía a que generalmente se creía que al menos a partir de 1940, los precios de las materias primas y demás productos básicos que el Tercer Mundo exporta habían ido cayendo constantemente en relación con el precio de los artículos manufacturados que no tenían más remedio que importar del mundo industrializado. Generalmente se reconocía que, en su funcionamiento real, el sistema de "libre comercio" internacional presentaba los mismos inconvenientes que el sistema interior de "libre empresa": cuando no todos los participantes tienen un poderío económico igual, los ricos obtienen provechos mejores, fuera de toda proporción, que los pobres, e incluso, en formulaciones más extremas, los pobres resultan realmente más empobrecidos. Según un estudio reciente, la política de puertas abiertas o de libe-

ralismo económico se convirtió en "la ideología de una hegemonía norteamericana continuada".

Sin embargo, en los años más recientes, se ha cuestionado la exactitud de esta apreciación, en cuanto se ha aplicado al pasado reciente, al presente y a un futuro previsible. Un estudio reciente, por ejemplo, llega a la conclusión de que (incluso excluyendo al petróleo del cálculo) en los últimos 25 años los precios de las materias primas exportadas por países pobres habían subido aproximadamente según los mismos índices de aumento de los precios de los artículos manufacturados importados. Steven Krasner ha llegado incluso más allá, arguyendo que los países del Tercer Mundo han sido *beneficiarios* relativos de los planes restrictivos impuestos por los Estados consumidores o por sus empresas multinacionales: "Respecto a la mayoría de los productos básicos primordiales, los precios actuales son más altos que los que prevalecerían en un mercado libre. A base de los conceptos neoclásicos del valor, los Estados consumidores han sido explotados por las regiones productoras". Por lo que respecta al presente y al futuro previsible, existe un creciente consenso de que como resultado de la siempre más grande escasez de determinadas materias primas clave y de la capacidad de los Estados productores para crear cárteles exitosos no sólo para el petróleo, sino también para otros productos básicos (cobre, estaño, bauxita y, por lo visto, otros en perspectiva) las condiciones del comercio irán cambiando en sentido cada vez más favorable para el Tercer Mundo o, cuando menos, para la parte del Tercer Mundo suficientemente afortunada para controlar los productos básicos o materias primas más importantes.

La Inversión Extranjera y las Multinacionales

¿Constituye explotación en el sentido absoluto o en el sentido relativo de la palabra la inversión directa de empresas de países avanzados en el Tercer Mundo? Según críticos radicales, las subsidiarias de empresas multinacionales de propiedad extranjera "descapitalizan" a los países subdesarrollados, porque se llevan en utilidades más de lo que traen a través de la inversión;

> **Jamás serán prudentes las naciones si no son generosas.**
>
> **Washington Irving**

además cierran el paso al crecimiento y la industrialización locales porque compran pequeñas empresas locales o las expulsan de la esfera de los negocios mediante una competencia a degüello; crean un súbito desempleo al cerrar despiadadamente las subsidiarias locales cuando así lo impone la maximización de las ganancias en todo el mundo; sacan del control local

sectores clave de la economía; crean una burguesía nacional cuyos intereses están ligados a la industria extranjera en lugar de estarlo al crecimiento del país; perturban los patrones culturales y las instituciones locales y en su lugar ponen el burdo materialismo de Occidente; y, en general, integran las economías, la estructura social y las instituciones políticas de los países del Tercer Mundo en puestos periféricos, permanentemente subordinados, en la estructura capitalista mundial.

Otros estudiosos de la inversión extranjera ven esta cuestión de modo muy diferente. Sostienen que la inversión extranjera lleva claramente consigo muchos beneficios positivos. Las empresas extranjeras tienen el capital y los conocimientos, de los que inicialmente carecen los países subdesarrollados, para cateos, desarrollo, producción y comercialización de materias primas que, de otro modo, seguirían aletargadas durante décadas. Para hacerlo, construyen redes de transporte, dan empleo a un gran número de personas del país, generalmente con tarifas de salarios muy por encima de las normas acostumbradas en el país anfitrión, construyen viviendas, escuelas y hospitales y, por medio de los impuestos, aportan las muy necesarias divisas extranjeras. En la esfera fabril, las empresas multinacionales aportan los conocimientos de dirección, la inyección de una tecnología avanzada y el acceso a mercados mundiales de que carecen los países subdesarrollados.

Claro está que las empresas multinacionales generalmente obtienen utilidades, muy elevadas algunas veces, pero también asumen riesgos (riesgos políticos de la nacionalización, riesgos económicos del fracaso) y, sin la promesa de grandes beneficios, sencillamente no harían inversión alguna. Y es erróneo llegar a la conclusión de que se haya producido, forzosamente, una pérdida económica neta (la explotación) en el punto en que la salida de las ganancias supera el ingreso de nuevas inversiones de capital. Esto se debe a que el concepto de "descapitalización" hace caso omiso del valor económico de la infraestructura que queda establecida en el lugar, y de la transferencia de tecnología, de mano de obra y de conocimientos de comercialización que han llevado, o al menos hubiesen tenido que llevar, a un permanente desarrollo autosuficiente.

Hay, además, como lo han señalado los críticos, costos indiscutibles, como la eliminación de competidores locales y el aplastamiento de industrias nacientes, el dominio de sectores clave de las economías locales por extranjeros, y las consiguientes dificultades para instaurar una planificación y unos controles económicos nacionales cuando hay una parte sustancial de la economía que es inmune a tales medidas; y, por último, los resentimientos políticos y sicológicos. Probablemente, y en general, no sea posible determinar, a no ser en términos individuales, el saldo que arroja la diferencia entre costos y ventajas que, además, depende del contexto nativo y de las condiciones de los convenios negociados entre los inversionistas extranjeros y los gobiernos anfitriones.

Lo que indudablemente sí es claro es que, a pesar de la considerable

retórica nacionalista desplegada acerca de los males de la inversión extranjera, la mayoría de los países del Tercer Mundo la siguen buscando activamente. Tampoco cabe argüir, como lo hacen los teóricos de la dependencia, que esto refleja simplemente una alianza entre reaccionarios locales y explotadores extranjeros puesto que, en años recientes, incluso los Estados más radicalmente nacionalistas (como Cuba, Argelia, el Perú e incluso, hasta cierto punto, China) han buscado mayores inversiones extranjeras. Claro está que han insistido en condiciones que no comprometan indebidamente la independencia nacional, pero el hecho de que puedan buscarlas con éxito sugiere, indudablemente, un equilibrio del poder entre las empresas multinacionales y los países del Tercer Mundo distribuida más por igual que lo que da a entender la literatura que habla de "explotación".

¿Es Nociva la Ayuda Extranjera?

Por último, hasta hay muchos radicales que ven la ayuda extranjera como algo que sólo es otro instrumento de control y explotación del Tercer Mundo por los países capitalistas, particularmente por los Estados Unidos. El argumento acerca de este punto es que, económicamente, la ayuda termina por ser una carga neta sobre las economías del Tercer Mundo: el reembolso de los préstamos pretéritos aumenta más y más hasta que rebasa las nuevas aportaciones de ayuda. Se arguye que, políticamente, la ayuda sirve principalmente para apoyar dictaduras reaccionarias y oligarquías locales que cierran el paso a los cambios sociales y a un crecimiento económico equilibrado, y que hacen las veces de agentes del control imperial de los Estados Unidos en el Tercer Mundo.

Sin duda, para cierto número de países del Tercer Mundo, el influjo anual de ayuda de capitales nuevos es menor que la salida en forma de intereses por adeudos pretéritos, pero es una clara falacia llegar a la conclusión de que esto demuestra *forzosamente* que la ayuda es nociva, puesto que, si la ayuda anterior se ha utilizado productivamente, habrá generado nuevas fuentes de riqueza con las que se podrán pagar los intereses del adeudo anterior. Tampoco cabe dudar que cierto número de países han alcanzado, de hecho, un crecimiento autosuficiente debido, en buena parte, a la inyección de montos importantes de ayuda exterior; son ejemplo de ello la Europa Occidental después del Plan Marshall, Turquía, Taiwan, el Brasil y Corea del Sur. Si se utiliza eficazmente, la ayuda exterior fomenta el crecimiento económico general y, por ende, no se le puede considerar explotadora; sin embargo, el crecimiento económico no asegura en modo alguno la democracia, el cambio social o incluso la distribución equitativa de los frutos del crecimiento: estas cuestiones son determinadas por las políticas y prácticas nativas y están sólo ligeramente, o nada, sujetas a influencias externas.

Ahora podemos resumir. Tomados en conjunto los lazos económicos entre los Estados Unidos y el Tercer Mundo ¿han sido económicamente explotadores? Es obvio que los Estados Unidos tienen un enorme poderío eco-

nómico; que este poderío encierra consecuencias para otros Estados más débiles; que a veces, si bien difícilmente de modo invariable, las consecuencias han sido perjudiciales; y que si bien estas consecuencias perjudiciales pueden ser, a menudo, resultado no intencional del mero poderío, a veces son innegablemente resultado de políticas deliberadas buscadas por el propio gobierno. Si por explotación queremos dar a entender privación, está claro que los Estados Unidos no han explotado económicamente al Tercer Mundo. En verdad, a partir de 1945, el mundo subdesarrollado ha crecido en general a una tasa del dos por ciento anual *per capita,* y a partir de 1960 en más del cinco por ciento anual *per capita.* Estas tasas históricamente son muy altas, más altas por ejemplo que las tasas de crecimiento de los Estados Unidos o los países europeos durante cualquier lapso de tiempo comparable anterior a la Primera Guerra Mundial. Esta tasa de crecimiento relativamente alta puede atribuirse en grado sustancial al tajante aumento de la ayuda y a la inversión extranjeras y al comercio entre países en desarrollo y los industrialmente avanzados, primordialmente (al menos hasta hace muy poco) con los Estados Unidos.

Problemas del Crecimiento

¿No ha habido de todos modos explotación, en el sentido de privación *relativa*? Respecto a la mayor parte del período de la posguerra esto es cierto, los ricos se han hecho más ricos más aprisa que lo que los pobres han llegado a ser "más ricos", por lo que la brecha entre ellos ha ido creciendo (a pesar de que es probable que esta tendencia haya llegado a su fin en los últimos años). La prueba más convincente de ello es, empero, que las tasas de crecimiento de los ricos poco o nada tienen que ver con su "explotación" del Tercer Mundo: los ricos se han hecho más ricos debido tanto al aumento de la productividad interna como al comercio y la inversión entre ellos, mientras que los pobres no se han desarrollado según tasas más altas debido a problemas esencialmente nativos: economías de monocultivo, altos índices demográficos, inestabilidad política, etcétera.

Claro está que no cabe duda en lo absoluto de que los países ricos, en particular los Estados Unidos, *pudieron* y (según mis valores) *debieron* hacer más, mucho más, para ayudar a que los países del Tercer Mundo se desarrollaran. Tomemos como ejemplo el caso de la ayuda exterior. Los radicales han señalado la diversidad de modos en que la ayuda exterior está estructurada, al menos en parte, para que fomente el acceso a la inversión privada, para subsidiar a los navieros norteamericanos, para fomentar las industrias exportadoras norteamericanas, etcétera. El efecto total de las diversas restricciones a los usos que los recipientes de la ayuda bilateral de los Estados Unidos pueden dar a tal ayuda, disminuye claramente el valor real de la misma; pero está igualmente claro que estas restricciones no eliminan los beneficios de la ayuda, aunque éstos no sean tan grandes como lo serían si sus montos fuesen más altos y no estuviesen restringidos por

limitaciones destinadas a ayudar a las industrias norteamericanas. Lo que el Tercer Mundo necesita de los EUA y de los demás países desarrollados no es menos ayuda sino más, y también más comercio y más inversiones privadas, aunque sin duda alguna en mejores condiciones que en lo pasado.

¿Control Político?

Nada de lo contenido en este análisis niega, por supuesto, que el poderío económico lleva consigo la influencia política. Pero ¿es esta influencia política suficiente para que dé el control político sobre el Tercer Mundo? La prueba de los acontecimientos del mundo real, particularmente durante los últimos años, aunque no en forma exclusiva, difícilmente sugiere que sea éste el caso.

Si el poderío económico llevara consigo un control político considerable, cabría esperar que a la potencia imperial le bastaría un *mínimo* de este control para proteger sus intereses económicos principales, particularmente en las regiones del mundo en las que su poderío económico es mayor. Es decir, los Estados Unidos podrían ejercer un control político suficiente para que, cuando menos, salvaguardase la posición de sus empresas multinacionales más grandes en la América Latina. Y sin embargo, en general, en el curso de la última década, ha habido en todo el mundo una oleada de nacionalizaciones de empresas de los Estados Unidos (por ejemplo en Ceilán, Egipto, Indonesia, Argelia, Libia y *particularmente* en la América Latina). Así, el Perú nacionalizó, entre muchas otras multinacionales de propiedad estadounidense, la International Petroleum Corporation; Bolivia expropió la Gulf Oil Corporation; el régimen de Allende en Chile expropió sin indemnización las compañías Anaconda, y Venezuela ha nacionalizado totalmente la mayoría de las compañías petroleras extranjeras, principalmente norteamericanas. Además, la Argentina y el Brasil han hecho más rígido su control sobre empresas estadounidenses. El gobierno de los Estados Unidos no ha tenido la suficiente influencia política para impedir estas acciones contra sus empresas y, salvo excepciones parciales, ni siquiera lo ha intentado.

Ahora se reconoce crecientemente que, a medida que los países anfitriones adquieren conocimientos, confianza y experiencia, y conforme empresas multinacionales de Europa y el Japón buscan competir con negociaciones norteamericanas por el acceso al Tercer Mundo, la relación de regateo entre empresas multinacionales y gobiernos locales va cambiando rápidamente a favor de estos últimos. La pauta de "dependencia" bajo la cual las *élites* locales colaboran con inversionistas extranjeros contra sus intereses nacionales va desapareciendo rápidamente y, de todos modos, probablemente siempre se exageró. Sin aliados locales, se necesitaría una acción más directa de los países "metropolitanos"; sin embargo, en esta época, el uso de la fuerza armada en beneficio de intereses privados es prácticamente inconcebible. La resistencia a las presiones económicas es relativamente fácil para los regímenes orgullosamente nacionalistas y sólo empeora la

situación para las empresas multinacionales. En los años más recientes, se ha visto claramente que la mayoría de las empresas han tenido que lidiar con realidades nuevas, y han buscado adaptarse como mejor han podido al creciente nacionalismo, sin recurrir a amenazas de represalias económicas o de ayuda del gobierno.

También, salvo la nacionalización directa, las condiciones tanto del comercio como de la inversión entre el Tercer Mundo y el mundo industrial avanzado están cambiando rápidamente. El surgimiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), en el Medio Oriente constituye, naturalmente, el ejemplo más impresionante de ello: en los años veintes, los países anfitriones productores de petróleo recibían, en concepto de impuestos, sólo del 10 al 15 por ciento aproximadamente de las ganancias que la compañía petrolera obtenía en la producción; para mediados de los años setentas, la cifra general era superior al 80 por ciento, y esa tajada correspondía a un pastel mucho más grande. Otros productores de materias primas actualmente buscan la formación de cárteles de precios, emulando a la OPEP y, aunque es dudoso que logren el fantástico éxito que alcanzaron los productores de petróleo, el hecho es que la acción colaboradora para limitar la producción ha llevado a impresionantes aumentos de precios para los productores de bauxita, estaño, cobre y otras materias primas del Tercer Mundo. Una vez más, el gobierno de los Estados Unidos ha sido impotente para impedir estos acontecimientos, a pesar incluso de que los mismos son causa de diversos grados de perjuicios no sólo para las empresas multinacionales con base en los Estados Unidos, sino también para la economía en general, y hay crecientes indicios de que la respuesta norteamericana será de adaptación y no de resistencia coercitiva.

¿Un "Imperio" Norteamericano?

Obviamente, a nadie se le ocurrirá negar que los Estados Unidos tienen un enorme poderío económico, político y militar, y que este poderío tiene que producir un impacto significativo en otros estados, tanto deliberadamente como sin intención. Sin embargo la cuestión es si este poderío es tan grande que justifique la denominación de "imperialista" o "imperial". Incluso si estas expresiones o el concepto de un "imperio" de los Estados Unidos están destinados a que se les entienda metafóricamente más que literalmente, todavía tenemos que decidir si las metáforas son perceptivas e ilustrativas más que desorientadoras.

La definición que Benjamin Cohen da de imperialismo es razonablemente adecuada: "Cualquier relación de dominio o control efectivos, político o económico, directo o indirecto, de una nación sobre otra". Esta definición implica claramente que interviene un *poder* grande y no simplemente una desigualdad de poder, y que la relación es casi totalmente unilateral. De todos modos, cabe la posibilidad de distinguir tres dimensiones del poder: la de *control,* cuya definición es la capacidad invariable de alcanzar objetivos,

incluso frente al hecho de una oposición; la de *dominio,* que implica un gran poder, pero que queda algo por debajo del control directo; y la de *influencia,* que significa capacidad para *afectar,* en mayor o menor grado, las políticas y el comportamiento de otros Estados. La expresión "imperialismo" y todas sus variantes usuales deben quedar limitadas a los casos en los que el poder

> **En las relaciones exteriores, como en todas las demás relaciones, sólo se habrá estructurado una política cuando se hayan equilibrado los compromisos y el poder.**
>
> **Walter Lippmann**

de un Estado sobre otro es suficiente para establecer un control o, cuando menos, un alto grado de dominio; no es en modo alguno pertinente cuando la relación es sencillamente de influencia, incluso de influencia asimétrica. Dada la invariable connotación de la palabra "imperialismo", el alcance y el grado del control tienen que ser muy cercanos al tipo de control que las potencias europeas del siglo XIX ejercían sobre sus colonias.

¿En qué lugar del mundo, incluso del Tercer Mundo, gozan hoy los Estados Unidos de verdadero *control?* ¿En Asia? ¿En Africa? ¿En el Medio Oriente? Un momento de reflexión, sin más argumentos, debería bastar para revelar que esta insinuación carece de fundamento. ¿Acaso, pues, en la América Latina? ¿En qué países de la América Latina ejercen control o dominio los Estados Unidos? ¿En la Argentina, el Perú, Venezuela, Bolivia, Ecuador o México? Difícilmente puede ser así, porque los Estados Unidos se han manifestado claramente en contra de muchas políticas y acciones importantes de esos Estados y no han podido afectarlas. ¿Qué cabe decir del Brasil y Chile, después de Allende, donde el cambio general de situación al parecer agrada a Washington? La gran mayoría de las pruebas y también el simple sentido común sugieren que las fuerzas nativas de tales sociedades grandes y complejas eran seguramente mucho más importantes que cualesquiera acciones o presiones de los Estados Unidos. ¿Qué cabe, pues, decir de la región del Caribe? Allí sin duda alguna los Estados Unidos tienen considerable influencia aunque no control y ni siquiera un dudoso dominio, salvo en casos extremos como el de Cuba antes de Castro y el de la República Dominicana en los años sesentas. Ciertamente países como Haití, la República Dominicana, Guatemala, Honduras y Nicaragua *son* económicamente dependientes de los Estados Unidos, y tienen por costumbre apoyar la política exterior estadounidense; por otra parte, incluso haciendo a un lado el caso más bien dramático de Cuba, otros países del Caribe (como Panamá, Jamaica y Trinidad-Tobago) se han trazado un derrotero económico y político claramente independiente.

Influencia Limitada

Podemos llegar en forma audaz, pero confiada, a la conclusión de que hoy los Estados Unidos no "controlan" país *alguno* en *ningún lugar,* y sólo de modo ligeramente más condicionado podemos rechazar la noción de "dominio" de los Estados Unidos. Que los Estados Unidos gozan de distintos grados de *influencia* en el Tercer Mundo es por supuesto innegable, pero se trata de una influencia decreciente, limitada en alcance y eficacia solamente a determinados asuntos. Difícilmente cabe decir que los Estados Unidos hayan tenido éxito en sofocar el surgimiento del nacionalismo y el radicalismo, o los ataques contra sus intereses y políticas en todo el mundo. ¿Cómo reaccionan hoy típicamente los Estados Unidos ante la nacionalización de propiedades, los impresionantes aumentos de precios de materias primas críticas, ante las demandas de que suprima bases militares y ante los motines antinorteamericanos? Sólo en ocasiones cada día menos frecuentes ha reaccionado con la suspensión de la *ayuda* económica al Estado ofensor; de modo más general, lo ha hecho mediante la protesta diplomática y, cada día más, simplemente con el silencio. El "imperialismo" tiene que estar hecho de un material más tenaz, e innegablemente así solía ser.

Gracias a su creciente riqueza, a la disponibilidad en rápido crecimiento de la ayuda exterior, del comercio y de la inversión procedente de fuentes distintas a los Estados Unidos (del Japón, la Europa Occidental y la Unión Soviética), y gracias a las mayores restricciones internas y externas impuestas al uso de la fuerza militar norteamericana, el Tercer Mundo es hoy menos vulnerable al poderío, de cualquier índole, que en cualquier momento después de la Segunda Guerra Mundial. Esa relación no puede describirse plausiblemente como "imperialista" o "imperial" y sólo dudosamente, y cada día menos, como "dependiente". Sería mucho más exacto ver la relación entre los Estados Unidos y el Tercer Mundo en términos de dependencia mutua, de poderío mutuo y de vulnerabilidad mutua. Claro está que todavía subsisten considerables asimetrías de poderío; los Estados Unidos tienen *en potencia* más poderío que el Tercer Mundo, pero cada día les resulta más costoso emplear de hecho ese poderío. De todos modos, mientras subsisten las desigualdades, hemos de esperar que sigan los ataques contra el "imperialismo" de los Estados Unidos, por inexactos y engañosos que sean en la realidad, tanto debido a que la consigna del "imperialismo" aporta un mito muy conveniente para desviar la atención de los problemas nativos de los países del Tercer Mundo, como debido a que la desigualdad—más que el dominio o el control del exterior—ha pasado a ser, de por sí, el verdadero foco de resentimiento hacia las sociedades industriales avanzadas en muchas naciones en desarrollo.

LOS ESTADOS UNIDOS EN EL MUNDO DEL MAÑANA

Por Alastair Buchan

¿Qué podemos esperar de las relaciones entre los EUA y la URSS en el curso de los próximos 15 años? ¿Cuáles serán los papeles que desempeñarán China, las naciones en desarrollo, crecientemente categóricas, la Comunidad Europea y el Japón? en el artículo que sigue, compendiado de *Orbis: A Journal of World Affairs,* una connotada autoridad evalúa los problemas y las oportunidades a los que se enfrentará la política exterior de los Estados Unidos en los años venideros.

Alastair Buchan, fallecido en febrero de 1976, era profesor de relaciones internacionales en la Universidad Oxford. Anteriormente, en su calidad de director del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, con sede en Londres, desempeñó un papel fundamental en la planificación de la defensa de los países de la OTAN. Entre sus obras figuran: *Change Without War* (Cambio sin guerra), *The End of the Postwar Era* (Fin de la era de la posguerra), ambos publicados en 1974, y *Power and Equilibrium in the 1970s* (Poderío y equilibrio en los años setentas).

¿Qué entendemos por sistema internacional? Evidentemente, no es un simple cálculo del poderío relativo de los Estados y de su interacción uno respecto a otro; tampoco es simplemente una cuestión de relaciones diplomáticas o interestatales, en especial en los días de grandes empresas multinacionales y de comunicación masiva; esto constituye sólo un aspecto de ello. El sistema internacional es también una cuestión del vigor o la debilidad internos de las distintas sociedades. Y, debido a ello, es también una cuestión de lo que los Estados y las sociedades consideren que son sus intereses vitales.

No puedo predecir a qué se parecerá el sistema internacional en el año 2000, cuáles serán las actitudes y preocupaciones de una generación que todavía no ha nacido, ni cuáles serán las prioridades en los Estados Unidos. Aunque opino que lo más probable será que los Estados Unidos sigan siendo la nación más poderosa, me propongo dirigir la mirada a una altura más modesta y exponer el horizonte visible dentro de, digamos, los 15 años próximos.

El sistema internacional en el que hoy vivimos está dominado, en cuanto se refiere a las cuestiones de seguridad, por dos superpotencias que coexisten en virtud de un complejo sistema de disuasión estratégica. La división de Europa en una confrontación Oriente-Occidente era probable, pero la hicieron inevitable las equivocadas percepciones recíprocas de angloestadounidenses y soviéticos acerca de las necesidades y temores de unos y otros.

Copyright © 1976 por el Foreign Policy Research Institute.

La recuperación de Europa y el Japón fue en parte consecuencia de actos muy inteligentes de habilidad político-económica de los estadistas norteamericanos (por ejemplo, el Plan Marshall). El rápido surgimiento de un gran número de nuevos Estados débiles fue también en parte, aunque no totalmente, consecuencia de la histórica hostilidad estadounidense respecto al colonialismo. Y, lo que es más importante, fue también consecuencia de la orgullosa creencia, derivada de la confianza que una generación anterior de norteamericanos sintiera en su propia sociedad, de que los EUA podrían establecer exitosamente relaciones con regiones y sociedades del sur o sureste de Asia o del mundo islámico, acerca de las cuales era muy poco lo que sabían. Sin embargo, fue este mismo sentido de universalidad de los intereses norteamericanos en todo el mundo lo que contribuyó a la Guerra Fría en Europa y llevó al desastre de Vietnam en Asia, y condujo también a un comercio multilateral y a un sistema de pagos que han producido el mayor aumento de bienestar y prosperidad de la historia de la humanidad y que hasta hoy se ha sostenido notablemente bien en un período de grave recesión.

A pesar del hecho de que los Estados Unidos en gran parte fueron los creadores del actual sistema internacional, hoy su carácter es mucho más el de un Estado grande, que el de centro del universo, al menos del universo no comunista, que tuvo durante quizá los 25 años siguientes a 1941. Puesto que hemos emergido a un orden mundial más multilateral, en el que naciones anteriormente dependientes actúan con creciente independencia; puesto que la Comunidad Europea comienza a adquirir intereses algo diferentes a los de los Estados Unidos, aunque no irreconciliables, y puesto que hay un orden de negocios totalmente nuevo con el mundo en desarrollo, lo apropiado será que evitemos amplias generalizaciones y que analicemos específicamente las relaciones más importantes de los Estados Unidos con el resto del mundo.

Relación entre los EUA y la URSS

Obviamente el punto adecuado de partida es la relación central de los poderes que existe entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Es un hecho impresionante que de los 105 tratados y convenios que se han firmado desde que los Estados Unidos y la Unión Soviética entablaron relaciones diplomáticas en 1933, 58 se concluyeron entre 1969 y principios de 1975. Es un hecho tranquilizador que entre Washington y Moscú exista cierto grado de consultas y de comprensión mutua que disminuye apreciablemente el riesgo de otra crisis como la de los misiles cubanos.

Actualmente, el equilibrio estratégico ha llegado a un punto de complejidad en el cual no está claro si negociaciones ulteriores podrán hacer algo más que señalar márgenes a la carrera armamentista, más bien que disminuir señaladamente el nivel de equilibrio. Las innovaciones técnicas que al final de los años cincuentas y principio de los sesentas actuaban a favor de una relación estable entre las superpotencias (por ejemplo, misiles o submarinos Polaris más poderosos), ahora también actúan contra ella. Así, vemos múlti-

ples proyectiles nucleares y mayores grados de precisión que engendran mutuos temores de un ataque para desarmar al otro.

Puesto que lo que se ha logrado es sencillamente una *détente* (es decir, cierta disminución de las tensiones) y puesto que ambas superpotencias tienen aspiraciones diferentes que, dicho con palabras de Henry Kissinger, "no nacen ni del malentendimiento, ni de las personalidades, ni de factores transitorios", sino que están arraigadas en la historia y nutridas por valores conflictivos, su competencia por lograr la influencia dentro del sistema internacional queda solamente acallada, no resuelta.

El modo en que se ha logrado esta *détente* ha sido por medio de un proceso de negociaciones puramente políticas, casi no tiene contenido social y sólo un contenido económico modesto, distintamente a lo que ocurrió con la Entente Cordiale o con la relación Europa-Estados Unidos dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). La *détente* ha sido consecuencia de una concordancia entre gobiernos y, como tal, los regímenes posteriores pueden invertirla.

Perspectivas de la Détente

La conservación de la *détente* entre superpotencias no será fácil en la década próxima, aunque esto no significa que sea imposible. Una dificultad surge de la incertidumbre acerca de la naturaleza del temperamento político norteamericano, acerca de cuál será el equilibrio entre los partidos y dentro de ellos y acerca de cuál será el equilibrio entre el poder del Congreso y el del ejecutivo. La introversión política podría dar origen a un concepto pasivo de la *détente,* un concepto que simplemente acepte los logros del pasado y no tenga dinamismo. Otras dificultades nacen de la incertidumbre acerca de los posibles cambios en los dirigentes de la Unión Soviética y lo que puedan significar, y cuál será la influencia del militarismo.

> **"El arbitraje internacional puede definirse como la sustitución de muchas cuestiones candentes por una humeante.**
>
> **Ambrose Bierce"**

Cuando, en los últimos años cuarentas, se dio forma a la política norteamericana de "contención", se la consideró como necesaria sólo para un período de tiempo limitado, o sea hasta que la Unión Soviética reconociese las limitaciones de las políticas revolucionarias o nacionalistas y pasara a otras preocupaciones, y hasta que los centros de poder, además de los Estados Unidos, recuperasen su vigor y el sistema internacional revertiera a su estado plural normal. Se han logrado algunos de los objetivos de la polí-

tica de contención. En cuanto a la hostilidad ideológica como fuente de conflicto entre la URSS y el mundo capitalista, ha quedado en parte dominada por consideraciones prácticas de política de seguridad o de bienestar.

Esto no es cierto respecto a la rivalidad entre las dos grandes potencias comunistas. Como resultado, los Estados Unidos ya no son el único país que soporta la carga; y, aunque parezca ironía, la región en la que la política de contención fue criticada por considerarla inaplicable, es decir, en el Lejano Oriente y Asia, la mayor parte de la tarea política de contención frente al poderío soviético actualmente es ejercida no sólo por los Estados Unidos, sino también por China, de modo que los EUA son, o sólo necesitan ser, una parte de un equilibrio múltiple. Pero la Unión Soviética también se ha convertido en un Estado de gran poderío militar de tipo tradicional, con un alcance mundial, como Francia en el siglo XVIII o la Gran Bretaña en el siglo XIX.

China y el Equilibrio Tripolar

Esto nos lleva naturalmente a una consideración de la relación de los Estados Unidos con el conflicto sino-soviético, donde existe una profunda y quizá creciente hostilidad. Al Occidente no le interesa exacerbar el conflicto, como pensaban algunas personas hace 10 años. De ser así se crearían pasmosos problemas para el Japón, que depende del comercio con la Unión Soviética y con China. Lo que es peor aún, aumentaría la xenofobia soviética, que es tan fácil de despertar, y le induciría la misma sensación de estar atrapada entre adversarios situados en cada uno de sus flancos, que la diplomacia franco-rusa indujo en Alemania durante los 20 años anteriores a la Primera Guerra Mundial. En realidad, es de interés general el mejoramiento de las relaciones sino-soviéticas, ya que esto ocasionaría una actitud menos competitiva ante los problemas del Tercer Mundo.

Puesto que actualmente no podemos tener un equilibrio de cinco potencias, lo cual constituye el modelo básico de la estabilidad, puesto que el Japón y la Europa Occidental no son actores políticos de peso equivalente al de los otros tres, los Estados Unidos tienen que elegir si es Moscú o es Pekín con quien tengan el programa de negociaciones más constructivo. No hay duda que es con la Unión Soviética, debido a los peligros en potencia para el equilibrio nuclear estratégico al que ya me he referido, y debido a la influencia soviética sobre la región secundaria de conflicto, el Medio Oriente. Se necesita un segundo convenio SALT para establecer la estabilidad estratégica y avanzar hacia la reducción de las fuerzas estratégicas, la cual, dadas las crecientes demandas de gastos federales, procedentes de otras fuentes, constituyen un interés político crucial de los Estados Unidos.

No es probable que la alianza norteamericano-japonesa cambie de modo apreciable. Si recordamos la relación antagónica de la primera mitad del siglo, o las deshechas y desoladas islas de hace un cuarto de siglo, y si pensamos en el espectacular auge de las exportaciones japonesas de artícu-

los de consumo en los últimos años sesentas, el hecho de que la alianza haya subsistido tan sólidamente constituye un verdadero triunfo del talento estadista tanto de Tokio como de Washington. Vale la pena destacar un punto: los japoneses han pensado muy insistentemente, en secreto, en los problemas de la adquisición de armas nucleares y en todas las implicaciones que llevaría consigo. Opino que han rechazado esta idea en cuanto al "mañana"; pero el que la rechacen de modo definitivo depende, en parte, de las probables políticas y actitudes de los Estados Unidos en un plazo de 15 ó 20 años y, en parte, de si las dos grandes potencias continentales pueden avanzar hacia una paz fría y hacia alguna base de tolerancia mutua. Me imagino al Japón seriamente alarmado si los Estados Unidos dejaran súbitamente de preocuparse por el sostenimiento de un equilibrio estable en Asia, o si la hostilidad sino-soviética estallara en un conflicto abierto, lo que recordaría al pueblo japonés la vulnerabilidad inherente que le impone la geografía.

La Comunidad Europea

Me mostraría remiso si, como europeo, no entrase en algunos detalles acerca del futuro de las relaciones europeo-norteamericanas. Tanto los europeos como los estadounidenses hemos atravesado un período de considerable decepción respecto a las ilusiones que inocentemente nos creamos. Después de la Segunda Guerra Mundial era evidente la necesidad de encontrar un ancla política y social occidental para una Alemania renaciente en una Europa que, en los primeros años de la Guerra Fría, había quedado dividida en dos sistemas hostiles. Como consecuencia de ello, hubo un entusiasmo considerable no sólo europeo sino también norteamericano por la fundación, en 1958, de la Comunidad Económica Europea; el entusiasmo norteamericano existía a pesar de las probabilidades de que la Comunidad se convirtiera en un poderoso rival comercial de los Estados Unidos.

> **Nunca ha habido una buena guerra o una mala paz.**
>
> **Benjamin Franklin**

Luego, durante las presidencias de Kennedy y de Johnson, tuvimos que vivir forzosamente con el fenómeno de De Gaulle, cuyo objetivo primordial era restablecer la moral y el prestigio de Francia y demostrar que el sistema internacional no estaba totalmente dominado por las superpotencias. Desafortunadamente, durante el proceso, De Gaulle detuvo gravemente el desarrollo de la Comunidad y sus instituciones. Su partida hizo renacer, en ambos lados del Atlántico, la esperanza de que la Comunidad volvería a avanzar de nuevo, no sólo como una economía coherente, sino también

como una entidad política que incidentalmente aliviaría las cargas de los Estados Unidos.

La historia de la Comunidad durante los últimos cinco o seis años ha sido muy compleja y se ha vuelto más difícil debido a su ampliación de seis a nueve miembros, para incluir a un Estado industrial importante y otros dos Estados pequeños, primordialmente agrícolas. Además, comenzó un intento por crear instituciones europeas centrales más activas en la formulación de decisiones, justo en momentos en que más y más zonas funcionales de actividad (relaciones monetarias por un lado, problemas de energía por el otro) adquirirían carácter mundial y se hacían imposibles de manejar a escala europea. La consecuencia ha sido que la Comunidad ha tenido que bajar sus miras.

Sin embargo, sería un error pensar que la Comunidad es un fracaso o está en proceso de descomposición. Es verdad que el ambicioso objetivo de adquirir, para fines de esta década, las características de un singular y poderoso actor de la política mundial actualmente se considera con probabilidades de tardar mucho más tiempo en alcanzarse. También la idea de crear un superestado con una población más numerosa que la de los Estados Unidos se ha demostrado que no es realista. De todos modos, la Comunidad está adquiriendo muy rápidamente las características de una armonía política eficaz. Así, se ha demostrado más eficaz que los Estados Unidos en el modo de llevar las relaciones comerciales con aquellas partes del mundo en desarrollo en las que sus Estados miembros habían adquirido una larga experiencia y cuyos intereses económicos son complementarios de sus propios intereses. De aquí los diversos convenios comerciales con la India, Israel, Africa del Norte y el gran grupo de Estados ecuatoriales africanos, cuyos lazos económicos con la Comunidad quedaron codificados en la Convención de Lomé de 1975.

Surgimiento del Regionalismo

Quisiera terminar con otros dos puntos generales acerca de los Estados Unidos y su relación con el sistema internacional. El primero se refiere al mundo en desarrollo. Cuando, en los años de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos entraron por primera vez en la política mundial como el miembro más influyente, estaban inspirados por cierto sentido de la universalidad de sus intereses.

Esta posición general adquirió forma jurídica en la Carta de las Naciones Unidas, de la que los Estados Unidos fueron el principal arquitecto. Y cuando el carácter antitético de las dos principales sociedades políticas, los Estados Unidos y la Unión Soviética, convirtió a la ONU en un instrumento de utilidad limitada, la energía y la iniciativa de los Estados Unidos se orientaron hacia alianzas para la seguridad y la defensa colectivas de distintas regiones de Europa, de todo el litoral del Pacífico, de Asia Sudoriental y del Medio Oriente.

Mientras tanto, han cobrado el ser otras formas de regionalismo que no fueron inspiradas por ninguna de las superpotencias: la Comunidad Europea, la Organización para la Unidad Africana (OUA), la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la Asociación de Naciones del Sureste de Asia y diversos agrupamientos regionales bajo la denominación general de Organización de Estados Americanos. La Comunidad Británica, que actualmente comprende más de 30 países, sigue teniendo una importante utilidad funcional en las relaciones entre sus miembros menos desarrollados y los altamente desarrollados, lo mismo que Francia en su asociación con los Estados africanos de habla francesa. Por lo tanto, la política norteamericana ha de enfrentarse a una elección: ¿Siguen siendo los Estados Unidos una potencia con intereses universales? Opino que la respuesta de hoy no es muy distinta a la de ayer, a pesar de que Vietnam puso muy en claro que existen severos límites a las capacidades norteamericanas.

Pero las técnicas pueden ser distintas. ¿Será más provechoso buscar y conservar estos intereses mediante relaciones interestatales con cada uno de los 130 países del mundo, o bien tratando con estos nuevos agrupamientos, cuando sean efectivos, situando así mayores responsabilidades sobre sus hombros? Del mismo modo que la tensión política en Europa Meridional probablemente pueda manejarla más eficazmente la Comunidad Europea, ¿no es asimismo probable que la OUA sea capaz de mediar más eficazmente en Africa y de inhibir el afán aventurero soviético en aquella región más que cualquier organismo occidental? ¿Los miembros de la OPEP no madurarán suficientemente para atender la responsabilidad que les impone su riqueza recién hallada, si las naciones industrializadas aceptan la realidad de la fuerza de aquéllos y procuran obtener su cooperación en calidad de nuevos miembros del club de los ricos en vez de amenazar con una confrontación?

Un sistema internacional de tantísimos Estados, incluso en el caso de que la soberanía de algunos de ellos sea solamente nominal, hace muy difícil que acepten ser parte de otro Estado, especialmente del más fuerte y rico. ¿Esta realidad será más manejable, para todos los interesados, si se alienta la cooperación regional, geográfica y funcional? ¿O podrá llevarnos simplemente a nuevas formas de confrontación? Yo me inclino a favor del primero de estos modos de ver. Pero la pregunta no es sencilla de contestar, aunque es la pregunta a la que habrán de enfrentarse cada día con mayor frecuencia quienes deciden la política de los Estados Unidos. ¿Buscan los Estados Unidos la coalición con socios de distinta fuerza, o la dominación es la única actitud adecuada a su poder y sus responsabilidades?

El Ejemplo Norteamericano

La idea que John Kennedy tenía de los Estados Unidos como defensores de la libertad en todos los lugares se ahogó en los pantanos y las selvas del Vietnam. Este desastre, sumado a las revelaciones del caso Watergate y de la CIA, ha creado en los EUA un estado de ánimo de abatimiento, y a

menudo de acrimonia, que sobrepasa por mucho su propia justificación. Tal como lo escribiera un canadiense amigo mío: "Lo que más nos preocupa es la pérdida de la fe de los norteamericanos en su país. Los Estados Unidos son tan poderosos militar, económica y moralmente que sólo su propio pueblo puede disciplinarlos".

No sólo convengo con lo anterior, sino que voy más allá y sugiero que el poder y la influencia de los Estados Unidos en el mundo dependen tanto de lo que este país es como de lo que hace. Hoy día, los Estados Unidos siguen siendo aún lo que fueron en los días de Franklin D. Roosevelt, es decir, la gran sociedad experimental del género humano. De no haber sido por el Nuevo Trato de Roosevelt, que no fue realmente tanto un programa de gobierno como un proceso de regeneración nacional, los europeos de mi generación hubiesen acudido al marxismo como única respuesta. De no haber sido por la firmeza de Truman, aunque a veces se deterioró en fiereza, no hubiese existido un mundo occidental tal como lo conocemos. De no haber sido por la paciencia de Eisenhower, a la que en aquel entonces a veces considerábamos su inercia, no hubiese existido base alguna sobre la cual Kennedy pudiera comenzar a tender puentes hacia la Unión Soviética.

Pero es aún más importante el modo en que se comenzó a atacar el problema racial después de 1954, demostrando a otras sociedades con problemas raciales, incluso la mía, cómo era posible atajarlos. El modo en que reflexivos jóvenes norteamericanos de uno y otro sexo comenzaron a encarar el problema de la pobreza en los primeros años sesentas ejerció profunda influencia en sus homólogos europeos. El hecho de que la ley predominase sobre Watergate y no cediese, restableció también el prestigio de los Estados Unidos en el extranjero.

Nosotros, los de países más pequeños, actualmente gobernados en la tradición socialdemócrata más que en la tradición liberal, creemos que hemos progresado mucho más que los norteamericanos en la remodelación de nuestras grandes ciudades o en la conservación de la calidad de la vida. Pero novedades tales como el plano maestro para la ciudad de Detroit están siendo ampliamente estudiadas en el extranjero y, si bien los norteamericanos pueden aprender de nosotros, también nosotros estamos muy dispuestos a aprender de ellos. De igual modo, si la fuerza del gobierno central produce la enajenación respecto a su autoridad y crea la necesidad de que se examine a fondo todo el problema de las relaciones entre gobierno central y gobiernos locales, puedo asegurar a los norteamericanos que en Europa nos enfrentamos a problemas que, si no son idénticos, sí son muy parecidos.

Defensa Contra la Anarquía Internacional

Por último, subsiste la importante cuestión de cuál será el papel que los Estados Unidos desempeñen en la reforma y la extensión de las instituciones internacionales. Al tratar con el sistema estatal del siglo XX, la tradición angloestadounidense no ha sido confiar solamente en las relaciones tradicio-

nales entre un Estado y otro, sino, en cuanto ha sido posible, en el tratamiento internacional de los problemas a los que cabía identificar como comunes al género humano en general. Así, tanto en el Pacto de la Liga de las Naciones como en la Carta de las Naciones Unidas, intentamos someter los problemas de guerra y agresión a un proceso de tratamiento internacional. Esto resultó fuera de la realidad debido, en parte, a los conflictos entre las grandes potencias, y en parte a que la guerra comenzó a adquirir dimensiones totalmente nuevas. Por eso tuvimos que volver parcialmente al método tradicional para limitar los conflictos, es decir, el equilibrio del poder bélico, con todas sus dificultades y riesgos.

Pero las Naciones Unidas siguen siendo una tribuna importante para tratar las crisis que llevan a la guerra, como lo hemos visto en muchos casos en el transcurso de la última década. Además, sus organismos especializados: la Agencia Internacional de Energía Atómica, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, la Organización Mundial de la Salud, la nueva Organización para la Protección del Medio Ambiente y otras se han convertido en centros cada día más importantes para el tratamiento y la reconciliación de diversas formas de actividad nacional que afectan a otras naciones. Debido al rápido crecimiento del número de Estados soberanos, se ha hecho más difícil que estos organismos funcionen, en especial respecto a una gran potencia con diversos grupos internos de presión, como los Estados Unidos. Estos organismos requieren que los representantes nacionales sean personas con gran paciencia y considerable autoridad. Sus deliberaciones son a menudo polémicas y sus procesos para la formulación de decisiones son lentos. Abrigo la esperanza de que, finalmente, los veremos reformados gracias a un mayor uso del principio regional al que me he referido.

Mientras tanto, sería una tragedia si los Estados Unidos, con sus poderosas tradiciones innovadoras en el campo del derecho internacional, perdiesen interés por estas organizaciones internacionales, ya que las mismas representan una de nuestras mejores defensas contra el regreso a la anarquía internacional. Espero, por el contrario, que en el mundo de mañana los inmensos talentos de los Estados Unidos para la improvisación jurídica y política puedan aplicarse a muchos nuevos problemas de tratamiento internacional a los que hoy nos enfrentamos: el derecho del mar, las actividades de las empresas multinacionales, la racionalización de los precios de las materias primas, la energía, la distribución de las reservas de alimentos, así como la maquinaria política central de la propia ONU.

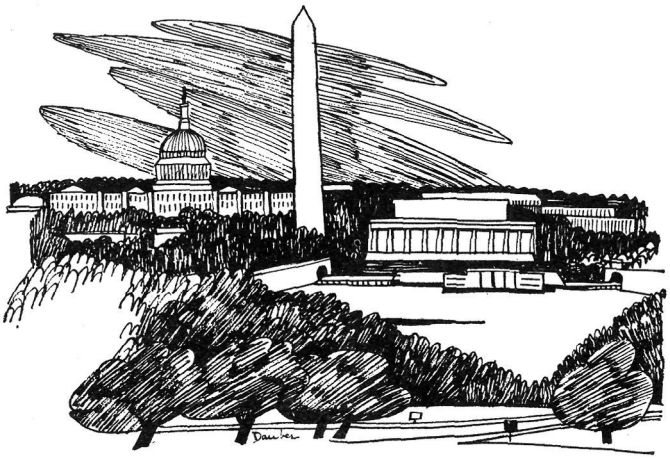
Problemas Nuevos

No siento inclinación alguna a minimizar ni el alcance ni la dificultad de los problemas a que los Estados Unidos se enfrentan en un mundo con una distribución más heterogénea del poder y con un temario de alta política muy distinto al que nos acostumbramos en la era de la posguerra. Los viejos problemas, tales como los efectos desestabilizadores de la innovación tecno-

lógica en el equilibrio central del poder, o la dificultad de controlar el desempleo interior sin recurrir a la especie de proteccionismo nacionalista que produjo el clima político de los años treintas, siguen decididamente sin resolver. Problemas tales como las escaseces de materias primas y los altos precios, la probable insuficiencia de las reservas mundiales de alimentos, el terrorismo o la creciente penetración trasnacional no hacen más que alargar el temario de la controversia internacional.

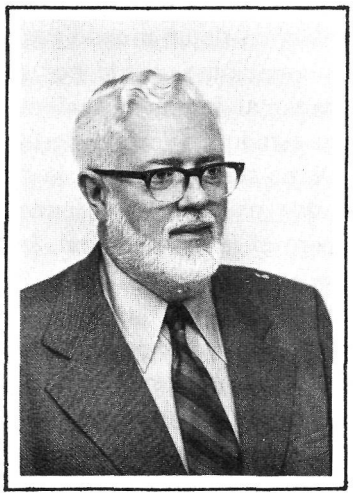
No hay perspectiva alguna de un gobierno mundial, en el sentido de una federación política universal. Pero los nuevos problemas de un mundo cada día más poblado y más frágil exigirán una preocupación sensible por el interés común, así como la reglamentación internacional de muchas esferas de la actividad humana que, durante siglos, han estado en manos de las distintas naciones o incluso en manos privadas. De no ser así, el temario de la alta política, los problemas en los que los Estados insistirán en defender sus propios intereses sin consideración alguna para el interés general, irá sobrecargándose sin esperanza, se enmarañarán los hilos conductores y posiblemente se produzca un conflicto de gran magnitud.

A menudo he censurado determinadas políticas y decisiones de los Estados Unidos. Pienso que la generación venidera de norteamericanos habrá de meditar muchísimo respecto a toda la maquinaria del poder ejecutivo de su gobierno, y de la relación del mismo no sólo con el Congreso, sino también con el pueblo. En un mundo en el que los Estados Unidos han perdido su margen para el error, tendrá que haber, innegablemente, una definición mucho más precisa de cuáles son los intereses estadounidenses. Pero nada ha sucedido que disminuya mi propia confianza en la capacidad creativa de los norteamericanos para hacer frente a los nuevos retos y responsabilidades internacionales.



SICOLOGIA DE LA DISUASION NUCLEAR

Por James E. Dougherty



¿La posesión de armas nucleares por estados ideológicamente hostiles hace que la guerra sea más o menos probable? El autor examina los factores sicológicos que entran en la formulación de decisiones en materia de política exterior y encuentra que la amenaza del mutuo aniquilamiento nuclear ha logrado que los gobiernos se comporten con una moderación sin igual y una racionalidad fuera de lo común.

James E. Dougherty es profesor de política y de relaciones internacionales de la Universidad Saint Joseph de Filadelfia. También es uno de los primeros analistas del Instituto de Análisis de Política Exterior, en Cambridge, Massachusetts y ha dado numerosas conferencias en los Estados Unidos y la Europa Occidental. Sus obras incluyen: *How to Think About Arms Control and Disarmament* (Cómo pensar acerca del control de armas y el desarme) y *Contending Theories of International Relations* (Teorías contrapuestas de las relaciones internacionales). Reproducido de *Intellect*.

Han pasado más de 30 años desde la primera producción y utilización de bombas atómicas. Mucho es lo que se ha dicho y escrito acerca del impacto de las armas nucleares en la siquis humana. La existencia de estas armas se ha mencionado como factor que hace que los gobiernos sean más cautelosos en sus políticas exteriores, o bien los hace más temerarios, con lo que se aumenta el peligro de guerra al exacerbar los temores y las tensiones, o el peligro de guerra se disminuye al multiplicar grandemente sus costos previstos.

Algunas personas arguyen que, por ser implícitamente absurda e irracional, la acumulación de reservas de armas nucleares ha obligado a quienes formulan las decisiones políticas a que, por primera vez en la historia del mundo, piensen con honradez acerca del problema de la guerra y en la sustitución del sistema bélico por el sistema de disuasión. Otros sostienen que el crecimiento de los arsenales de armas nucleares ha llevado a la humanidad al borde del precipicio de la autoextinción; que las superpotencias demuestran su insensatez al basar su seguridad en las morbosas y contradictorias premisas de una "supermatanza mutua"; y que el peligro aumenta

© 1976 Society for the Advancement of Education, Inc.

debido a la tendencia a buscar un escape a la angustia ya sea por medio de la negación inconsciente de la amenaza, o por medio de un esfuerzo para borrar de la conciencia sus implicaciones, mediante la racionalización para alejarlas. ("Jamás se las utilizará".)

Desafortunadamente, nuestro conocimiento científicamente adquirido acerca de la relación entre la existencia de armas nucleares y la acción de los factores sicológicos en las relaciones internacionales es bastante escaso. Además, es necesario repetir la advertencia, a menudo expresada por los propios sicólogos sociales, contra los esfuerzos por reducir a explicaciones puramente sicológicas, la formulación de decisiones políticas, ya sea nacional, internacionalmente o de otra forma. Los factores sicológicos tienen una

> **En política, lo que se inicia con temor termina generalmente en locura.**
>
> **S.T. Coleridge**

considerable importancia en el comportamiento humano, tanto individual como social, pero sólo constituyen una parte de todo el panorama.

Escasear las pruebas empíricas que nos puedan capacitar para responder a la pregunta crucial: "¿La existencia de enormes acumulaciones de cabezas nucleares habrá de servir para que se desista de una guerra nuclear que destruiría la vida y la civilización humanas, tal como las conocemos, en grandes sectores de la Tierra?". Naturalmente, quisiéramos que la prueba empírica en este aspecto siguiera siendo lo más escasa posible. Preferimos vivir, durante un tiempo indefinidamente largo, con las atenazadoras incertidumbres de una hipótesis afirmativa indemostrable, en lugar de ver decisivamente demostrada la hipótesis negativa.

Eficacia del Temor

Es un lugar común decir que el miedo a la energía nuclear, a las armas nucleares y a la guerra nuclear está difundido y permanece entre los pueblos del mundo. La cuestión es si este temor es y seguirá siendo políticamente eficaz, para que la energía del átomo se utilice con fines beneficiosos y no fines destructivos. Si se acepta que la apreciación de los peligros definidos a los que nos enfrentamos puede discrepar en gran medida ¿hasta qué punto los temores (tanto racionales como irracionales) de las élites que formulan la política y de las masas políticas surten verdaderos efectos en la forma de actuar de los gobiernos que, al final, son las únicas entidades que hasta ahora controlan las armas nucleares o tienen capacidad para adquirirlas?

La dificultad de dar una respuesta sencilla a esta compleja pregunta se puede ilustrar con ejemplos aislados. Las menciones de esta amenaza, enfo-

cadas en los peligros de la precipitación radiactiva, surtieron efecto para motivar a distintos sectores del público norteamericano a que se opusieran a las pruebas de armas nucleares en la atmósfera y a que buscaran el apoyo de funcionarios de la Administración y de miembros del Congreso a favor del Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares de 1963. La publicación de los resultados de las maniobras militares de la OTAN, en las que se hacen simulacros de uso de armas tácticas nucleares para rechazar un posible ataque terrestre masivo, generalmente despierta la preocupación de la gente en la Alemania Occidental y produce un estallido de comentarios desfavorables de la prensa durante breve tiempo. Pero es relativamente poco el cambio que se logra en la política de un gobierno que cree en la eficacia de la estrategia nuclear disuasoria de la OTAN, y que en la actualidad no entrevé ninguna otra alternativa práctica. El Japón, que es el único país que ha sentido el impacto físico de las armas nucleares en tiempo de guerra, ha manifestado desde hace mucho tiempo una importante (aunque fluctuante) aversión sicopolítica a lo nuclear. Cada vez que un submarino, respecto al cual se cree lleva proyectiles o equipos nucleares, atraca en un puerto japonés, cabe esperar una manifestación de protesta. El Partido Liberal Demócrata en el gobierno reconoce la sensibilidad de la opinión pública japonesa en este aspecto, pero sigue un cuidadoso derrotero entre el apoyo a la política de defensa de los Estados Unidos (de la que actualmente depende la seguridad nacional del Japón) y la conservación abierta de las futuras opciones de defensa del Japón, en caso de que la garantía de los EUA perdiese credibilidad (al abstenerse de ratificar el Tratado de No Proliferación).

De estos cuantos ejemplos se puede deducir que hay factores sicológicos que afectan de modo distinto las actitudes políticas del público (o de sectores del mismo) y de quienes formulan las decisiones gubernamentales en formas distintas en los países democráticos. (En los países no democráticos hay, naturalmente, menos interacción entre "pueblo" y "gobierno" y las actitudes del primero ejercen menos influencia en las decisiones del segundo.) Hoy día en general se acepta que los elementos que formulan decisiones en todos los gobiernos que manifiestamente tienen apreciables capacidades bélicas nucleares, dan por sentado el valor de la disuasión. Lo que merece nuestra consideración, desde el punto de vista del saber sicológico, es la validez de esta convicción.

Teoría de la Disuasión Nuclear

La teoría de la disuasión nuclear, tal como la exponen los analistas estratégicos contemporáneos, presupone un alto grado de "sentido común" de quienes formulan las decisiones políticas nacionales. Acerca de este punto los sicólogos nos advierten que a menudo en la vida y las decisiones de los individuos, los factores irracionales e inconscientes prevalecen sobre los racionales y conscientes. Pero los sociólogos que han sentido la influencia de Max Weber coinciden en señalar la inherente racionalidad estabilizadora

incluida en las estructuras político-administrativo-burocráticas de los Estados modernos, en los que las preferencias emocionales del individuo están subordinadas, y neutralizadas, por una complicada red de procedimientos institucionalizados que inhiben, o disimulan, el comportamiento temerario y errático en la formulación de decisiones. El personal científico, tecnológico y militar, que planifica, administra y dirige la capacidad disuasoria nuclear, puede verse obligado a preocuparse por el peor de los casos, en el cual fallase la disuasión o, en otras palabras, a "pensar en lo impensable", con el fin de que realmente siga así. Sin embargo, esto tiene lugar dentro del más amplio contexto de la formulación de decisiones políticas internacionales, que descansa en el supuesto de que en las capitales del mundo seguirá prevaleciendo la "racionalidad": en este caso, "racionalidad" se interpreta como que implica alguna relación proporcionada entre metas de valor de largo alcance y políticas instrumentales inmediatas; entre fines y medios, entre los objetivos perseguidos y los costos que hayan de pagarse.

El concepto de disuasión es algo más que un concepto estratégico-militar. Pertenece también al dominio de la sicología, puesto que implica un esfuerzo para influir en el comportamiento ajeno mediante la disuasión, es decir, a través de la amenaza de infligir una cantidad inaceptable de castigo en represalias por cierta forma altamente indeseable de comportamiento, tal como una agresión militar. Los sicólogos se preguntan si la sola amenaza de castigo (sin que se combine con un sistema de recompensas), servirá para que se cambien los motivos fundamentales de la otra parte y para que se induzca un cambio de conducta, o bien si, al suscitar angustia y hostilidad, esa amenaza servirá únicamente para que se produzca una oposición más intransigente de aquéllos a quienes va dirigida.

Racionalidad de la Formulación de Decisiones Políticas

Los dedicados a la estrategia y a la política, que aceptan la eficacia de la disuasión nuclear en un mundo de "paridad" o "equilibrio" estratégico (en términos de tecnología militar), suponen que la dirección política de las superpotencias jamás llegará a percibir meta política "racional" alguna que justifique cualquier acción con probabilidades de llevar a una "destrucción mutua segura". Para expresar esto dentro del marco de la sicología humanista de Maslow, podríamos decir que todo el grupo de quienes formulan decisiones políticas, y son responsables del bienestar de sus respectivas sociedades, se convierte en un "mecanismo buscador de la seguridad", cuyos elementos funcionan todos como "instrumentos primordialmente buscadores de seguridad". Maslow escribe: "Prácticamente todo parece menos importante que la seguridad y la protección". Cabe abrigar la esperanza de que la garantía contra la guerra nuclear se haya convertido en la meta más importante y persistente de quienes formulan decisiones racionales en Washington, Moscú y Pekín. Aunque en la era de los misiles de cabeza nuclear no se hiciera por una razón más noble que la supervivencia

personal de quienes formulan decisiones políticas y sus familiares, la cual quedaría expuesta, en el caso del estallido de una guerra nuclear, al mismo peligro que cualquier soldado destacado en la línea de fuego en una guerra anterior.

Tenemos, pues, algunos motivos para suponer que la racionalidad del burócrata que formula decisiones (ya sea del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos o del Politburó de la Unión Soviética o de China), seguirá dominando constantemente sobre las fuerzas intermitentes de irracionalidad que pueden tergiversar gravemente el juicio de los individuos. También podemos suponer que las amenazas implícitas de catástrofe se complementarán con mayores esfuerzos para la limitación de armamentos, con el control de conflictos y con recompensas a la cooperación económica, científica, educativa y política pacífica. Debido a estas suposiciones, cabe esperar que la amenaza nuclear sea eficaz en su disuasión, y que jamás se la invoque conscientemente con fines coercitivos.

Esto no equivale a decir que la actual situación estratégico-militar internacional no contenga causa alguna de preocupación. Sí la contiene. La racionalidad humana puede derrumbarse en algunas circunstancias; pueden suceder accidentes técnicos; alguien puede interpretar erróneamente señales de advertencia y actuar precipitadamente; conflictos que, en principio, se creían controlables pueden ir en aumento hasta llegar al punto de una confrontación nuclear; a medida que se difunde la tecnología de las armas nucleares, puede haber un tercero que sienta la tentación de "catalizar" un intercambio nuclear entre las superpotencias.

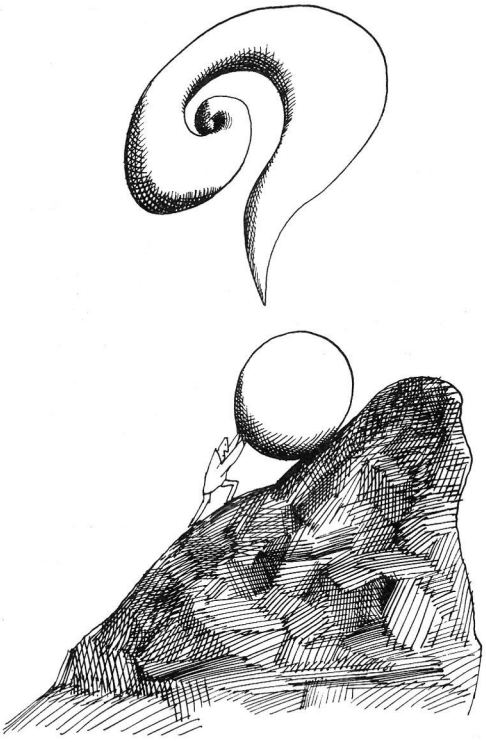
> **La energía atómica. . . puede intimidar a la humanidad para que ordene sus asuntos internacionales, lo cual no haría sin la presión del miedo.**
>
> **Albert Einstein**

Pero, cuando analizamos los problemas del desarme y del control de armamentos, no debemos descartar a la ligera la importancia de la paradójica contribución que las armas nucleares han hecho al sistema internacional. Por una parte, el átomo bélico presenta un aterrador espectro a la gente de todo el mundo. Incluso cuando la mente racional rechaza su posible uso, deja una creciente angustia en el ánimo del hombre. Sin embargo, por otra parte, ese mismo átomo bélico ha hecho que las grandes potencias sean más cautelosas que nunca en esas relaciones que podrían dar origen a un choque militar incluso sólo entre fuerzas convencionales. Y por extensión a los bloques de alianzas de las primeras potencias, el sentido de disuasión nuclear va ampliándose gradualmente para proporcionar seguridad contra ata-

ques a un mayor número de Estados, incluidos muchos que no poseen armas nucleares.

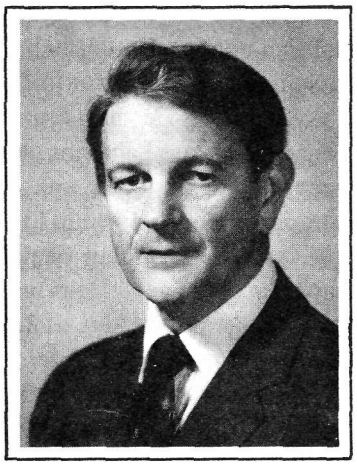
A falta de un guardián mundial de la paz, el átomo mantiene a los gobiernos bajo el temor de su poder. Los que se proponen desarmar a las naciones deberán ser muy cautelosos en cuanto a desarmar o inutilizar un mecanismo que, al menos, ha producido una paz precaria al obligar a los gobiernos a que se comporten con una cautela sin precedentes y una racionalidad fuera de lo común. La paz se ha mantenido a pesar del intenso conflicto ideológico-político acerca de cuál habrá de ser la base sobre la que deberá organizarse la sociedad humana en lo futuro.

Los riesgos de desastre a los que se enfrenta la humanidad perdurarán, hagamos lo que hagamos, ya sea que continuemos con la disuasión o con el desarme, o bien con una mezcla de ambas cosas. Pero, con base en su comportamiento durante los últimos 30 años, tenemos motivos para esperar que quienes formulan decisiones políticas en las potencias nucleares sean capaces de hacer elecciones inteligentes y responsables, incluso bajo las tensiones emocionales de los momentos de crisis, especialmente si antes de la crisis han obrado prudentemente con el fin de minimizar las posibilidades de un acontecimiento involuntario. Hay alguna evidencia de que los gobiernos están cada día más decididos a hacer que la posibilidad del aniquilamiento mutuo sea improbable, que es todo cuanto podemos esperar en un mundo que encierra pocas certidumbres.



IDEOLOGIA Y POLITICA EXTERIOR

Por Bayless Manning



La ideología, un sistema de valores políticos y económicos fundamentales, desempeña inevitablemente algún papel en la política exterior de cualquier nación. Pero el autor percibe, entre las grandes potencias, un consenso cada vez mayor de que su mutua supervivencia e interdependencia económica exigen una menor confrontación ideológica, más confianza en la negociación multilateral. Opina que, para los Estados Unidos, el papel de la ideología debe consistir primordialmente en el ejemplo que dé como país que aprecia la libertad individual.

Ex decano de la Escuela de Derecho de la Universidad Stanford, Bayless Manning es actualmente presidente del Consejo de Relaciones Exteriores. Ha sido asesor de distintos organismos federales. Su artículo se ha condensado y reimpreso con autorización especial de *Foreign Affairs*, enero de 1976. Se basa en una de las cuatro conferencias que Claremont Press editó en su totalidad con el título *The Conduct of Foreign Policy in the Nation's Third Century* (Dirección de la política exterior en el tercer siglo de la nación).

Un comentario que suele oírse en estos días acerca de la política exterior de los Estados Unidos es que la nación ha perdido su anterior sentido de las metas y los objetivos ideológicos nacionales y que, como nación, debe llegar a un nuevo consenso acerca de sus objetivos morales generales. Este es un punto difícil y, a mi modo de ver, gran parte de su exposición se ha hecho basándose en percepciones y verdades a medias.

En primer lugar, es manifiestamente cierto que hoy existe entre los estadounidenses menor consenso en asuntos de política exterior, que durante el período de 1940 a 1965 aproximadamente. Esto no tiene nada de sorprendente. Las metas de la Segunda Guerra Mundial eran simples y claras: el total exterminio del nazismo hitleriano y de su contrapartida japonesa. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos desarrollaron una gran visión del mundo basada en la economía liberal, el libre comercio, el anticolonialismo y el parlamentarismo tradicionales de los norteamericanos. Esa visión inspiró el liderazgo de los Estados Unidos en la construcción de las importantes instituciones mundiales que nacieron al terminar la Segunda

Copyright © 1975 por el Council on Foreign Relations, Inc., Nueva York.

Guerra Mundial: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, y las Naciones Unidas.

Sin embargo, muy poco después, a medida que iban cristalizando las líneas generales de la guerra fría, el impulso dominante de la política exterior estadounidense fue cada vez más el anticomunismo y la contención soviética en todo el mundo. Un tema secundario fue el deseo de ayudar a la creación de una Europa unida y democrática que evitase, para siempre, otra guerra mundial centrada en Europa. Y el tercer motivo fue la descolonización y, con algo menos de entusiasmo, la ayuda al experimento aún no intentado de llevar el desarrollo económico moderno al mundo no industrializado.

Los nazis ya se han ido. La restauración de Europa y el Japón quedó terminada hace tiempo. Los imperios coloniales han quedado totalmente desmantelados. Las instituciones mundiales creadas al terminar la Segunda Guerra Mundial, son ahora comprobadamente inadecuadas para los problemas de hoy día. La guerra fría, al menos en su forma original, es actualmente historia pretérita. La comparativa fuerza moral, política y económica de los Estados Unidos ha quedado apreciablemente reducida. En ello ha intervenido el trauma de Vietnam, que durante un tiempo produjo un importante cisma en la opinión pública de los Estados Unidos. También se han producido cambios fundamentales en las actitudes sociales de la nación. Política y sicológicamente, los norteamericanos nos encontramos en una época de regeneración, en parte aturdidos por el desastre de Vietnam y en parte avanzando a tientas, al reconocer vagamente que las condiciones del mundo han cambiado y que los viejos problemas han dado paso a otros nuevos.

Un Consenso Estable

Por otra parte, a pesar de estos acontecimientos, no debe exagerarse la declinación del consenso. Los elementos centrales de la política exterior de los Estados Unidos siguen contando con el apoyo del consenso público. Por ejemplo, sigue inalterada la decisión de la nación de defenderse contra cualquier ataque. De igual modo, un ataque bélico soviético directo contra Europa Occidental, el Japón o el Canadá ocasionaría represalias bélicas de los Estados Unidos. No se concibe programa alguno de política exterior de los Estados Unidos que contenga, como uno de sus componentes, la expansión territorial de la nación. Al igual que todos los demás países, los Estados Unidos dedicarán una parte apreciable de sus energías internacionales a acrecentar los intereses económicos del pueblo norteamericano, pero, al mismo tiempo, la nación seguirá respondiendo compasivamente a las necesidades de ayuda humanitaria de otros. La preferencia ideológica de la nación sigue favoreciendo el parlamentarismo y la economía de mercado libre. La unidad europea sigue contando con el apoyo de los Estados Unidos.

Habiendo dejado atrás la cuestión de Vietnam, los cambios importantes que distinguen la política estadounidense apartándola de la continuidad del ayer son, tras madura reflexión, esencialmente dos: cierta disminución de la

intensidad de los temores por la guerra fría y de la política de contención frente al comunismo, y un mayor reconocimiento de que no será factible remodelar el mundo a su imagen.

En realidad, al reflexionar aún más, se hace manifiesto que el principal problema de la conformación de la política exterior estadounidense durante la última década no fue el que hubiésemos perdido nuestro consenso, sino que conservamos durante demasiado tiempo el consenso respecto a nuestra percepción de la realidad en una nueva era en que la realidad en sí había cambiado radicalmente.

Papel de la Ideología

En el siglo XIX aún no se había puesto de moda considerar que la política exterior de cada nación debía incluir un componente ideológico. Aunque los Estados Unidos iban muy a la vanguardia de la democracia representativa y la libertad individual, la nación no se sentía obligada a hacer intento alguno por exportar sus formas de gobierno o sus ideales. Los objetivos primordiales del plan de acción estadounidense eran permanecer alejados de la política europea, extender el comercio de los Estados Unidos y mantener abiertos los mares a los buques norteamericanos. Estas políticas fueron llevadas a la práctica muy acertadamente.

Sin embargo, el siglo XX ha visto la aparición de titánicas luchas internacionales entre cierta diversidad de ideologías seglares competidoras. Los "ismos", grandes y pequeños, han luchado por el dominio de la mente del hombre y de las instituciones de poder. Los futuros historiadores de asuntos extranjeros verán nuestra era constituida por una mezcla de dos elementos clásicos (luchas por el equilibrio del poder y competencia por el producto económico nacional), y un nuevo elemento que es notablemente afín a las antiguas guerras de religión: una lucha ideológica acerca de los principios "justos" que "deberían" regir las pautas de distribución económica entre los hombres de la sociedad, y definir las relaciones adecuadas entre el individuo y la colectividad, el Estado.

> **Suele ser más fácil luchar por nuestros principios que vivir conforme a ellos.**
>
> **Adlai Stevenson**

La posición ideológica de los Estados Unidos es bastante clara. En verdad, es notablemente clara y ha sido extraordinariamente estable. La nación prefiere una economía de relativo mercado libre, siempre que sea factible, y siente cierta preferencia por los dogmas libertarios individualistas enunciados en la constitución de 1789 y que, desde entonces, se han ampliado para

llevar a la plena participación política a un mayor número de grupos dentro del país. Un punto capital para debatirlo el día de hoy es si a estas preferencias ideológicas deberá atribuirseles un peso, y hasta qué punto deberán pesar en la determinación de la posición nacional sobre asuntos de política exterior.

Los discrepantes, que luchan por un "más alto contenido ideológico" de la política exterior estadounidense suelen señalar, muy acertadamente, que la nación se desempeña del mejor modo cuando está unida en una empresa ideológica común. Recuerdan el entusiasmo, durante la Primera Guerra Mundial, por hacer que el mundo quedase bajo la égida de la democracia. Señalan la entrega ideológica del pueblo durante la Segunda Guerra Mundial y de la generación siguiente, y descubren en el pueblo norteamericano una tendencia mesiánica, una propensión latente a ir en pos de la salvación del mundo. Cuando se utiliza este recurso sicológico, no hay casi nada que los Estados Unidos no puedan llevar a cabo; cuando no se invoca este recurso, prosigue la argumentación, el público norteamericano pierde interés por los asuntos internacionales, tiende a retraerse y la política exterior de los Estados Unidos se marchita. Por lo tanto, tal como lo ven estos analistas, para que los Estados Unidos tengan una política exterior fuerte y eficaz durante un período de tiempo, sus dirigentes han de ponerse al servicio de alguna meta de gran escala establecida como objetivo, y el público, tras de un debate debe aceptarla.

Cuatro Cuestiones de Política

Además, es evidente que la agenda internacional del mañana nos planteará repetidamente, en una forma u otra, al menos cuatro preguntas fundamentales que encierran un componente inevitablemente ético o ideológico.

- ¿Cuál será la actitud de los Estados Unidos respecto a los dos tercios pobres del mundo?
- ¿Cuál será la actitud de lo Estados Unidos respecto a las personas de otros países cuyos derechos políticos individuales están siendo suprimidos?
- ¿Cuál será la actitud de los Estados Unidos respecto a problemas mundiales tales como la protección del medio ambiente y el uso del espacio aéreo y de los lechos marítimos del mundo?
- ¿Y cuál será la actitud de los Estados Unidos respecto a la creación de nuevas instituciones internacionales multilaterales, que impliquen algún sacrificio de la libertad nacional de acción unilateral?

Se necesitará una dirección política del orden más elevado para explicar estas amplias cuestiones al público norteamericano, y para establecer posiciones consecuentes de política exterior de los Estados Unidos que sean compatibles con las predisposiciones éticas e ideológicas de la mayoría del pueblo norteamericano.

¿Cuánta Ideología?

La pregunta no es, pues, si la política exterior debe incluir *algún* componente ideológico, sino si este componente ideológico deberá ampliarse en gran manera o hacerse predominante. Al ponderar esta pregunta, debe reconocerse, ante todo, que ni siquiera un alto grado de contenido ideológico de nuestra política exterior habrá de producir el consenso, eliminar el debate ni dar respuesta a los problemas de política exterior. Cualquiera que sea el objetivo ideológico, tienen que ponderarse de nuevo los beneficios y los costos de cada nueva decisión política, y la pregunta debe decidirse, pragmáticamente, por sus propios fundamentos, en cuanto surja.

Históricamente, tal como lo demostró la experiencia del siglo XIX, ningún alto contenido ideológico ha sido jamás elemento indispensable para la conducción exitosa de la política exterior de los Estados Unidos. Algunos de los capítulos menos atrayentes de la historia de la nación, notablemente la guerra de México, la guerra hispanoamericana y su aventura con el antiguo imperialismo a comienzos de siglo, coincidieron con un gran fervor por la rectitud propia. Al parecer, también hay que pagar los costos de la resaca; cuando la nación ha experimentado una "euforia" ideológica en materia de política exterior, ésta ha tendido a ir seguida de un "decaimiento" posterior y de cierta propensión a apartarse del mundo, tal como lo hicieron los Estados Unidos al rechazar la Liga de las Naciones, y como muchos temen que lo esté haciendo hoy el público norteamericano.

> **"La diplomacia estadounidense exige poco del cerebro y mucho de los pies.**
>
> **Charles G. Dawes**
>
> **Todo depende de lo que utilices.**
>
> **Henry P. Fletcher"**

En las circunstancias de hoy, dista mucho de ser manifiesto *cuál* será el clarín ideológico que despierte, entre el público de los Estados Unidos, cierto consenso y desencadene una cruzada moral. El punto no es simplemente que en la actualidad no exista este consenso de entusiasmo, sino más bien que la atmósfera interior, en esta época pos-Vietnam y pos-*imperio* de los Estados Unidos no es propicia para la removilización de las energías morales de la nación a favor de una mayor iniciativa en ultramar. Cualquier esfuerzo para lanzarnos en este momento hacia un nuevo empuje ideológico, lejos de unir al pueblo norteamericano, lo dividiría en forma tajante.

Peligros del Fanatismo

Luego están los peligros especiales que las cruzadas llevan siempre consigo. Una vez lanzada, la guerra santa es la menos manejable de todas las formas de disputa humana, ya que el mayor sufrimiento del hombre en manos del hombre hemos de agradecérselo a los ideólogos y fanáticos religiosos de la historia, a las personalidades inmovilizadas que no saben vivir con la incertidumbre, que no toleran las diferencias y que están tan seguras de su propia rectitud que se muestran afanosas de imponer sus puntos de vista a los demás.

La historia de la política exterior del siglo XX ha estado pesadamente gravada con esta clase de pensamiento, aportado en cierta medida (aunque comparativamente, sólo en una pequeña parte) por los Estados Unidos.

Los costos que esta actitud ha tenido para la humanidad han sido inimaginablemente grandes. Europa Occidental, el Japón, la Unión Soviética, China y los Estados Unidos parecen haber llegado a la conclusión de que por fin se han hartado ya, por un tiempo, de elevadas ideologías en su política exterior, y que todos se dirigen hacia la mesa de conferencias como alternativa preferible a la destrucción mutua respecto a las cuestiones ideológicas que, por definición, son irresolubles.

Por último, ahora es un lugar común comentar que la agenda de los asuntos internacionales está extendiéndose actualmente más allá de las cuestiones tradicionales de seguridad y de equilibrio del poder, para incluir complicadas cuestiones de interdependencia económica, administración de recursos y preservación mundial. Por su naturaleza, las cuestiones de este tipo exigen un tratamiento negociador multilateral y no se pueden tratar simplemente sobre una base ideológica.

Por estos motivos, ningún otro llamado a las armas ideológicas brinda, en este momento, una base prometedora sobre la que pueda levantarse una política exterior de los Estados Unidos para el último cuarto de este siglo. Para una nación compleja en un mundo complejo, el tenaz empeño por alcanzar algún objetivo ideológico fijo privaría a la nación de las ganancias que, de otro modo, habría logrado si avanzara hacia los múltiples objetivos para ella importantes. Semejante empeño aseguraría un estado permanentemente peligroso de crisis y de confrontación con otras naciones; llevaría a apreciaciones erróneas de realidades objetivas y de la capacidad de la nación para cambiarlas; y llevaría también a la división y a tendencias autodestructoras dentro del propio cuerpo político, tal como lo experimentaron hace poco en su participación en Vietnam.

Y, sin embargo, todavía le queda desempeñar a los Estados Unidos un importante papel moral en el mundo.

Por su condición de potencia militar mundial preeminente, podemos esperar que los EUA produzcan en los demás cierto temor y también algo de respeto. Por su condición de productor más eficiente en el mundo, podemos esperar que ese país provoque críticas y también algo de admiración. Por ser

la nación más rica del mundo, podemos esperar que genere en otros algo de envidia y también algo de estima. Pero no podemos esperar que sean la inspiración de otros, a no ser mediante un liderazgo espiritual. En el pasado, los Estados Unidos aportaron al mundo esa inspiración. Actualmente no lo hacen. Pero, algún día, podrán hacerlo de nuevo.

Ningún norteamericano contemporáneo puede dejar de percatarse de las deficiencias, carencias y puntos ciegos que todavía dañan el panorama social de los Estados Unidos de hoy, y la penosa lentitud con que algunas veces han actuado para remediar estas fallas. Pero, con todo y sus defectos, los Estados Unidos siguen estando en primera línea mundial por su dedicación a la proposición de que el individuo humano debe gozar de libertad: libertad para pensar como guste, escribir lo que desee, reunirse a su arbitrio, leer lo que su curiosidad le dicte, pintar conforme a lo que vean sus ojos en forma única, seguir el culto que le parezca verdadero, y abrazar cualquier posición política que encuentre adecuada para él, pero únicamente mientras reconozca esos mismos privilegios en sus conciudadanos.

Los Estados Unidos han estado imbuidos de este espíritu de libertad individual desde su fundación, y sus instituciones siguen imbuidas de él hoy día. Mi mente no abriga duda alguna de que este afán de autoexpresión individual ha sido y seguirá siendo siempre la aspiración final de toda revolución. En este sentido, los Estados Unidos siguen siendo la sociedad más evolucionariamente progresista del mundo.

Sin embargo, vivimos un período de transición, en el cual el vocabulario de las aspiraciones revolucionarias se ha invertido totalmente; las voces revolucionarias de hoy muestran poco o ningún interés por el ideal de la expresión individual, o se oponen activamente al mismo. Los motivos de ello no son difíciles de descubrir. En el transcurso del presente siglo, las antiguas colonias no industrializadas del mundo, la retrógrada firmeza de Rusia, y la estática sociedad tradicionalista y fosilizada de China han decidido sombríamente que de algún modo y a cualquier costo, habrán de convertir el siglo XX en la era en que afirmaron su plena condición de nación, aprovecharon los bienes de la tecnología moderna y derrumbaron las estructuras sociales, políticas y de riqueza que heredaron del pasado. Los historiadores del futuro verán este siglo como el período de los logros más extraordinarios que alcanzan estos países cuando se disponen a ponerse a la altura del Occidente industrializado y en cuanto logran, en distintos grados, avanzar en este sentido.

Actitud Hacia las Naciones en Desarrollo

En el fondo, los Estados Unidos han comprendido erróneamente el proceso que en este siglo están siguiendo los países no industrializados. Se han percatado, hasta cierto punto, de que éstos persiguen la modernización económica, y han procurado, en algún grado, ayudarles a este respecto. Los EUA han comprendido, en cierta medida, que los países en desarrollo nece-

sitan servicios sociales humanos básicos y, nuevamente han intentado ayudarles con programas de escuelas, de atención médica y otros por el estilo. Pero han tenido muy poca o ninguna comprensión de la exigencia de cambios en el antiguo orden social de esos países o de la demanda de autoexpresión nacional. Como resultado de ello, las más de las veces los EUA se han comportado respecto a estos países de un modo que los hace parecer opositores de las fuerzas internas de modernización y que se han aliado con las fuerzas nacionales que buscan mantener el *statu quo*.

En algunos casos han sido negativos respecto a algunas de estas nuevas sociedades, debido a que las preferencias democráticas estadounidenses, en especial las de sus ideólogos liberales, se han visto rechazadas por la naturaleza autoritaria de los nuevos gobiernos de esas sociedades. Algunas veces han sido negativos respecto a ellas, debido a que la preferencia estadounidense por el mercado libre, en especial la de sus ideólogos conservadores, se ha visto rechazada por la preferencia por una economía planificada de algunos de los nuevos gobiernos. A veces han sido negativos, debido a que algunos grupos estadounidenses de interés económico privado habrían de sufrir pérdidas inmediatas dimanantes de un cambio en el *statu quo*. A veces, les ha parecido que los dirigentes que han surgido en los países no

> **Los Estados Unidos no han recibido mandato de las alturas de mantener el orden en el mundo, ni tienen intención de hacerlo.**
>
> **Robert S. McNamara**

industrializados eran demagogos o algo peor. A veces han sido negativos debido a que las políticas económicas seguidas por los nuevos regímenes no sólo han sido nocivas para los intereses estadounidenses, sino declaradamente suicidas para los propios regímenes. Pero, las más de las veces, la cuestión de las actitudes de los Estados Unidos, respecto a un país recién entrado en vías de desarrollo han sido objeto de total confusión, y han estado dominadas por la confrontación mundial de la guerra fría. A veces los EUA consideraron necesario apoyar a las fuerzas partidarias del *statu quo* debido a que la otra alternativa era, al parecer, una ampliación de la peligrosa influencia mundial rusa.

En muchos de los países que han surgido, cierto número de estas perspectivas de los Estados Unidos han tenido alguna validez. Pero la verdad fundamental última ha sido que ya ha llegado el momento en que los pueblos industrialmente atrasados del mundo se situaran en el siglo XX, y así lo han hecho. Las más de las veces, los Estados Unidos han ido a parar en el lado equivocado de esta evolución histórica. Como resultado de ello, los Estados Unidos cuentan hoy con la profunda antipatía de muchos de los países en

desarrollo, que a menudo les presentan como el principal adversario externo que se opone a su desarrrollo nacional, a su modernización interna y a su progreso económico.

Falsas Expectativas

Tenemos que ver hacia el futuro. Lo que sucedió durante la era posterior a la guerra mundial fue, en parte, que los Estados Unidos comprendieron completamente mal cuál era la revolución de la que fueron testigos en los nacientes países poscoloniales. Ingenuamente, aunque ello sea muy comprensible, pensaron que su propia historia se vería repetida en estas nuevas naciones. Al aferrarse a sus tradiciones anticolonialistas, la posición de los EUA inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial fue marcadamente a favor de que se concediera una pronta independencia a las colonias de sus aliados de tiempos de guerra. Hasta aquí todo marchaba bien.

Pero luego esperaban que los países que acababan de lograr su independencia comenzaran de inmediato a comportarse políticamente igual que la Comunidad de Massachusetts en 1776, con todo y parlamento, elecciones, prensa libre, empresa privada, etcétera. Los EUA basaron su política en esta premisa, y pronto se sintieron defraudados, ya que los países recién surgidos casi nunca se ajustaron a esas expectativas. Las circunstancias imperantes en los nuevos países no industrializados de este siglo eran totalmente distintas a las de los EUA en 1776, y todavía no había llegado el momento para una revolución como la estadounidense. En cambio, el momento era para que avanzasen "a cualquier costo" en pos de tres grandes metas: la construcción de la independencia nacional, la modernización económica y la restructuración social interna.

> **No soy muy afecto a palomas o halcones. Creo que necesitamos más búhos.**
>
> **George Aiken**

En esos tres esfuerzos, algunas de las nuevas sociedades, aunque no todas, han logrado extraordinarios adelantos. Pero han tenido que pagar un precio enorme por ese adelanto. El precio se ha pagado, en gran medida, en regimentación, sumisión del individuo, supresión del disentimiento, disuasión del espíritu inquisitivo, información deformada para el público y conformidad impuesta. Muchas de las nuevas naciones se han convertido en sociedades de conscriptos. Durante largo tiempo se discutirá si hasta ahora ha sido necesario convertirse en una sociedad de conscriptos para alcanzar las metas establecidas. Pero ahora, después de haberse logrado el progreso

social colectivo, llega el momento, más perceptible en Europa Oriental y en la Unión Soviética, en el que la simiente de la expresión individual está despertando y busca una salida para brotar. Los susurros de la expresión personal no habrán de quedar confinados allí.

Inevitabilidad de la Libertad

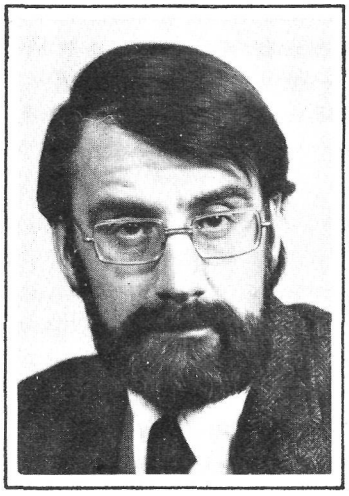
No es una proposición creíble, por ejemplo, que el magníficamente civilizado, creativo, pintoresco y refinado pueblo chino haya de contentarse durante largo tiempo con estar obligado a ver solamente las ocho óperas políticamente autorizadas, y a pasar la vida en grises formaciones, haciendo al unísono lecturas de conformismo. En todo el mundo autoritario, el escenario está preparándose lentamente para el siguiente paso evolutivo, cuando no revolucionario, la reanudación del antiguo afán de libertad individual. Por numerosa que sea, ninguna policía secreta interna podrá impedirlo. Y, poco a poco, cualesquiera que sean los logros que hoy alcance el totalitarismo de izquierda o de derecha en el terreno de la modernización social impuesta forzadamente, los reformadores del mañana verán las estructuras políticas de estas sociedades de conscriptos exactamente tal como son: autoritarias y represivas.

Los movimientos revolucionarios del siglo pasado comenzaron, todos ellos, como movimientos hacia sistemas económicos y sociales colectivos idealizados. Pero, una vez instalados en el poder, se han distinguido primordialmente, y lo probable es que se los recuerde principalmente, por sus sistemas innovadores y únicos de rígido control político. (Sus orígenes como conspiradores clandestinos cuasimilitares pueden ser, en parte, la explicación de este fenómeno.) Cuando, por fin, suba la presión adversa a estos sistemas represivos, el empuje no será en busca de nuevas metas sociales y económicas, sino hacia los antiguos objetivos de libertad política y autoexpresión individual.

Es discutible si las naciones en desarrollo que han adoptado sistemas centrales de planificación económica habrán de acoger jamás gustosamente el regreso de fuerzas plenamente partidarias del mercado libre a sus economías. Pero si Norteamérica conserva en su interior su firme posición a favor de la reivindicación del individuo libre, y si continúa avanzando hacia la solución de sus propias desigualdades sociales internas, los Estados Unidos acabarán por reconquistar su jefatura moral entre las naciones del mundo, no debido a la fuerza de su poderío económico o de sus armas, sino en virtud de su ejemplo ideológico como una sociedad de hombres libres.

POSIBILIDADES DEL CONTROL DE ARMAMENTOS

Por Duncan L. Clarke



El precepto bíblico de convertir las espadas en arados cabría considerarlo como el primer llamamiento al desarme total. De ser así, no se ha prestado atención alguna a este llamamiento y no es probable que se le preste en un futuro previsible. Pero el control de armamentos, alega el profesor Clarke, es factible y esencial en un mundo de naciones-estados a menudo hostiles. En este artículo examina lo que se ha hecho a este respecto y sugiere otras áreas para esfuerzos futuros.

Duncan L. Clarke es profesor de política de seguridad nacional, política exterior de los Estados Unidos y control de armamentos, en la Universidad American de Washington, D. C. Actualmente está escribiendo un estudio analítico de la Oficina de Control de Armamentos y del Desarme de los Estados Unidos.

Hasta los años más recientes, las naciones han prestado muy poca atención al inmensamente importante problema del control de armamentos. La política exterior ha estado dominada por consideraciones de economía, de diplomacia política y de seguridad nacional, y se ha considerado la seguridad en sí como algo separado del control de armamentos y más vital que este último.

Sin embargo, hoy día muchos estadistas reconocen que los adelantos en el control de armamentos constituyen la clave de la verdadera seguridad y de la estabilidad internacional a largo plazo. También constituyen la clave para elevar el nivel de vida en todo el mundo y, particularmente, en los países en desarrollo. En 1972 estos países estaban gastando, para la defensa, la misma proporción de su Producto Nacional Bruto que gastan los países desarrollados. Obviamente un programa internacional, viable, de control de armamentos podría liberar más dinero para el crecimiento económico en forma de inversiones y ayuda, tanto del interior como del exterior.

Como concepto, el control de armamentos es más amplio y general que el desarme. Este se refiere simplemente a la abolición o disminución de los armamentos; en cambio, el control de armamentos exige una *política* de limitación, tanto interna como externa, del nivel de los armamentos, de su

naturaleza, de su despliegue o de su uso. Quienes abogan por el control de armamentos son pragmáticos; son partidarios de una forma de proceder paso a paso, buscando puntos de consenso parcial y de concordancia que favorezcan la seguridad *tanto* nacional *como* internacional. Reconocen tres hechos que son los siguientes:

- Ninguna nación se impondrá limitaciones a sí misma a menos que esté convencida de que sus intereses esenciales estarán salvaguardados.
- Pero el control de armamentos tiene que trascender finalmente todo interés propio, y ha de avanzar para que favorezca el bienestar general de todas las naciones, pues de lo contrario sería contraproducente.
- Aunque la disminución de armamentos (nucleares y convencionales) constituye un objetivo capital de la política de control de armas, el "desarme general y total" no es una meta apegada a la realidad, dadas las actuales condiciones de sentimientos nacionalistas y recelo entre los Estados.

Un enfoque del control de armamentos se basa en el supuesto de que, si bien hay naciones hostilès y el poderío bélico debe prevalecer en el futuro previsible, hay casos en que el armamento propio de una nación plantea, para la seguridad de la misma, una amenaza más grande que la que pueda representar alguna nación extranjera. Es decir, las armas pueden llegar a ser tan destructivas y costosas que el riesgo de utilizarlas, o siquiera poseerlas, puede sobrepasar su utilidad. Llegadas a este punto, las naciones pueden acudir al control de armamentos para vigorizar su economía y, paradójicamente, mejorar su seguridad. Es esta comprensión de que un número más reducido de armas puede realmente mejorar la seguridad, y su expresión, bastante reciente, en convenios negociados, lo que explica los éxitos logrados en los últimos 15 años en cuanto al control de armamentos.

El control de armamentos no es sólo para las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Muchos de los convenios han sido multilaterales; y hasta los convenios bilaterales entre los Estados Unidos y la Unión Soviética afectan a países en desarrollo.

Complicaciones y Problemas

La mayoría de las naciones son actualmente firmantes de convenios de una especie u otra para el control de armamentos. Estos convenios son, inevitablemente, instrumentos imperfectos, puesto que vivimos en un mundo de ambigüedades y conflictos. No hay códigos de conducta que se puedan hacer cumplir universalmente; las naciones discrepan en cuanto a la definición de lo que constituye una "agresión" y, por último, la naturaleza humana es una dicotomía del bien y mal.

Toda una legión de grandes problemas complica los intentos por llegar a convenios viables para el control de armamentos. Por ejemplo, hay la perceptible necesidad de "equilibrio". Pero, dadas las dispares condiciones

científicas, militares, políticas y económicas de los Estados Unidos y de la Unión Soviética ¿cómo podría llegarse a un acuerdo sobre armas nucleares estratégicas que fuese igualmente ventajoso para ambas partes? Está bien claro que no existe posibilidad alguna de un equilibrio matemático simétrico. Ambas partes tienen que transigir en una equivalencia aproximada.

Otro problema gira en torno a la pregunta "¿Cuánto es el riesgo que estamos dispuestos a correr y dónde?". La prudencia recomienda la cautela, pero dando por supuesto lo peor por parte de los demás, un estado puede decidir que lo acertado consiste en ser más que prudente, que el control de armas sería más peligroso que una carrera constante de armamentos y que en las negociaciones debe hacer el intento de obtener cierta ventaja desigual.

Por otra parte, un estado puede decidir que seguirá el curso de acción opuesto: suponer que, salvo prueba en contrario, cabe confiar en el otro estado, y que el "equilibrio", el control de armamentos, por incierto que sea, sirve mejor a sus intereses nacionales que los riesgos inherentes a una perenne carrera de armamentos.

Una fábula del historiador y filósofo español Salvador de Madariaga nos da una ilustración particularmente clara de cómo las actitudes contrapuestas hacen difíciles los acuerdos equilibrados.

> Un día, los animales se reunieron y decidieron desarmarse. El águila sugirió, con la mirada puesta en el toro, que fueran cortados todos los cuernos. Mirando de reojo al tigre, el toro opinó que debían recortarse todas las garras. El tigre, con su relumbrante mirada puesta en el elefante, fue del parecer que debían arrancarse todos los colmillos o, cuando menos, acortarlos. Mirando fijamente al águila, el elefante pensó que era indispensable que se recortaran todas las alas. Después de lo cual el oso, mirando en círculo a todos sus hermanos, exclamó: "¿Para qué todas esas soluciones a medias? Prescindamos de todas las armas y que nada pueda interponerse a un abrazo fraternal que lo abarque todo".

Así pues, el primer problema es que cada nación ve, naturalmente, sus propias necesidades de seguridad como las más importantes, y tiende a minimizar las necesidades de otras naciones.

> **Los idealistas sostienen que todas las naciones deberían compartir la bomba atómica. Los pesimistas sostienen que la compartirán.**
>
> **Punch**

Un segundo problema es que muchas naciones se niegan a firmar tratados para el control de armamentos. ¿Cómo puede dar buenos resultados el Tratado de No Proliferación si las naciones con poderío nuclear potencial como la Argentina, el Brasil, Israel y Sudáfrica, no son partes signatarias?

Luego está el problema de la *comprobación*. Sin confianza mutua, se hace patente la necesidad de comprobar el cumplimiento de las obligaciones señaladas en los tratados. Las nuevas técnicas de satélite electrónicas, fotográficas y sísmicas facilitan esa comprobación, pero aún continuará siendo una preocupación crucial.

La tecnología de las armas es dinámica y está constantemente amenazando los tratados estáticos. En cierto sentido, el control de armamentos busca imponer limitaciones políticas a la tecnología bélica. Pero, si bien los convenios han tenido algún éxito en cuanto a restringir el despliegue de los armamentos, la investigación y el desarrollo en forma pura, ambas difíciles de comprobar, han escapado virtualmente a todo control.

Además, hay también fuerzas interiores que pueden nulificar los esfuerzos por el control de armamentos. Por ejemplo, dentro del gobierno de los Estados Unidos, las Secretarías de la Defensa y de Estado pueden no estar de acuerdo y sus diferencias han de reconciliarse. De acuerdo con la ley, el Congreso de los Estados Unidos tiene que ratificar todo convenio de control de armamentos, lo que también significa que el convenio tiene que ser aceptable para el público en general. Cualquiera que sea la forma de gobierno, siempre han de conciliarse diferencias internas y cruciales de opinión.

Estos no son más que *unos pocos* entre muchos problemas. Hay todavía otros más; por ejemplo, la propensión de los estados al temor de que, con el control de armamentos, habrán de perder ventajas comerciales, o bien de que sus aliados puedan sentirse amenazados.

Pero, si bien no está justificado un optimismo excesivo, tampoco lo está un excesivo pesimismo. Muchas naciones reconocen que, a pesar de las diferencias políticas, o coexisten o literalmente perecerán juntas. Esto no es retórica, sino un hecho, y el temor ha contribuido innegablemente a que el control de armamentos sea algo apremiante.

Hay otros fundamentos para la esperanza.

- En los Estados Unidos hay fuerzas que exigen acción; en el Poder Ejecutivo y las hay en el Congreso, en la rama ejecutiva del gobierno y entre el público.
- La Oficina de Control de Armamentos y del Desarme, de los Estados Unidos, fue establecido en 1961 por el entonces Presidente John F. Kennedy, y desempeña un papel importante en el proceso de la política norteamericana debido a las nuevas responsabilidades, que en 1975 le asignó el Congreso, de que evaluase los probables efectos que las armas de nuevos sistemas habrían de surtir en la política de control de armamentos.
- La tecnología presenta dos caras: es un peligro en potencia, pero también encierra cierto potencial promisorio; sin los impresionantes descubrimientos en técnicas fotográficas de comprobación, sin las fuerzas estratégicas ajenas y sin entendimientos mutuos de comprobación, el mundo de hoy sería incluso más peligroso.
- Las demandas de bienestar económico llevan siempre a los dirigentes

a poner en tela de juicio la cordura de la adopción de costosos sistemas de armamento.

• Por último, se han establecido varios convenios verdaderamente importantes para el control de armamentos, y actualmente hay un gran cúmulo de precedentes a favor de la limitación, así como cierto ímpetu internacional a favor de controlar los armamentos.

Intentos a Partir de 1945

Después de la Segunda Guerra Mundial transcurrieron más de 15 años antes de que se lograse *algo*. Hubo muchos motivos para ello: el ambiente de la Guerra Fría; la falta de medios técnicos refinados de comprobación que eliminasen la necesidad de las inspecciones *in situ,* a las que se oponían los soviéticos; el hincapié en el desarme general y absoluto; el hecho de que el problema de la proliferación nuclear no era apremiante, puesto que las únicas potencias nucleares eran los Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido; y el hecho de que la entonces indudable supremacía nuclear de los Estados Unidos significaba que no había condición previa alguna para negociaciones de importancia: equilibrio o "paridad".

En 1946, los Estados Unidos propusieron el Plan Baruch, que fue la primera proposición general para la eliminación de las armas atómicas. La idea clave del plan era que la propiedad y el control únicos de todas las actividades atómicas, tanto "peligrosas" como pacíficas, girasen en torno de un solo organismo internacional fuerte. Los Estados Unidos, que entonces tenían cierto monopolio de las armas atómicas y los medios para producirlas, pondrían un alto a su fabricación de armas atómicas y destruirían el arsenal de las mismas acumulado por la nación. El ofrecimiento de los Estados Unidos estaba condicionado a que la bomba atómica quedase internacionalmente declarada fuera de la ley, a que se destruyesen todas las reservas de armas y a que se estableciesen sanciones, libres de todo veto, contra los violadores. La mayoría de los miembros de la Comisión de Energía Nuclear de las Naciones Unidas apoyaban el plan. Sin embargo, la Unión Soviética lo rechazó y, en 1949, reanudó su producción de armas atómicas. Otros intentos de los Estados Unidos por lograr el desarme nuclear no obtuvieron el consenso de los soviéticos acerca de una base aceptable para la comprobación, y las negociaciones para el desarme tendieron a convertirse en ejercicios de propaganda.

Convenios de los Años Sesentas

El primer convenio moderno de control de armamentos fue el Tratado del Antártico (1961) que asegura que ese continente se utilizará sólo para fines pacíficos. Este fue un tratado "fácil", puesto que la Antártida tenía escaso valor militar y se permitía a todas las partes signatarias la libertad de inspección; pero de todos modos fue un comienzo.

A este tratado le siguieron, en 1963, otros dos convenios, uno de ellos poco trascendente y el otro de gran importancia. El acuerdo de la Línea Roja entre Washington y Moscú estableció un enlace de comunicaciones directas por teletipo entre las dos capitales, enlace cuya necesidad quedó subrayada por la crisis de los misiles cubanos; más adelante, la línea se sustituyó por un sistema aún más rápido de comunicaciones vía satélite. El Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas, hecho posible por las mejoras técnicas en la detección de explosiones nucleares, prohibió cualquier explosión nuclear en la atmósfera, bajo el agua o en el espacio exterior. Se permitían las explosiones subterráneas. Hoy día, únicamente China (no signataria) sigue haciendo pruebas en la atmósfera; por ello, han disminuido en gran medida los peligros para la salud, a causa de la precipitación radiactiva. El amplio apoyo dado al tratado (son partes signatarias del mismo 104 naciones, que incluyen posibles potencias nucleares tales como el Brasil, la India, Irán e Israel), y su éxito probado ayudaron a hacer "respetable" el control de armamentos. Ninguna de las partes signatarias ha retirado su firma del tratado, lo que sugiere que, para ellas, el tratado no ha significado peligro alguno para la seguridad nacional o internacional.

Se han negociado y ratificado dos acuerdos de "no armamento" siguiendo el modelo del Tratado del Antártico, a saber: el Tratado del Espacio Exterior (1967) y el Tratado de Tlatelolco (1968). El primero, del que son partes signatarias 68 países en los que están incluidos los Estados Unidos y la Unión Soviética, estipula que la exploración y la utilización del espacio exterior (incluidos la Luna y otros cuerpos celestes) han de ser exclusivamente para fines pacíficos y en beneficio de todas las naciones. Además, las naciones no pueden poner en órbita en torno de la Tierra ni en algún otro modo estacionar en el espacio exterior armas nucleares o de otro tipo, capaces de destrucción en masa. Esta prohibición significó la exclusión de un importante campo de posible confrontación bélica; aunque en 1967 se opinó que su importancia era sólo modesta, a la luz de la moderna tecnología aeroespacial, el Tratado del Espacio Exterior representa un logro considerable. También dio un tono de colaboración a la exploración del espacio, tal como hubo de simbolizarlo el vuelo espacial conjunto soviético-norteamericano de 1975.

El Tratado de Tlatelolco (México), iniciativa latinoamericana para el control de armamentos, prohíbe la posesión directa o indirecta de armas nucleares. Puesto que la inmensa mayoría de las naciones de América Latina (Colombia, México, el Perú y Venezuela inclusive) son partes signatarias sin reserva alguna, gran parte de América Latina ha pasado a ser *de facto* una zona libre de armas nucleares. Sin embargo, puesto que ni Cuba ni la Argentina son partes signatarias que hayan cumplido todos los requisitos, y puesto que el Brasil y Chile, a pesar de haber ratificado el acuerdo, han estipulado que para ellos no entrará en vigor sino hasta que lo hayan ratificado plenamente todos los países elegibles, la zona resulta incompleta. Además, ni Francia ni los Estados Unidos han firmado el Protocolo I que exige que los

Estados fuera de América Latina que tengan territorios en aquella zona sometan estos últimos a las restricciones del tratado. Y la Unión Soviética no ha aceptado el Protocolo II, que exige de los estados poseedores de armas nucleares que respeten la condición de la zona y se abstengan de utilizar armas nucleares o de amenazar que las utilizarán en contra de las partes contratantes.

> **Ninguna nación debe desenvainar su espada contra otra, ni saber de guerra nunca más.**
>
> **La Biblia: Libro de Isaías**

De todos modos, el tratado tiene importancia. Con él se ha establecido la primera zona libre de armas nucleares en una región poblada; tiene una considerable fuerza moral en toda la región, así como también tiene importancia la aceptación por los Estados Unidos y la República Popular China del Protocolo II. Porque esta es la primera vez que los Estados Unidos han convenido formalmente en restringir el uso de armas nucleares, y el Tratado de Tlatelolco es el primer convenio para el control de armamentos al que se ha asociado el gobierno de Pekín.

La credibilidad en el control de armamentos aumentó durante los años sesentas. Ya no se le tachó de "impráctico", "de académicos y teólogos", o incluso de "antipatriótico". Era manifiesto que, en muchos aspectos funcionales y regionales, el control de armamentos representaba la senda para la estabilidad y el bienestar internacionales. El que no haya sido así no se debió a que fuese una alternativa respecto a la seguridad nacional, sino, muy por el contrario, debido a que reforzaba esa seguridad.

Convenios en la Década de 1970

Los años setentas han sido testigos de cierto número de acuerdos a los que se puede separar en tres categorías: los buenos, los dudosos y los esenciales. En la categoría de los "buenos" están comprendidos dos convenios bilaterales soviético-norteamericanos. Uno de ellos prohíbe toda especie de maniobras provocadoras entre las armadas de los dos estados, como las que se produjeron en el pasado. El otro, un convenio de "Medidas de Accidentes", obliga a cada una de las partes a que notifique a la otra cualesquiera incidentes accidentales o sin explicación que impliquen la posible detonación de una arma nuclear que pudiera crear el riesgo de guerra. Ambos convenios reúnen las condiciones de reductores de la tensión.

El Tratado de Lechos Marítimos (1972) que ha sido ya firmado por 52 naciones, es un tratado parcial de no armamento. Las partes signatarias

tienen prohibido el emplazamiento de cualquier arma nuclear o de otro tipo capaz de destrucción en masa en el suelo del océano (o subsuelo), más allá de una zona costera de 12 millas. El tratado no prejuzga la posición de cualquiera de las partes signatarias en lo referente a problemas generales del derecho marítimo. En él no están comprendidos los armamentos convencionales, los dispositivos bélicos antisubmarinos ni los submarinos. Pero sí elimina un posible campo de competencia bélica; en realidad, antes de este convenio, la Armada de los Estados Unidos había hecho investigaciones avanzadas acerca del armamento nuclear en el lecho marítimo.

El Protocolo de Ginebra (1928), que prohíbe el *uso* de venenos y gases, así como de agentes bacteriológicos y agentes químicos nocivos en operaciones bélicas, tuvo finalmente ámbito universal cuando los Estados Unidos lo ratificaron en 1975. Tres años antes, quedó abierta para su firma la Convención de Armas Biológicas y Tóxicas. De acuerdo con esta convención, las partes convienen en que "jamás. . . crearán, producirán, acumularán y en ninguna otra forma adquirirán ni retendrán" toxinas o agentes biológicos, salvo en cuanto estén justificados para fines médicos u otros fines pacíficos. Las partes convienen, además, en que destruirán los arsenales existentes de estas armas.

En realidad, la Convención de Armas Biológicas y Tóxicas fue el primer convenio de desarme que se ha ratificado después de la Segunda Guerra Mundial. En 1974, el Presidente Gerald Ford anunció que los Estados Unidos habían terminado la destrucción de sus armas biológicas y tóxicas. La convención no establece procedimientos de comprobación. Sin embargo, los analistas no consideran que éste sea un punto débil serio, ya que la utilidad bélica de estas armas es poca debido a que sus efectos son incontrolables.

Un convenio importante que ha suscitado considerables debates es el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas, firmado en 1974. Este tratado señaló un límite máximo de 150 kilotoneladas (equivalente a 150.000 toneladas de TNT) para todas las explosiones nucleares subterráneas, salvo las que se hagan para "fines pacíficos". Quienes censuran este tratado arguyen que sería mucho más controlable una prohibición general de pruebas por la que se vetasen todas las pruebas nucleares subterráneas, y que el límite propuesto es tan elevado (10 veces más que el poder de la bomba de Hiroshima) que permite la mayoría de las pruebas militarmente importantes. Pero la falla más grave de este tratado fue que permitiese las explosiones nucleares "pacíficas". Quienes lo censuran señalan que los experimentos y estudios norteamericanos que exploran el uso de barrenos nucleares para el desarrollo comercial y económico han resultado casi uniformemente decepcionantes. También arguyen que es virtualmente imposible comprobar que una explosión nuclear sea *únicamente* para fines "pacíficos". Algunas de estas censuras obtuvieron respuesta en el Tratado de Explosiones Nucleares Pacíficas, paralelo al anterior, firmado en mayo de 1976, que señalaba exactamente el mismo límite de 150 kilotoneladas para cualquier explosión nuclear con fines pacíficos, tales como para alguna obra de ingeniería. Tam-

bién, por primera vez en la historia moderna del control de armamentos, los soviéticos convinieron en permitir inspecciones limitadas *in situ* dentro de la Unión Soviética. Aunque éste es un adelanto digno de mención, estas inspecciones quedan limitadas a las explosiones nucleares "pacíficas" hasta un nivel máximo de 150 kilotoneladas o aproximado al mismo. (Hemos de hacer notar que estos dos tratados no tendrán fuerza legal a menos, y hasta que, sean ratificados tanto por los Estados Unidos como por la Unión Soviética.)

Convenios Esenciales

Sin embargo, el Tratado de No Proliferación, que busca impedir la diseminación de armas nucleares, es una novedad "esencial" en el control de armamentos. Nació de un consenso entre estados, tanto nucleares como no nucleares, de que la existencia de un mayor número de potencias nucleares aumentaría inevitablemente las probabilidades de desastre. Por ende, era bueno para los intereses de todos que se estructurase un régimen que impidiese la proliferación y asegurase a todas las naciones los beneficios en potencia de la energía nuclear. Ratificado por 95 partes signatarias (1975), que incluyen estados tales como Australia, el Canadá, Irán, Irak, México y Nigeria, el Tratado de No Proliferación constituye un logro importante.

Sin embargo, el futuro de este tratado es incierto. Las amenazas dirigidas al mismo incluyen:

- la explosión nuclear de 1974 en la India, a la que ni Moscú ni Washington condenaron vigorosamente;
- la increíble demanda—acicateada por la crisis de energéticos—de energía nuclear, que aumentará inmensamente las perspectivas de desviaciones ilícitas en el uso del plutonio;
- el persistente, aunque generalmente erróneo, punto de vista de que las armas nucleares aumentan la seguridad;
- la posible adquisición de estas armas por terroristas; y el hecho de que algunas naciones que son críticas para el éxito del tratado, entre las que se incluyen China, Francia, la India, la Argentina, el Brasil, Egipto, Israel, Paquistán y Sudáfrica, no son miembros.

Pero, tal como lo expusieron numerosos delegados a la Conferencia para la Revisión del Tratado de No Proliferación, celebrada en mayo de 1975, el meollo del problema lo constituye la discriminación. Para muchas naciones, el Tratado de No Proliferación congela un desequilibrio injusto entre las naciones nucleares que "tienen" y las no nucleares que "no tienen", lo que refleja falta de sensibilidad para dos poderosos sentimientos: el del prestigio nacional y el de verdadera igualdad. Además, varios países no nucleares tienen la impresión de que los Estados Unidos y la Unión Soviética no han hecho honor a sus obligaciones, consignadas en el Artículo VI del tratado, de esforzarse con buena fe para poner fin a su carrera de armas nucleares.

Los defensores del Tratado de No Proliferación contestan que el mismo protege a los signatarios uno respecto a otro, mientras que la proliferación podría crear nuevos peligros y exacerbar viejas rencillas. Señalan, además, las negociaciones SALT como prueba de esfuerzos de buena fe.

Convenios SALT

El mayor esfuerzo autorrestrictivo soviético-norteamericano lo constituyen las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT), que comenzaron en 1969. El éxito de SALT es esencial para el futuro del Tratado de No Proliferación. Pero constituye también la piedra angular para la tregua Oriente-Occidente. Si las conversaciones SALT fallasen, se pondría en peligro una intrincada red de cooperación política, económica y científica.

> **Por primera vez se ha llegado a un acuerdo respecto a colocar las fuerzas de la destrucción nuclear bajo control internacional. . . Esto. . . no constituye una victoria de un solo lado; es una victoria de la humanidad.**
>
> **John F. Kennedy**

SALT I (1972) produjo dos documentos importantes. El Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM) figura entre los acuerdos más importantes jamás celebrados para el control de armamentos. Imponía a ambas partes la limitación a dos áreas de despliegue de ABM, que más tarde quedaron reducidas a una. Los sistemas defensivos estratégicos permisibles están tan severamente reducidos que el tratado equivale, realmente, a una prohibición *de facto* de todos ellos. En vista de las exóticas armas actualmente disponibles, que hoy no pueden desplegarse debido a este tratado, éste es un logro enorme. Ahorra miles de millones de dólares (o rublos) e impide una inevitable carrera de armamentos ABM.

Menos impresionante fue el Convenio Interino; constituyó una congelación temporal de cinco años a los niveles existentes, de los lanzadores de misiles balísticos, estratégicamente ofensivos, de cada uno de los bandos, y permitió cierto aumento de dispositivos lanzadores de Misiles Balísticos Lanzados desde Submarinos (SLBM) hasta un nivel previamente convenido, si se desmantelaba un número correspondiente de medios lanzadores SLBM o ICBM (Misiles Balísticos Intercontinentales).

El futuro del Convenio Interino lo trazaron en Vladivostok (1974) el entonces Presidente Ford y el Secretario General Leonid Brejnev en las conversaciones que hoy llamamos SALT II. En una declaración conjunta, que en

septiembre de 1976 no había alcanzado aún la categoría de tratado, esbozaron un nuevo "convenio" de 10 años que limita a cada una de las partes a la posesión de 2.400vehículos de descarga estratégica ofensiva (ICBM, SLBM y bombarderos de gran radio de acción). Del número dado, puede haber 1.320 armados con vehículos de Reingreso Múltiple de Blanco Independiente (MIRV).

SALT II fue inmediatamente objeto de críticas por algunos especialistas norteamericanos en control de armamentos, ajenos al gobierno. Entre sus críticas, hubo dos particularmente significativas: que el límite máximo es demasiado elevado, y que el número concebible de cabezas explosivas que los MIRV podrían desplegar rebasaba con mucho las legítimas necesidades de un medio disuasorio creíble; y que no constituye ni tan siquiera un convenio de desarme parcial.

Respondiendo a estas objeciones, los partidarios del Convenio Interino arguyen que, sin SALT II, para 1985 los armamentos estratégicos soviéticos y de los Estados Unidos rebasarían en gran medida la cifra de 2.400; en realidad, la Unión Soviética tenía ya en 1974 *más de* los 2.400 vehículos de lanzamiento estratégico ofensivo señalados en el convenio. Además, esta es la primera vez que Moscú ha aceptado el principio de "agregados iguales" en las armas estratégicas ofensivas. En ninguna ocasión anterior se había comprendido a los bombarderos dentro de algún convenio de control de armamentos. SALT II asegura los logros obtenidos con el Tratado ABM, puesto que los Estados Unidos se reservaron el derecho de salirse del acuerdo en caso de que no estuviese seguido por gestiones para alcanzar un convenio referente a armamentos ofensivos.

Por último, aunque los límites que establece son altos, SALT II *fija* límites, por lo que ahora puede ser posible avanzar realmente hacia *reducciones*.

¿El Futuro?

Ni siquiera un optimista incurable hubiese imaginado en 1960 una actividad semejante en el campo del control de armamentos. Hoy no es más fácil predecir el futuro, pero sí puede ser útil, o al menos provocativo, especular acerca del control de armamentos durante la próxima década.

> **"La bomba de hidrógeno es el signo de admiración de la historia. Termina una larguísima frase de violencia manifiesta.**
>
> **Marshall McLuhan"**

La mayor parte de los 2,5 *billones* de dólares que el mundo gastó para su seguridad bélica entre 1963 y 1973 se destinaron a armas convencionales y a

gastos convencionalmente relacionados. Sin embargo, es muy poco lo que todas las medidas actuales para el control de armamentos han hecho por limitar las armas convencionales. Debido a que es fácil fabricarlas o adquirirlas de algún modo, que se les considera vitales para la seguridad, y por cuanto los abastecedores de armas siguen en pos de ganancias económicas, las armas convencionales seguirán siendo el sector menos prometedor para la limitación de armamentos. Un signo esperanzador fue la Declaración de Ayacucho, de 1974, en la que, a iniciativa del Perú, ocho naciones de América Latina prometieron que no adquirirían "armas ofensivas de naturaleza sofisticada". Quizá la Declaración, nacida del deseo de mitigar tensiones y canalizar más dinero hacia el desarrollo económico, constituya un modelo para otras, a pesar de que la historia de otros intentos parecidos es uniformemente aciaga.

Tiene un poco más de posibilidades, aunque de todos modos sean por demás improbables, las reducciones importantes (no las poco importantes) de tropas en Europa, y la abolición de las armas químicas arrasadoras. Distintamente a los agentes biológicos, se considera que algunas armas químicas tienen utilidad en el campo de batalla, por lo que parece improbable su total abolición. Es posible una modesta disminución de las fuerzas de la OTAN y del Pacto de Varsovia destacadas en Europa, como consecuencia de la constante distensión simbolizada por la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, pero una reducción de grandes proporciones puede depender de la acción del Congreso de los Estados Unidos, lo que es incierto.

Entre las medidas más factibles para el control de armamentos que actualmente son objeto de estudio figuran otras nuevas zonas libres de armas nucleares (quizá en el Africa al sur del Sáhara y en Asia Suroriental); las promesas de no ser los primeros en utilizar armas nucleares, y una prohibición general de las pruebas nucleares. Aun siendo de importancia vital, los progresos en retrasar la proliferación de las armas nucleares no son seguros, pero sí parecen probables algunas consecuencias útiles y equitativas. Es posible que se llegue a provechosos acuerdos SALT II y quizá SALT III, a menos que sobrevenga una importante ruptura de las relaciones Oriente-Occidente. Son más previsibles diversos acuerdos tendientes a reducir las tensiones que comprendan a muchas naciones, y un tratado sobre cambios del medio ambiente que prohíba la alteración con fines bélicos de las pautas climatológicas y ambientales.

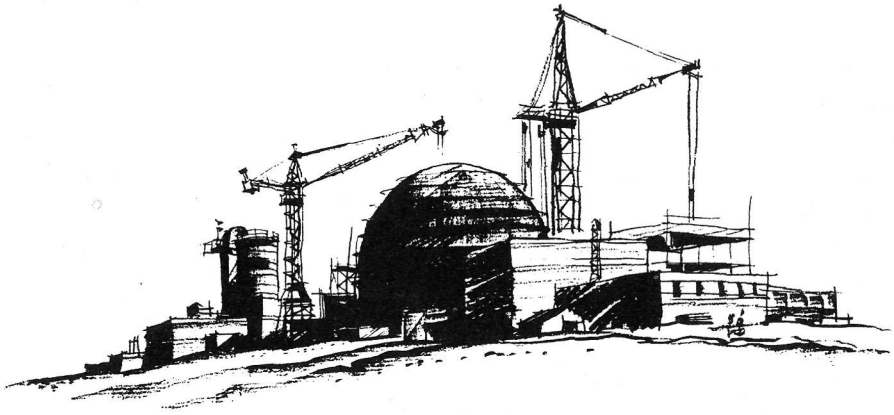
Paradojas

La capacidad del hombre para la justicia y la perspicacia hacen que sea posible la verdadera paz, pero su inclinación a la injusticia y la falta de perspicacia hacen que la paz sea imperativa.

Se han logrado adelantos importantes, aunque insuficientes. Hemos descubierto que cambiar los modos habituales de conducta, incluso los suicidas,

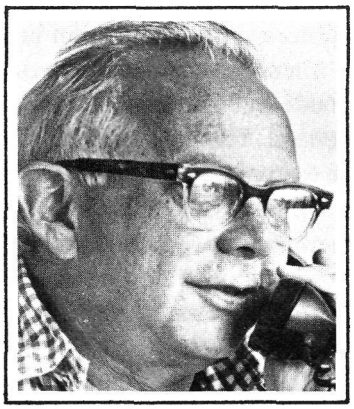
representa una tarea monumental. La perspectiva es sombría, pero encierra esperanza. El alcance, la diversidad y los peligros de un conflicto moderno son superiores a los de cualquier otro período histórico, pero este mismo hecho ha obligado a las naciones a tomar medidas sin precedentes para unirse contra amenzas comunes. La supervivencia del hombre es incierta, pero no queda más remedio que procurarla. De todos los seres de la tierra, sólo el hombre puede matar tan eficientemente y, sin embargo, sólo él puede cambiar radicalmente su condición y, en verdad, llegar a trascenderla. Los hombres y las naciones son una mezcolanza de bien y mal, de conflictos y cooperación.

Pero hay fundamento para un optimismo circunspecto en el creciente reconocimiento, tanto entre las potencias mayores como las menores, de que el control de armamentos ha pasado a ser elemento esencial de la seguridad nacional. A decir verdad, la seguridad nacional no es seguridad alguna a menos que incluya el autocontrol y la seguridad para todos, apoyada en convenios internacionales justos y que se puedan hacer cumplir.



EL TOQUE DE ASOMBRO EN LA LITERATURA ESTADOUNIDENSE

Por Irving Howe



El autor de este artículo comenta que lo singular de las letras estadounidenses es la calidad de su voz, el toque de asombro que va de la satisfacción divertida, a menudo cómica, al éxtasis callado. Al desdeñar los pesados detalles sociales de la novela europea, los escritores estadounidenses exploran lo salvaje de la naturaleza y los misterios del ser.

Irving Howe posee el título de Profesor Distinguido de Inglés de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. También es director de *Dissent,* una publicación de comentarios políticos y sociales. Entre sus libros se incluyen estudios de William Faulkner, Sherwood Anderson y Thomas Hardy, algunas colecciones de ensayos literarios y más recientemente *World of Our Fathers* (El mundo de nuestros padres), en el que se describen las experiencias de los inmigrantes judíos en los Estados Unidos. Su artículo se reproduce de *The New York Times Book Review.*

Con los Estados Unidos, una nueva idea aparece en el mundo; con la literatura estadounidense, una nueva voz. La idea, que originalmente fue un sueño o fantasía de los europeos oprimidos, habla de un nuevo inicio para la humanidad en terrenos no hollados.

En las colonias mismas y en la recién instaurada república, esta idea permanece en un estado preliterario, más que nada discursiva y declamatoria; aún no logra romper los lazos con el señorial idioma inglés de Inglaterra. La nueva voz aparece en la primera mitad del siglo XIX, al desarrollarse un estilo estadounidense—en realidad un conjunto de estilos—en la poesía y en la prosa. El pensamiento y el lenguaje, la idea y la imagen, se funden en un nuevo ser y así resulta el florecimiento de la literatura estadounidense.

Surge de un toque de asombro, resplandeciente de esperanza, maravillada de la frescura de la tierra nativa. Cooper, Emerson, Thoreau, Melville, Twain. . . todos, en sus primeros años, parecían intimidados ante la extraordinaria buena suerte, lo *selectivo* de la humanidad estadounidense (o, como lamentablemente debemos rectificar ahora, de su porción blanca). Los cuentos estadounidenses de cazadores, navegantes fluviales, marineros y filósofos solitarios han sido cubiertos por un silencio rico y vivificador, el silencio de los bosques, de los ríos, de las llanuras. El espacio viene a ser la

© 1976 por The New York Times Co. Reproducido con autorización.

presencia regidora y la metáfora de la imaginación estadounidense: el vacío sagrado del espacio.

Con la excepción de Poe, que muy bien pudo haber nacido en París, todos los escritores estadounidenses importantes del siglo XIX pulsan esta cuerda de éxtasis. Es un éxtasis del hombre esencial, libro de ataduras sociales, en íntima relación con el mundo tangible. En esta visión, cada hombre se declara pionero del espíritu. Cada uno se hace y rehace, y define su carácter como una serie interminable de segundas oportunidades. Es como si Eva no hubiera mordido y Adán nunca hubiera caído.

Un siglo después, al reconocer conmovedoramente que la inocencia no se puede recuperar, William Faulkner resume así este recuerdo estadounidense: "Casi sin senderos", la tierra estaba señalada sólo "por las huellas de formas conocidas: osos y venados y panteras y bisontes y lobos y lagartos e infinidad de bestias menores. Y el bien conocido hombre, para no dejar de mencionarlo". No obstante, Faulkner, el más meridional de los hombres del Sur, se muestra como un pariente medio secreto de los sabios de Concord, Massachusetts.

Un Inicio Nuevo

Los escritores estadounidenses del siglo XIX comenzaron con la noción de que si se es estadounidense se puede sobrepasar o eludir el caos de la historia europea. Más radicalmente, que no es necesario considerar a la civilización como el hogar indispensable. Visiones edénicas proponen un término a la historia, pero el estadounidense va más lejos: propone terminar con el recuerdo de la historia. Emerson se califica como "un buscador sin fin, sin un pasado a mis espaldas". Está equivocado, el pasado se adhiere a las espaldas de todos; pero no importa. Simon Suggs, héroe bribón del humorismo del "viejo Suroeste" ofrece su lema: "Conviene ser cambiante en un país nuevo". Aquí, cambiante no es sólo obtener buenas ventajas al estilo estadounidense, sino también escapar al peso de la historia, al desfallecimiento de la cultura. Whitman, el escritor más cambiante que jamás haya vivido, en *Song of Myself* (Canto a mí mismo) cambia constantemente de un ser improvisado a otro ser improvisado; el Ishmael de Melville (en *Moby Dick*), harto de las labores rutinarias en tierra, se adentra en el mar para encontrar la meditación, un ser sin escamas; Thoreau se encamina a Walden Pond, ya que desea "afrontar sólo los hechos esenciales de la vida", que para él, como para muchos de sus contemporáneos, no se encuentran en las ciudades, las familias, las sociedades.

Aun hoy, todo eso sigue siendo maravillosamente encantador. Por ningún motivo puede considerarse primitivos a estos escritores estadounidenses; algunos son muy instruidos; la formación de la mayor parte de ellos es la decadencia de las versiones más rigurosas del cristianismo estadounidense inicial. Pero pueden adoptar actitudes juveniles, pueden tararear canciones de libertad individualista sin parecer aún testarudos o sentimentales. Releer

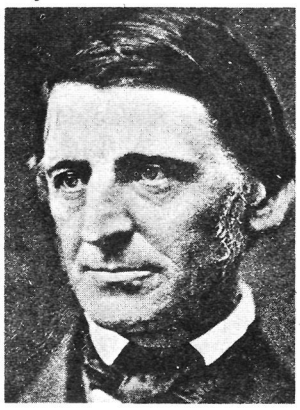
Old Times on the Mississippi (Viejos tiempos en el Mississippi) de Twain, o los apuntes de Emerson, o los primeros capítulos de *Moby Dick* o la mayoría de los poemas de Whitman y algunos de Dickinson, es deleitarse con voces llenas de la amistad y amabilidad democráticas.

Posteriormente, conforme envejecen y experimentan la Guerra Civil, estos escritores a menudo se dejan llevar por la desesperación, se dan cuenta de lo que ha sucedido con los Estados Unidos y se les hiela el corazón. Pero en los buenos tiempos es natural que caigan en lo cómico. Es un discurso vocinglero, una especie de modesta sublimidad, de meditación relajada o de divertido placer ante lo vertiginoso de la vida en un escenario aún no estropeado. Emerson escribe: "El gorjeo de un pájaro, aun el croar de una rana, animan una soledad y hacen un mundo suficiente para nosotros". Whitman, que aprendió de Emerson que el espíritu enciende la materia (por lo menos en el clima de América del Norte), trata de lograr una "unión de identidad" aunque sonríe ante lo desmesurado que puede parecer su pretensión; y luego, más calmado, acepta que "no hay gordura más dulce que la que se adhiere a mis huesos". Melville juega con palabras, bromea y acumula pilas de erudición cómica. Emily Dickinson, al notar "un cierto sesgo de la luz", descubre que produce una "diferencia interna", el mundo externo y su estado anímico interno se funden en un agradecimiento extático: breve, solitario, cómico hasta la gravedad.

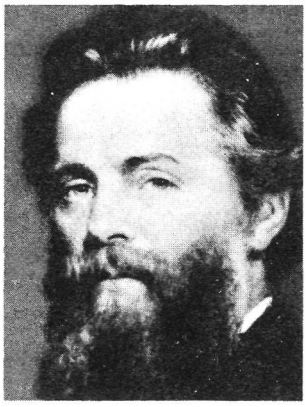
Este éxtasis callado se presenta no sólo en recelos de la naturaleza y en una metafísica unida al ser; también se presenta para festejar el trabajo, el sencillo trabajo diario. El aprendiz de navegante de Twain es supremamente feliz al aprender su oficio en el Mississippi; el Ishmael de Melville es feliz al trabajar con sus compañeros marineros. En los estratos plebeyos de las letras estadounidenses del siglo XIX, donde lo trascendente parece descender suavemente de un cielo despejado, también existe un placer terco, mundano, en hacer el trabajo, dominar el oficio, unir lo útil con lo bello. "Con el tiempo, el rostro del agua", dice el aprendiz de Twain, "se convirtió en un libro maravilloso, un libro que. . . me dio sus ideas sin reservas, me entregó

Walt Whitman

Ralph Waldo Emerson



Herman Melville



sus secretos más preciados con tanta claridad como si los hubiera expresado de viva voz". Lo que Emerson captó por medio de las adivinaciones órficas y Thoreau por las particularidades de la naturaleza, Twain lo alcanzó por el dominio del oficio: el mundo como un "libro maravilloso".

Un Romanticismo Diferente

La literatura estadounidense es incorregiblemente romántica. Así ha sido siempre y así, en formas más oscuras, es probable que continúe. Es un romanticismo un tanto diferente al de sus fuentes europeas ya que propone lo que ninguna imaginación europea pudo jamás: esquivar la historia hacia una libertad incondicional del ser, o en versión más moderada, en una miniutopía de amistades. Una vez que estalló esa ilusión, nuestros escritores se sumieron en una desolación espiritual, en un dolor del corazón. Sin embargo, en sus obras más grandes unen la esperanza con el desencanto, la visión y el derrumbe.

El romanticismo estadounidense también difiere del europeo al conservar aleaciones de moralismo puritano o, por lo menos, un excesivo gusto por una ética de altos vuelos. Así, en la obra de un novelista como Henry James hay un complejo enlace entre el deseo del absolutismo personal y la presión de restrictivas disposiciones sociales. Sin embargo, e independientemente de como sea calificada, nuestra característica nativa es el romanticismo, una fe en la beatitud de lo singular.

Emerson está en todas partes. De Whitman a Mailer, de Melville a William Carlos Williams, de Thoreau a Wallace Stevens, es Emerson quien domina, nuestro ángel con las alas rotas. En la literatura estadounidense se escucha, una y otra vez, el eco de su llamado al hombre confiado en sí mismo, seguidor del instinto y la conciencia, ambos felizmente borrosos en las regiones etéreas de lo transanímico. Una y otra vez se escucha el eco del romanticismo ético de Emerson que afirma la participación del hombre en la esencia divina, que proporciona una sanción semirreligiosa a la largueza democrática y, desde luego, a las extralimitaciones individualistas.

Los maestros estadounidenses del siglo XIX buscan incansablemente formas "abiertas", narraciones de grandes ademanes y estilos amplios, con las cuales abarcar la experiencia nacional. La "densidad" social de las novelas de George Eliot, el refinamiento parisino de las de Balzac, la solidez histórica de las de Tolstoy: apenas si algo de esto asoma en las letras estadounidenses del siglo XIX. También nos dice bastante poco nuestra literatura de ese siglo, de las complicaciones de la sociedad, de la erosión del matrimonio, la fascinación del sexo, la vida interior de las mujeres, el poder del dinero; poco acerca de las cosas duras, mundanas y condicionadas. Pero tiene otros méritos. Hay encanto, frescura, una energía activa y una penetración simbólica directa a la condición del hombre en el Nuevo Mundo, libre de las trabas de los recuerdos históricos o de los convencionalismos sociales.

Un Nuevo Lenguaje

Como respuesta a la singularidad de su circunstancia, los maestros estadounidenses crearon un nuevo lenguaje literario. Twain empezó con el lenguaje verbal de su niñez, las hipérboles de enunciación lenta de los humoristas del "viejo Suroeste" y los recursos tradicionales de la prosa inglesa; de éstos moldeó un nuevo estilo, puro y fácil, concreto y lírico, una especie de embriagado lenguaje vernáculo. Melville elaboró una prosa polifónica que abarcaba desde el humorismo del lenguaje plebeyo hasta la esmerada retórica filosófica extraída de Shakespeare y Milton. Thoreau, quizá nuestro más grande estilista, formó a martillazos una prosa muscular, nudosa y escueta destinada sobre todo a dar a las cosas su nombre exacto.

En el verso se presentaron innovaciones igualmente notables. Whitman unió la frase o cláusula del habla con la línea del verso como unidad rítmica y en su mejor fase sus cadencias están bellamente calculadas para dar un efecto de humorismo e intimidad. Emily Dickinson se basó en la métrica del himno inglés para escribir poemas crípticos, erizados de las acres economías del ingenio de Nueva Inglaterra. Whitman y Dickinson, que aparecieron cuando los Estados Unidos aún parecían jóvenes, pudieron escribir como si de verdad fueran interminables buscadores sin un pasado a sus espaldas.

Naturalmente exagero. Aun cuando de hecho las visiones de una existencia independiente absoluta y una libertad irrestricta dominan la literatura estadounidense del siglo XIX, gran parte de su fuerza deriva del reconocimiento de lo poco probables, limitadas e incluso insuficientes que resultan tales visiones. No se puede dejar que Huck y Jim permanezcan en la balsa para siempre, y cuando la abandonan, deben afrontar las brutalidades de la sociedad. Especialmente los horrores de la esclavitud en la tierra de Washington y Jefferson. Para muchos de nuestros escritores, la esclavitud representa la burla extrema de nuestras pretensiones nativas que mancha todas nuestras declaraciones morales.

En las últimas décadas del siglo XIX se inicia un cambio de estado de ánimo y de conciencia, que aún conforma nuestras vidas. El legado sangriento de la Guerra Civil; el crecimiento de ciudades feas y que rompen el alma; la proliferación de la corrupción; el ingreso de millones de inmigrantes que fueron asignados al trabajo bestial de la sociedad; en suma, el reconocimiento de que los Estados Unidos también deben sobrellevar las aflicciones de un capitalismo desenfrenado y los sacudimientos de una guerra clasista, desemboca en una nueva visión de las cosas.

Realismo Desengañado

El "trascendentalismo" de Emerson llega a parecer desdentado, una evasión cortés. "Adonde quiera que miraron los hombres de cultura", escribe el historiador Richard Hofstadter, "encontraron fuerzas hostiles y una mentalidad ajena". Poco después, esta aversión por la ordinariez de las

clases gobernantes se expresaría con clásica afectación en *The Education of Henry Adams* (La educación de Henry Adams). Pero entonces, en la década de 1890, se presenta un rebajamiento compartido de los sueños y vanidades estadounidenses. La vida se endurece; el paisaje se torna gris. La literatura estadounidense va de las visiones a los problemas, del éxtasis a las dificultades, del propio ser a la sociedad. ¿La tierra de los libres? Sí, pero también de los explotados.

Los realistas que relatan la vida de los pueblos pequeños y los barrios bajos, irrumpen en las letras estadounidenses. Les importan menos los ideales cristalinos que los detalles de la represión, la pérdida, la vulgaridad. Entre Emerson y Dreiser, entre el siglo XIX y el siglo XX, está William Dean Howells, un estadounidense de alma dulce cuya conciencia lo lleva a atestiguar los sufrimientos de la vida en la ciudad y a propugnar por una especie de socialismo amable. En su obra *Maggie,* Stephen Crane aporta algo del tono, aunque no totalmente de los métodos del naturalismo. Edith Wharton, quizá la única escritora estadounidense importante que no fue tocada por el emersonianismo, escribe ásperas novelas acerca de lo corriente del nuevo mundo comercial; visualiza la vida como algo determinado, al humano como una mosca atrapada en una botella. Y Theodore Dreiser, el escritor estadounidense que con mayor éxito combina el genio con la estupidez, trae a nuestra literatura a todas aquellas figuras oscuras de los pueblos y las ciudades que pasan sus vidas en la monotonía de las deplorables carencias, en la tristeza de ni siquiera poder reconocer aquellos deseos insatisfechos.

Quizá el más notable de los escritores estadounidenses que abarca los siglos es Edwin Arlington Robinson. Probablemente sólo por ser nativo de Nueva Inglaterra, algo de Emerson persiste en su obra, aunque más como parpadeo que como llamarada. Pero lo que más lo conmueve es la ordinariez de la derrota humana. Es el primer poeta estadounidense de estatura que incorpora en nuestra literatura al ciudadano y la conducta comunes, es un realista no sólo de circunstancias sino también de carácter. Whitman ya

Wallace Stevens

F. Scott Fitzgerald

Edwin Robinson

había invocado a la gente ordinaria, incluso la había loado, pero raramente aparecía en su poesía como figura individual. Robinson comprendió, sin embargo, que las personas ordinarias "actúan sus propias tragedias mentales y viven una vida mucho más profunda y amplia de lo que nos inclinamos a creer posible". En "Eros Turannos", su gran poema, trasplanta la pasión de una tragedia griega a un pueblo de Maine; en su égloga "Isaac y Archibald", con gran facilidad hace hablar en verso libre a los granjeros de Nueva Inglaterra.

La aceptación de Robinson de las limitaciones humanas se ve transformada en la poesía de Robert Frost en una contemplación cáustica, terrorífica a veces, del vacío cósmico. Emersoniano en postura y fraseo, el más profundo sentido que Frost tiene de las cosas es escéptico y sombrío. Frost escribe que uno de sus personajes "supo de las finalidades / al margen de la tumba". Las finalidades señalan sus mejores poemas, "Diseño", "El mayor provecho", una docena de grandes composiciones líricas. En ocasiones Frost suele alardear de ese escepticismo, reduciéndolo a algo meramente teatral; pero a lo sumo ha dejado atrás el siglo XIX y se ha adentrado en los páramos del modernismo literario.

La Persistencia de Emerson

Pese a todo, no podemos descartar tan fácilmente a nuestros antepasados. El mismo Emerson que proclama no tener pasado, se convierte en lo pasado, medio inspiración y medio estorbo, revoloteando sobre esa generación de escritores notablemente dotados: Hemingway, Fitzgerald, Faulkner, Stevens, Hart Crane, Williams y quizá incluso T. S. Eliot, que empezaron a publicar su obra en la década de 1920. La historia moderna ha lastimado a estos escritores como nunca lo pudo ser un estadounidense del siglo XIX. Han sufrido los desencantos de toda persona sensible después de la Primera Guerra Mundial. Han estado expuestos a las corrientes del modernismo europeo, con su énfasis sobre la problemática, su rechazo a las formas y valores establecidos, su hambre de experimento. Ya no pueden aceptar a los Estados Unidos como un destino único, porque se han enfrentado a la historia, Europa, la guerra, la revolución. No obstante, con ironía o con anhelo, en ocasiones ambos, aún responden a aquellos antepasados estadounidenses que sí vieron a los Estados Unidos como un destino único.

Porque la temprana mitología nativa conserva toda su fuerza en la imaginación de los escritores que ya no pueden darle una aprobación irrestricta. El héroe de Hemingway en "Big Two-Hearted River" ("El gran río de los dos corazones"), al buscar alivio para sus nervios destrozados por la guerra en la quietud de un río de Michigan es, en línea directa, nieto del colonizador de Walden Pond, en la misma forma que la prosa de Hemingway tiene una fuente importante en la de Thoreau. Los jóvenes de Dos Passos que en política se inclinan hacia la izquierda, conservan más de la sensibilidad emersoniana de lo que ellos o él, en su momento, pudieron darse cuenta. La

poesía de Hart Crane es inconcebible sin el siglo XIX estadounidense; el lenguaje mismo de Williams emana de uno de los costados de Emerson.

Posteriormente, ya en nuestro tiempo, los maestros estadounidenses del siglo XIX seguirán dejando su huella. Mailer combina, improbablemente, a Emerson y Wilhelm Reich; Ellison concluye su *Invisible Man* (El hombre invisible) con una afirmación de libertad absoluta que es más convincente en relación con la literatura pasada que con la experiencia de los negros que él presenta; Bellow sigue clamando por una renovación personal, como si él proviniera de Concord más que de Chicago, y en *Henderson the Rain King* (Henderson el rey de la lluvia) urde una ficción puramente emersoniana.

Pasado y Presente

Ahora me limitaré a dos escritores del siglo XX, F. Scott Fitzgerald y Wallace Stevens. Fitzgerald comprendió a fondo que el romanticismo es nuestro destino. En el final de *The Great Gatsby* (El gran Gatsby), escribe su arrollador pasaje acerca de la esperanza, la pérdida de los Estados Unidos:

> Durante un breve, alucinado instante, el hombre debió haber dejado de respirar ante la presencia de este continente, impelido a una contemplación estética que ni comprendía ni deseaba, cara a cara por última vez en la historia con algo proporcionado a su capacidad de asombro.

Estas palabras lo ligan, aunque sea sólo por una negación mordaz, con los maestros del siglo XIX, si bien Fitzgerald es totalmente una criatura de nuestro propio siglo, una voz de desaliento, caos, fragmentación.

Un distintivo de su seriedad es que Fitzgerald trató de darle un carácter heroico a su conocimiento de la pérdida cultural, una reducción estadounidense de, digamos, Ahab a Gatsby. Comprendió que esta forma heroica ya no podía ser proyectada con sublimidad romántica; tenía que estar cercada de complicaciones irónicas, matices trágicos. Algo que nos define a Fitzgerald como un estadounidense tardío es que su figura central nos debe recordar simultáneamente algo de la voz que domina en *Song of Myself* y al hecho de que sea un contrabandista profesional de licores.

En una ocasión dijo que lo distintivo de una mente de primera es su habilidad para retener dos ideas al mismo tiempo. Lo que lo hace una figura central en el curso de nuestra literatura es que parece escribir, más que ningún otro contemporáneo, con un rico conocimiento de la tradición de Emerson y Whitman, y con un conocimiento igualmente rico de todas aquellas fuerzas de desastre social y moral que Eliot presentó tan dramáticamente en *The Waste Land* (El Páramo). Con escritores como Fitzgerald, Hemingway y Faulkner, la novela estadounidense va más allá de lo idílico y lo épico y entre la sustancia desgarrada de la vida ordinaria, tal como aparece en la novela europea. En su libro más conmovedor, *Tender is the Night* (Tierna es la noche), Fitzgerald refleja tanto de lo trágico, de Europa, de la

historia, y de la maltrecha naturaleza de la humanidad de nuestro siglo, como pudo hacerlo un estadounidense de su época. Lo romántico tropezó y sufrió en las cavernas del dolor; y todo lo que hizo que la literatura estadounidense inicial fuera deliciosa y fascinante ya no puede ser verosímil.

En la poesía de Wallace Stevens estos cambios de sensibilidad se toman como un hecho, como parte de lo "dado", lo cual debe ser aceptado por una mentalidad del siglo XX. En un aspecto, Stevens aún se remonta a lo sublime estadounidense, pero en otro señala lacónicamente, como si le hablara a Emerson, "y aunque uno dice formar parte de todo / hay un conflicto, una resistencia de por medio". Pero más allá de la apertura del siglo XIX estadounidense, y más allá de los sondeos trágicos de Fitzgerald y Faulkner, Stevens rumia acerca de los rebajamientos de la historia moderna, del esfuerzo para extraer persuasiones mínimas a una época vergonzosa, de la posibilidad de cuidar nuestra propia conciencia. Escribe con intimidad emersoniana, pero sin la trascendencia de Emerson:

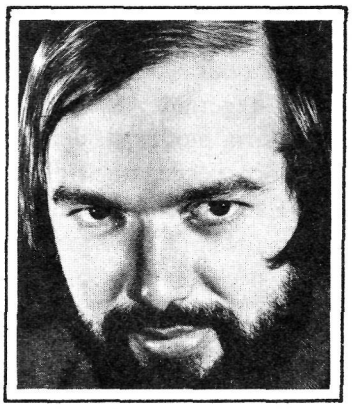
Para nosotros la Tierra es plana y vacía,
No hay sombras. La poesía que
Excede a la música debe ocupar el lugar
De los cielos vacíos y de sus himnos,

Nosotros, en la poesía, debemos ocupar su lugar. . .

He esbozado un esquema, no más que eso, para asomarme a la literatura estadounidense. Como en todos los esquemas, se ha omitido demasiado y a demasiadas personas. Pero la virtud de este esquema, creo, es que nos hace recordar el encanto de los comienzos. Si una mirada a nuestra vida pública actual probablemente nos sume en la desesperación, es satisfactorio que se le tenga a uno como la persona que les recordó que somos nietos de Emerson, los compañeros de balsa de Twain, los amigos de Fitzgerald. A mí mismo me gustaría imaginar que por algún giro extraño de la historia, soy un primo lejano, del lado menos distinguido socialmente, de Herman Melville, ese maravilloso escritor que festejó el espíritu fraternal de todos los seres humanos en el suelo estadounidense.

DISECCION DEL SIGLO XX

Por Richard Kostelanetz



Hannah Arendt, fallecida en Nueva York en diciembre de 1975, fue una de esas notables mujeres que realizaron su singular potencial antes que el movimiento de "liberación de la mujer" se hiciera militante. Sus escritos acerca de la política del totalitarismo no sólo fueron brillantemente originales, sino también de gran influencia. La cualidad especial de esa autora, señala Kostelanetz, fue la aptitud para un constante y enérgico pensamiento aplicado a algunas de las experiencias cruciales de nuestro siglo.

Richard Kostelanetz es autor prolífico que escribe acerca de una gran diversidad de temas que abarcan desde filosofía política hasta las artes. Sus obras incluyen: *Master Minds: Portraits of Contemporary American Artists and Intellectuals* (Mentes maestras: semblanzas de artistas e intelectuales norteamericanos contemporáneos), *The Theater of Mixed Means* (El teatro de medios múltiples) y *The End of Intelligent Writing* (Fin de la literatura inteligente). También ha compilado diversas antologías, que incluyen *Social Speculations: Visions for Our Time* (Especulaciones sociales: visiones para nuestra época) y *The Edge of Adaptation: Man and the Emerging Society* (Al borde de la adaptación: el hombre y la sociedad naciente).

Es de todos sabido que Arendt no sólo fue una de las mujeres más brillantes de nuestros días, sino también socióloga política y filósofa de primera fila. Durante su carrera de casi incesante dedicación intelectual, produjo dos de los estudios más ilustrativos y profundos acerca de la experiencia moderna: *The Origins of Totalitarianism* (Orígenes del totalitarismo) (1951) y *Eichmann in Jerusalem* (Eichmann en Jerusalén) (1963), además de otros libros fundamentales que tratan de política y cultura. Sus obras maestras son el incomparable resultado de la prolongada conjunción de un tema difícil y una mente extraordinariamente brillante. Logran darnos la comprensión de fenómenos que antes parecían incomprensibles, puesto que su tema principal era cómo piensa la gente acerca de experiencias políticas sin precedentes. Nadie del mundo de nuestros días ha sido igual a ella, lo que equivale a decir que, de no haber existido Arendt, sus ideas no habrían sido pensadas. Son muy contados los intelectuales de los que cabe decir algo semejante.

Sus dos obras más grandes se enfrentan a una sola cuestión de gran

alcance: ¿Cuál es la naturaleza de los gobiernos que, en los años treintas, surgieron en la Alemania nazi y en la Rusia soviética? Concomitantemente ¿en qué forma difieren estas sociedades sin libertad y las dictaduras anteriores? La simpatía de muchos intelectuales norteamericanos por el marxismo durante los años treintas les hizo oponerse de inmediato a Hitler, pero mostráronse menos dispuestos a aceptar las similitudes soviéticas con la Alemania nazi. Así, los primeros norteamericanos que plantearon estas ecuaciones con una nueva percepción fueron o bien conservadores excéntricos, como Peter Viereck en su *Metapolitics* (Metapolítica) (1941) o eruditos refugiados, a menudo de extracción socialdemócrata, que habían sufrido en su persona el totalitarismo, como el sicólogo Bruno Bettelheim en sus ensayos acerca de los campos de concentración publicados durante la Segunda Guerra Mundial; Franz Neumann en su importante obra acerca del estado nazi, *Behemoth* (1942); y Sigmund Neumann, cuyo libro *The Permanent Revolution* (La revolución permanente) (1942) sostenía que los gobiernos nazi y soviético eran básicamente iguales. Dentro de este contexto, en 1951 apareció un libro que superó a todos los demás en cuanto a rigor intelectual, ámbito abarcado y profundidad histórica: *The Origins of Totalitarianism* de Hannah Arendt. Vistos retrospectivamente los ensayos anteriores, de otros autores, parecían una preparación implícita para su jamás igualada culminación de cierta línea de pensamiento.

Despotismo vs. Totalitarismo

El punto sostenido por Arendt fue que, no obstante sus opuestos sentimientos políticos, la Alemania nazi y la Rusia soviética representaban una misma especie de sociedad sin precedentes, y que Adolf Hitler y Joseph Stalin eran dos competidores (a veces colaboradores) hechos de una misma urdimbre. Lo que diferenciaba sus nuevas dictaduras y las tiranías clásicas era el grado de su control, ya que mientras los antiguos déspotas autoritarios cuidaban, ante todo, de hacerse del dominio político y económico y de suprimir toda oposición política, el régimen totalitario tenía objetivos más amplios: quería no sólo eliminar el disentimiento, sino también inculcar una moral social y unas creencias políticas muy particulares, en nombre de una ideología que, afirmaban, constituía la verdad absoluta.

Para este fin, el régimen totalitario orientábase hacia el control no solamente de la política, sino de *todo* cuanto hay en la sociedad, incluso la educación y los medios de comunicación masiva; quería controlar el pensamiento de los ciudadanos, borrando así las tradicionales distinciones entre sociedad y estado y entre sociedad e individuo. Hannah Arendt escribía:

> El terror ya no se emplea como medio para exterminar y asustar a los opositores, sino como medio para gobernar masas de gente que se muestran perfectamente obedientes. Los dispositivos totalitarios se muestran ingeniosamente eficaces como técnicas de gobierno. Aseguran no sólo el

> monopolio absoluto del poder, sino también una certidumbre jamás igualada de que siempre se ejecutarán todas las órdenes.

En segundo lugar, mientras las dictaduras de viejo cuño gobernaron en nombre de la conquista o de privilegios tradicionales, a menudo explícitamente opuestos a la voluntad de la mayoría, el dictador totalitario gobierna en interés de una ideología proclamada *y* en nombre de la mayoría, cuyo apoyo puede a menudo lograr valiéndose de su total control de los medios de comunicación masiva. La meta final de todo régimen totalitario es la supresión de toda minoría política, cultural o religiosa organizada, con el fin de lograr una sociedad uniforme, una masa socialmente indiferenciada, sin clases y sin grupos.

Otro indicador de la diferencia entre regímenes autoritarios y regímenes totalitarios es la siguiente: el Estado autoritario suprime la oposición en nombre del derecho público; así, su aliado más natural para el ejercicio de la autoridad es una fuerza que está *fuera* de la sociedad cotidiana: el ejército. Puesto que, en contraste, el régimen totalitario exige, en nombre de su visión social, una obediencia universal de todos los días, el principal medio para dar fuerza a su hegemonía lo constituye una fuerza que se encuentre dentro de la sociedad, la policía, a menudo en colaboración con los simpatizantes más fanáticos del régimen. Mientras el Estado autoritario limitaría la libertad, el Estado totalitario la *aboliría*.

> La dominación total [escribía H. Arendt] no permite la iniciativa libre en ninguna esfera de la vida si no es para alguna actividad que sea totalmente predecible. La iniciativa intelectual, espiritual y artística es tan peligrosa para el totalitarismo como la iniciativa gansteril del populacho, y ambas son más peligrosas que la oposición simplemente política.

La visión típicamente penetrante de Arendt es la que nos expuso que tanto Hitler como Stalin fueron, precisamente, posrevolucionarios cuya hegemonía dependió del exterminio de la tradición representada no sólo por el régimen anterior, sino también por el régimen político en sí, puesto que la realización apasionada de un ideal exige una total emancipación del pasado, valiéndose de cualesquiera medios, incluso la violencia despiadada y generalizada por parte del Estado.

Idealismo e Ideología

También fue un punto original (y cierto) de Arendt el haber visto que el idealismo, y no el cinismo, era lo que en última instancia daba vida a la imaginación totalitaria (si bien la creencia de que todo cuanto ha imaginado la ideología del movimiento es posible de inmediato sirve, de todos modos, de racionalización para el uso de medios cínicos). En verdad, una de las implicaciones más perturbadoras de *Origins,* que posteriormente hubo de desarrollar aún más en *On Revolution* (Sobre la revolución) (1962), era que

Hannah Arendt

la sociedad totalitaria habrá de ser resultado inevitable de toda revolución total que triunfe, puesto que, para realizar el ideal de la reforma de la sociedad desde sus cimientos, el dirigente revolucionario tiene que alejar a las masas de toda construcción que les recuerde el mundo anterior.

Sin embargo, puesto que la obstinación normal de toda sociedad impide la realización inmediata de la transformación total esbozada en la ideología, un resultado inevitable de la revolución es una brecha entre la intención y los resultados. Antes que reconocer la derrota, no sólo en su calidad de líderes sociales, sino también en la de agentes de una misión histórica, los "revolucionarios" recurren ante todo a una falsificación constante y, luego, a depender del "terror total", de la amenaza de los campos de concentración y especialmente de la policía, "para dar realidad a la ley o a la marcha de la historia".

No satisfecha con dar simplemente las características de esta nueva sociedad, Arendt destina las primeras dos secciones de *Origins* a esbozar las fuerzas de la historia moderna que hicieron posible el totalitarismo. En esos capítulos, la autora combina constantemente el conocimiento histórico (profusamente respaldado con notas) con una inteligencia filosófica capaz de percibir distinciones cruciales, de establecer categorías viables y de seguir una línea de pensamiento no convencional hasta llegar a una conclusión original. (Su principal falla quizá consista en la inclinación, cuando no el afán, a incluir tantísimas cosas dentro de la amplitud de sus ideas; a veces la autora resulta, al parecer, víctima involuntaria de su propio idealismo hegeliano.) Su formación filosófica se deja ver también en su manera de presentar personajes históricos como encarnación de ideas, y en su capacidad para ver lo muy conocido como algo desconocido y, por lo tanto, asombroso.

Relaciona la moderna evolución del antisemitismo con la secularización de la idea religiosa tradicional de la elección mesiánica, compartida por igual por judíos y no judíos. La por demás inusitada proposición de Arendt es que la fantasía de Hitler de ver a los judíos como motores ocultos de la sociedad, tenía sus raíces en un difuso filosemitismo. Hace notar que el antisemitismo más virulento se refiere no a judíos visibles, sino a unos judíos imaginarios, fantásticos e "invisibles": los conspiradores ocultos (identificados en los falsos *Protocolos de los sabios de Sión)* a los que tal antisemitismo relaciona

con judíos visibles (aunque inocentes). Por lo tanto, y así lo disponía la ideología, el exilio a campos de concentración (y el exterminio subsiguiente) de todos los judíos y semijudíos visibles acabaría eliminando también a los invisibles. Análogamente, en el sistema ideológico de Stalin, los demonios invisibles eran los "contrarrevolucionarios", expresión que Stalin aplicó súbitamente a grupos diversos, en el curso de la eliminación de millones de ciudadanos soviéticos en varias grandes purgas. Hacia el final de su vida, en su ataque contra los "médicos judíos", Stalin se apropió del antisemitismo de Hitler.

Racismo y Política

Arendt también relaciona el racismo con el imperialismo, que pasó a ser el paliativo económico de las depresiones de fines del siglo XIX. Argumenta que el racismo aportó el razonamiento para subyugar a pueblos primitivos, no caucásicos, además de que con él se movilizó el apoyo de las masas con mayor eficacia que con cualesquiera otros planteamientos. Es característico de la percepción arendtiana la observación de que un tipo de racismo históricamente inspiró no sólo la propagación de un racismo de otra especie, sino también la idea de que un designio mesiánico podía cobrar realidad por medio de la eliminación de las razas adversas (o impuras). Dentro de Alemania y de Rusia surgieron los movimientos pangermánico y paneslavo a los que, según lo expresa Arendt, "el nazismo y el bolchevismo deben más (respectivamente) que a cualquier otra ideología o que a cualquier otro movimiento político. Esto se ve más manifiestamente en la política exterior, en la que los estrategas de la Alemania nazi y de la Rusia soviética siguieron muy al pie de la letra los muy conocidos programas de conquista esbozados por los movimientos pangermano y paneslavo antes de la Primera Guerra Mundial y durante la misma".

Una causa definitiva del totalitarismo la encontramos en la propia política del siglo XX: el descrédito colectivo no sólo de los partidos y regímenes parlamentarios, sino también del régimen parlamentario en sí, en nombre de ideas sociales que sostenían que estaban *por encima* de la política (y de los engorrosos procesos políticos). Arendt prueba documentalmente el modo en que fascistas y comunistas alemanes colaboraron, tanto explícita como implícitamente, a esa polarización de los extremos políticos.

Por último, su obra comunica un profundo desencanto tanto respecto al idealismo seglar (especialmente el comprendido en la tradición hegeliano-marxista), como al oportunismo sin raíces de la época; Hannah Arendt los censura, a uno y otro, por haber asignado un valor tan bajo a la vida humana individual. Este desencanto da la base para el profundo neoconservadurismo de Arendt expresado en su obra maestra filosófica *The Human Condition* (La condición humana) (1958), así como en sus ensayos filosóficos subsiguientes que rebosan expresiones tales como: "En el mundo moderno ha desaparecido la autoridad".

"Trivialidad" del Mal

Hannah Arendt volvió una vez más a su gran tema en las ediciones corregidas de *Origins* del año 1966 (actualmente asequible en tres volúmenes encuadernados en rústica) y también en *Eichmann in Jerusalem*. Esta última obra es un profundo ensayo por demás perceptivo y devastador, más legible que *Origins*. Mientras que el mencionado en último lugar es un libro que habla de categorías sociológicas a las que describe con notable imparcialidad, *Eichmann in Jerusalem* gira en torno de un individuo, sumido en el sistema nazi, que fue un producto radical del totalitarismo: un burócrata personalmente cordial que, no sin razón, sostenía que él "jamás había matado a nadie" y que, por ende, no había violado ley alguna por él conocida. De todos modos, su "inocente" responsabilidad por su trabajo burocrático (transporte de judíos a los campos de exterminio) contribuyó a resultados horriblemente inhumanos: la devastación de los judíos de Europa.

En la compleja descripción de Arendt, Eichmann no es un ogro perverso, sino un burócrata sicológicamente "normal", en nada distinto a millones de otros metódicos ejecutivos de todo el mundo que siguen las órdenes de sus superiores y son, como lo percibiera Arendt, "verdaderamente incapaces de pronunciar una sola frase que no sea un clisé". Eichmann fue menos un asesino que un ser mediocre que ocupó un puesto crucial en un sistema asesino. Lo que hace tan descorazonadora la descripción dada por la escritora es la percepción de que todo cuanto Eichmann hizo pudo haberlo hecho con igual facilidad cualquier otro individuo. "Con Eichmann, la dificultad estaba precisamente en que había tantísimos iguales a él". Fue el epítome de la moderna "trivialidad del mal", que es la ausencia de toda correlación entre el que hace el mal y el mal hecho. No es necesario decir que muchos comentaristas encontraron que esta tipificación era desagradable y la publicación del libro inspiró una tormenta de acaloradas críticas.

Otra controvertida tesis de *Eichmann in Jerusalem* sostenía que uno de los motivos por los que murieron tantísimos judíos fue la complicidad de los dirigentes de comunidades judías que, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, consideraron oportuno hacer tratos con los gobernantes nazis. Arendt no exonera a los asesinos, pero sugiere que las víctimas colaboraron a su propia eliminación.

> En todos los lugares en los que vivían judíos, había dirigentes judíos reconocidos y, casi sin excepción, éstos colaboraron de un modo u otro con los nazis. Toda la verdad es que, si el pueblo judío hubiese estado realmente sin organización y sin dirigentes, hubiesen imperado el caos y una gran miseria, pero el número total de víctimas difícilmente habría alcanzado a ser de entre cuatro y medio y seis millones de personas.

La devastadora (y discutible) paradoja que Arendt plantea es que, sin esta colaboración voluntaria, el exterminio decretado por Hitler no habría tenido tanto éxito. En su análisis país por país, Arendt demuestra, por medio de

datos diestramente articulados, por qué los judíos de determinados países sobrevivieron en su mayoría, mientras que los de otros quedaron destruidos casi en su totalidad. En Dinamarca, cuyo caso sirve de ejemplo, el rey encabezó a su pueblo en el uso de brazales con la Estrella de David, con lo que el intento de los nazis por capturar a los judíos hubo de frustrarse debido a los peligros de una identificación falible. Muchos rumanos se salvaron debido a que, en un orden social sostenido por la corrupción, los individuos podían comprar fácilmente su libertad. En cambio, fueron muy pocos los judíos de Hungría que sobrevivieron, debido, en parte, según lo demuestra Arendt, a que su destrucción pudo organizarse de modo por demás eficaz. Según mi parecer, nadie de quienes lean estas páginas puede dejar de ver claramente no sólo las sutiles diferencias existentes dentro de la cultura europea, sino también los desastres sin precedentes de la vida moderna.

La expresión "sin precedentes" es muy importante puesto que muchos críticos la emplearon como base para su marcada discrepancia respecto a la argumentación de Arendt. Estos críticos señalaron que, durante siglos, los consejos de las comunidades judías de Europa central y oriental habían actuado con éxito, en calidad de organismos intermediarios, para mitigar el rigor de los opresivos decretos del gobierno. Los dirigentes judíos habían adquirido una larga experiencia en el uso de diversas componendas tácticas, incluso el pago de rescate y de sobornos, para proteger a sus representados. Incluso en la Alemania nazi, antes que estallase la Segunda Guerra Mundial, decenas de millares de judíos lograron abandonar el país a cambio de ceder sus bienes al régimen imperante. Basados en experiencias pretéritas, muchos dirigentes judíos creyeron que podrían salvar vidas siguiendo las tácticas del regateo y la componenda. Desafortunadamente, para 1940 los nazis habían decidido proseguir con ahínco sus planes genocidas, y no fue posible comprarlos. El mal nazi demostró ser absoluto en un grado fuera de toda experiencia anterior y a la complicidad crucial de Eichmann en este mal, decían los críticos, difícilmente podía calificársela de "trivial". Argumentaban, además, que Arendt había minimizado la importancia y el heroísmo de la resistencia judía en el ghetto de Varsovia y en otros lugares.

Una Biografía Moderna

Cualquiera que fuese la validez de estos reproches, quedó bien claro que los libros de Arendt reflejaban no sólo unas notables facultades intelectuales, sino también su experiencia singularmente *moderna*. Nacida en Hanover en 1906, fue escalando rápidamente los peldaños del sistema educativo alemán, estudió en las universidades de Marburgo y Friburgo y por último obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Heidelberg en 1928, con una tesis acerca del concepto del amor según San Agustín, publicada el año siguiente. Su principal mentor fue el eminente filósofo alemán Karl Jaspers, que se convirtió en figura central del renacimiento moral de la Alemania de la posguerra.

"Antes que dejara Alemania en 1933", escribió Arendt en una rara declaración autobiográfica, "la organización sionista se me acercó para que hiciera un trabajo 'ilegal': reunir datos acerca del antisemitismo oficial. Acepté gustosamente y, por desdicha, me detuvieron cuando tenía ya una hermosa recopilación. Después de esto tuve que salir de Alemania ilegalmente y más bien de modo precipitado. Fui a París". La filósofa política norteamericana Judith Shklar sugería: "La experiencia personal más intensa e inmediata de la escritora, y también de sus contemporáneos, fue el exilio".

En París se dedicó a escribir y a trabajar en calidad de secretaria general de la rama francesa de la Aliyah Juvenil, organismo de ayuda que llevaba niños huérfanos judíos a Palestina. En 1940, cuando los alemanes invadían Francia, tuvo la previsión de huir a Nueva York, donde durante dos años escribió una columna diaria para el periódico judeo-alemán *Aufbau*. Más tarde trabajó como directora principal de la empresa Schocken Books y, después, como directora ejecutiva de la Comisión para la Reconstrucción Cultural Judeo-Europea, cuya función era recuperar los bienes de tipo cultural saqueados por los nazis. Antes de salir de Europa se casó con Heinrich Bluecher, quien posteriormente fue profesor de filosofía en la Universidad Bard de Poughkeepsie, Nueva York. Aprendió a hablar inglés, e incluso a escribirlo con considerable estilo, pero siempre insistió en que un amigo norteamericano corrigiese su prosa en inglés antes de imprimirla. Se naturalizó ciudadana estadounidense en 1951, el mismo año en que aparecía su clásica obra *Origins of Totalitarianism*.

Al comienzo buscaba en los Estados Unidos un puesto académico, pero sólo llegó a la docencia después que sus libros fueron aclamados. Sus cátedras fueron en las universidades de California, de Princeton (en la que fue la primera mujer con puesto de profesor), de Chicago (en 1963, su primer puesto permanente) y por último en la Facultad de Graduados en la Nueva Escuela para la Investigación Social, en Nueva York. Aunque el ámbito de su pensamiento iba más allá de las categorías convencionales, el título que escogió para sí fue el de "profesora de filosofía política". Recibió títulos honorarios de varias universidades estadounidenses, entre otras las de Dartmouth, Smith y Notre Dame. En 1975 fue el primer ciudadano norteamericano (y la primera mujer) en ganar el Premio Sonning, de Dinamarca, por sus "contribuciones a la civilización europea".

Pasión por el Pensamiento

Para los años cincuentas ya se había convertido en un distinguido personaje de la cultura, que a menudo daba conferencias por todo el mundo y colaboraba periódicamente con artículos acerca de literatura, filosofía y política, en destacadas revistas norteamericanas, incluidas *The New York Review of Books* y *The New Yorker* (esta última le encargó el análisis del juicio contra Eichmann). Sus ensayos y conferencias quedaron reunidos en varios libros, entre los que figuran: *Between Past and Future* (Entre el

pasado y el futuro) (1961; edición corregida, 1968), *On Revolution, Men in Dark Times* (Hombres en tiempos de tinieblas) (1968) y *Crises of the Republic* (Crisis de la República) (1972). Algunos de estos ensayos reconocían a los Estados Unidos el mérito de haber evitado las trampas del totalitarismo y de haber llevado a cabo la única revolución triunfante del mundo moderno; pero jamás dejó de mostrarse crítica y aprensiva respecto a su patria de adopción. Su neoconservadurismo jamás se convirtió, como sucedió con el de otros, en justificación de celebraciones patrióticas. Lo que más impresionó de Arendt a la mayoría de las personas fue la intensidad de su entrega tanto al pensamiento explorador como al discurso racional. En su apasionada devoción a los procesos intelectuales casi parecía venida de otro mundo.

Un ejemplo de cómo ilustraba conceptos comunes puede encontrarse en *The Human Condition,* su libro más difícil pero, para algunos lectores, el más profundo y profético. En él, Arendt divide la condición humana en tres esferas: labor, trabajo y acción. Define la labor diciendo que es la faena que jamás se termina, que ha de comenzarse de nuevo en el mismo momento en que queda concluida, tal como sucede con el trabajo doméstico de la mujer o con el laboreo de los campos. Una vez terminada, la labor no deja huella, se consume igual que una hogaza de pan o, en el caso del campo arado, requiere una labor renovada e incesante. En contraste, los productos del trabajo tienen una vida que va más allá del proceso biológico. Objetos tales como la mesa de una casa o una escultura pertenecen al mundo hecho por el hombre. Hacen que éste se sienta a sus anchas en la naturaleza y afirman su estabilidad y "permanencia".

Palabras y Obras

La tercera y más elevada esfera del comportamiento humano es la que Arendt llama la "acción", el mundo de las palabras y las obras, en el que el hombre no revela sus habilidades ni sus productos sino se revela a *sí mismo* en sus relaciones con otros hombres. Así pues, la acción incluye la vida de la política y del pensamiento, el ordenamiento de la sociedad y de las ideas: es corruptible, naturalmente, pero capaz, de todos modos, de los esfuerzos más nobles del hombre. A partir de estas definiciones fundamentales, Arendt sacó un rebuscado y pesimista modo de ver el mundo moderno, en el que la automatización tiende a convertir de nuevo el trabajo en labor y en el que las fórmulas de la ciencia cierran el paso, en lugar de ayudar, a la comunicación humana. Pero Arendt creía que podemos evitar los peligros de la pasividad y la esterilidad si "pensamos lo que hacemos" y si conservamos la libertad política que nutre la vida del pensamiento libre.

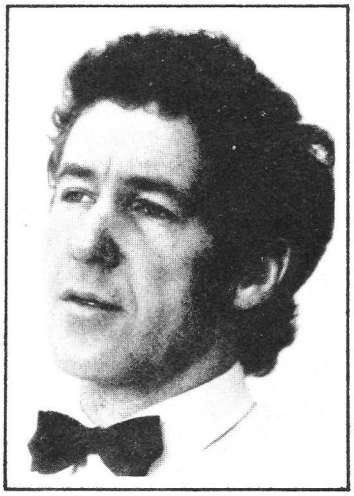
Antes de su muerte, a causa de un ataque cardíaco el 4 de diciembre de 1975, estaba trabajando en una trilogía filosófica a la que provisionalmente le había dado el título de *The Life of the Mind* (La vida de la mente). El primer volumen, titulado *Thinking* (Pensamiento), estaba terminado cuando ella fa-

lleció; el segundo, *Willing* (Voluntad) había sido depurado en varios borradores; el tercero, *Judging* (Juicios) estaba solamente en su primer borrador. Puesto que no tenía hijos ni parientes cercanos, el obituario que apareció en *The New York Times* decía: "La Dra. Arendt no deja sucesión". Sin embargo, dejó indiscutiblemente un legado intelectual de gran importancia y permanencia. El distinguido filósofo Hans Jonas ha dicho de ella:

> No se esforzó por la originalidad; simplemente era original. Las cosas lucían diferentes después que ella las había observado. El pensamiento era su pasión, y para ella pensar era una actividad moral. . . Todo cuanto tenía que decir era importante, a menudo provocativo, a veces equivocado, pero jamás trivial, jamás desdeñable, para no ser olvidado jamás.

EL RETRASO DEL CRECIMIENTO URBANO

Por Lester Brown



La sabiduría convencional es que el movimiento de la gente de las granjas a la ciudad continuará durante el resto del presente siglo. El autor no está de acuerdo y señala que la idea se basa en suposiciones sobre el abasto de alimentos, los recursos energéticos y las expectativas de empleo que ya no se apegan a la realidad. Pide un mejor equilibrio entre las poblaciones rurales y urbanas, principiando con los esfuerzos para mejorar las condiciones de vida y la productividad en el campo. Su artículo está extractado de un discurso que pronunció en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, en Vancouver, Canadá, en junio de 1976.

Lester Brown es presidente del Instituto para la Vigilancia Mundial. Fue miembro decano del Consejo para el Desarrollo del Exterior. También fue administrador del Servicio Internacional de Desarrollo Agrícola de la Secretaría de Agricultura de los EUA que coordinaba los esfuerzos para ampliar la producción de alimentos en unos 40 países. Sus obras incluyen los siguientes libros: *Seeds of Change: The Green Revolution* (Simiente de cambio: la Revolución Verde), *World Without Borders* (Mundo sin fronteras) y *By Bread Alone* (Sólo de pan).

De acuerdo con las actuales proyecciones de las Naciones Unidas, las zonas urbanas seguirán creciendo a un ritmo acelerado en el último cuarto de este siglo. Se proyecta que un mundo que era 29 por ciento urbano en 1950 y 39 por ciento en 1975, llegue a ser 50 por ciento urbano hacia el año 2000. ¿Puede continuar esta tasa de urbanización?

La premisa básica de que el crecimiento urbano continuará igual radica en tres suposiciones implícitas:

- que los excedentes de alimentos producidos en los campos agrícolas circundantes, o importados del exterior, serán suficientes para alimentar a las poblaciones urbanas en constante crecimiento;
- que se podrá disponer de energía barata para suscribir el costo de la energía adicional que requiere la vida urbana,
- y que habrá en las ciudades suficientes empleos productivos.

Lo probable es que estas condiciones no se puedan mantener en lo futuro, ni tampoco el crecimiento urbano que de ellas depende.

El Supuesto de la Alimentación

Para que la gente se desplace del campo a la ciudad tendrá que producirse un excedente de alimentos en las zonas rurales que pueden utilizarse para alimentar a las poblaciones urbanas dependientes. Estos excedentes pueden provenir de abastecimiento interno o de fuentes exteriores. Desde los primeros asentamientos urbanos, hace varios miles de años hasta mediados de este siglo, las ciudades se mantenían en gran parte, si no del todo, con los alimentos producidos en los campos agrícolas circundantes. Desde 1950 aumenta el número de ciudades que dependen de importaciones de alimentos, en gran parte, de Norteamérica. Desde mediados del siglo, la acelerada urbanización ha corrido parejas con el enorme aumento de los embarques de alimentos de Norteamérica.

Hace 40 años las exportaciones de grano estadounidense promediaban cinco millones de toneladas anuales. En 1950 habían aumentado a 23 millones de toneladas y para 1970, a 56 millones de toneladas. Se calcula que en 1976 los Estados Unidos exportarán 94 millones de toneladas de grano. Los agricultores estadounidenses exportan suficiente grano para alimentar a 560 millones de consumidores de la India o a 115 millones de rusos conforme a sus respectivos índices de consumo.

En las últimas décadas, la pauta del comercio mundial de alimentos se ha modificado enormemente. Hace una generación la Europa Occidental, que era en esa época la región más urbanizada, era a la vez la única región importadora. Cada uno de los otros continentes exportaba grano en cierta cantidad. Para 1976, esa situación se ha modificado en forma irreconocible. Prácticamente todo el mundo ha llegado a depender de las exportaciones norteamericanas de alimentos. Asia, Africa, Latinoamérica, la Europa Occidental, y la Europa Oriental incluida la Unión Soviética, son importadores netos de granos. Gran parte del alimento importado por esas regiones se utiliza para alimentar a las ciudades.

Los crecientes déficit de algunos países se deben a la incapacidad de la ampliada producción de alimentos para mantener el ritmo de la rápida multiplicación de las poblaciones. En otros países esos déficit son consecuencia de mala administración y de negligencia agrícola, una política de tratar como hijo ajeno a la agricultura, mientras se otorga prioridad a las ciudades para nuevas inversiones. Con demasiada frecuencia, los déficit son producto de ambos factores.

Si continúan las tendencias de los últimos años, las necesidades colectivas de importación de más de 100 países importadores a fin de cuentas excederán en gran medida a los abastos exportables de Norteamérica, particularmente cuando la cosecha sea escasa. En todo el mundo, desde Lenin-

grado hasta Lagos, de El Cairo a Santiago, de Tokio a Bombay, es obvia la tendencia de las ciudades a depender en forma creciente del alimento importado.

No es probable que continúe mucho tiempo este rápido aumento de la dependencia respecto a los productos alimenticios importados de Norteamérica. Sin embargo, la tendencia actual hacia la urbanización conducirá a depender siempre en mayor medida de los alimentos de Norteamérica. Los canadienses con visión prevén el día en que las demandas internas de una población creciente y cada día más opulenta puedan reducir los excedentes exportables de alimentos, tanto como ya lo han hecho con la energía. La dependencia abrumadora de las ciudades del mundo respecto a los abastos alimentarios importados de una sola región geográfica en un mundo donde escasean los alimentos, traerá consigo una vulnerabilidad hacia las fuerzas políticas del exterior y las variaciones climáticas, lo cual es verdaderamente un riesgo. Como este es el caso, sería muy conveniente que los países revisaran sus políticas de urbanización y consideraran si una rápida y continua urbanización, y la correspondiente dependencia creciente de los abastos alimentarios distantes, favorecen su interés nacional.

El Supuesto de la Energía

La urbanización y la disponibilidad de la energía están íntimamente relacionadas. El surgimiento de las primeras ciudades parece haber estado estrechamente ligado con los sensacionales avances agrícolas, como el enjaezamiento de los animales de tiro, la conversión de nuevas plantas agrícolas para usos domésticos y el perfeccionamiento de los sistemas de riego. En realidad, todo ello permitió al hombre explotar una cantidad mayor de energía: captar más energía solar en las plantas o, en el caso de los animales de tiro, convertir el forraje inutilizable en una forma de energía que se podría usar para aumentar el abasto de alimentos. Por importantes que fueran esas nuevas fuentes de energía, los excedentes agrícolas que hicieron posibles nunca fueron suficientes para mantener a nadie, salvo a una pequeña parte de la población que vive lejos del campo. Por cierto que todavía en 1800 apenas 2,2 por ciento de la población de Europa residía en ciudades de 100.000 o más habitantes.

El avance sensacional de la energía, que permitió mantener en las ciudades a poblaciones mucho más numerosas, fue el descubrimiento de los combustibles fósiles, inicialmente la hulla y más tarde el petróleo. El empleo de combustibles fósiles para generar vapor para la fuerza motriz de la industria dio origen a la Revolución Industrial, permitió la concentración de la actividad económica y anunció una nueva era de urbanización.

La emigración en gran escala de la gente del campo a la ciudad requiere una fuerte cantidad de energía. En un medio ambiente urbano se requiere energía adicional para satisfacer las necesidades de alimentación, combustible, vivienda y transporte. En el supuesto de que no cambien los niveles de

consumo, toda persona que emigra del campo a la ciudad origina necesidades mundiales de energía.

En el caso de la alimentación, la urbanización origina necesidades de energía en dos aspectos. A medida que la población urbana aumenta en relación a la población rural productora de alimentos, se requiere energía adicional en la agricultura para generar el excedente alimentario requerido. Al mismo tiempo, se necesita más energía para procesar el alimento y transportarlo a las zonas urbanas.

A medida que aumenta la emigración a las ciudades, cada uno de los que se quedan a cultivar la tierra tiene que producir un excedente cada día mayor. Esto, a su vez, requiere la vasta sustitución de la mano de obra por la energía mecánica en la producción de alimentos. En un mundo en que la energía escasea y aumenta continuamente el desempleo, es poco sensato sustituir en gran escala a la gente por la máquina en los países que tienen grandes poblaciones rurales sin empleo.

Crecientes Necesidades de Energía

Se acostumbra señalar orgullosamente la pequeñez del porcentaje de población que vive en fincas rurales en naciones industriales como los Estados Unidos, donde el cinco por ciento de los habitantes del país proveen los alimentos del 95 por ciento restante. Empero, este nivel de productividad del trabajo en la agricultura requiere enormes cantidades de energía. En un artículo publicado en la revista *Science,* el profesor David Pimentel explica la magnitud de esa necesidad. Si se tuviese que alimentar a la actual población mundial de 4.000 millones de habitantes según los índices de consumo estadounidenses, utilizando las técnicas de producción agrícola de los EUA, que son intensivas en cuanto a energía, y "si el *petróleo* fuese la única fuente de energía y dispusiéramos de *todas* las reservas de petróleo exclusivamente para alimentar a la población mundial, los 415.000 millones de barriles de reserva apenas durarían 29 años".

Aunque son grandes las cantidades que se requieren para la producción, se empequeñecen si se las compara con la cantidad de energía empleada para el transporte, procesamiento y distribución del alimento en una sociedad altamente urbanizada. Dentro de los Estados Unidos, una cuarta parte de la energía utilizada en el sistema alimentario se emplea en la producción de alimentos. Las tres cuartas partes restantes se utilizan para el transporte, procesamiento y distribución de esos mismos alimentos una vez que salen de la granja.

Las dificultades para satisfacer las necesidades alimentarias de los habitantes de la ciudad corren parejas en muchos aspectos con las dificultades para satisfacer sus necesidades de combustible. El suministro de alimentos y de combustible tiene que provenir del campo (en forma de carbón, leña, etc.) o bien importarse (como el kerosén, el petróleo combustible, etcétera). Algunas naciones disponen de fuentes domésticas apropiadas de fuerza hidroe-

léctrica o petrolífera. Pero la mayoría de las naciones enfrentan las horribles alternativas de ver rodeadas sus ciudades por una zona árida siempre en aumento a medida que éstas van destruyendo las reservas naturales de los bosques, o de depender cada vez más de las importaciones inseguras y costosas de combustible.

La urbanización requiere asimismo más energía para deshacerse de la basura. En las aldeas esto no constituye problema alguno. Los desperdicios orgánicos se devuelven al suelo como abono para enriquecerlo, parte integral e importante de los ciclos de nutrimentos del fósforo, el azufre y el nitrógeno en la naturaleza. Los desperdicios de la aldea contribuyen así a la provisión de alimentos. Pero una vez que se aglomera en las ciudades un gran número de personas, la basura ya no es una ventaja. Por cierto que las medidas para deshacerse de ella sin riesgo representan con frecuencia un gasto adicional de los escasos recursos energéticos.

La rápida urbanización de una parte del mundo durante el tercer cuarto de este siglo ocurrió en una era de energía barata, una era posiblemente única en la historia. La producción de petróleo ha llegado ya a su máximo en algunos de los principales países productores, en los cuales se incluye a los Estados Unidos, y muy posiblemente a Rumania. Seguramente, la producción declinará en otros países. Con la terminación de la era del petróleo claramente a la vista, el mundo tiene que recurrir a otras formas de energía, formas que por su naturaleza afectan la pauta de asentamiento humano.

Hacia una Era Solar

Se había supuesto hasta últimamente que el mundo pasaría de la era del combustible fósil a la era nuclear. Después de experimentar con la energía nuclear durante un cuarto de siglo, el mundo empieza a reconsiderar la conveniencia de continuar por la senda nuclear. El no haber logrado idear técnicas satisfactorias para deshacerse de la basura, la inevitable difusión de las armas nucleares junto con la energía nuclear, y la posibilidad de que los grupos terroristas adquieran materiales y armas nucleares, todo eso hace dudar de la conveniencia de la energía nuclear. Está asimismo a discusión la economía que se relaciona con la energía nuclear. En 1975 hubo en los Estados Unidos 25 veces más pedidos cancelados o aplazados de reactores nucleares que nuevos pedidos de los mismos. Uno de los principales ejecutivos de una compañía productora de reactores nucleares declaró que la industria estaba enferma. Es indudable que lo está; la cuestión es, en realidad, si la dolencia puede o no ser mortal.

Dada esta posibilidad muy real, los urbanistas necesitan considerar la de un mundo que no pasará de la era del combustible fósil a la era nuclear, sino a una creciente dependencia de la energía solar. Si el mundo marcha hacia una era solar, significa entre otras cosas que la población necesitará diseminarse ampliamente por la sencilla razón de que la propia energía solar está ampliamente dispersa.

Los mecanismos para captar la energía solar son muy variados. Incluyen colectores solares que se emplean para la calefacción y la refrigeración; los fotovoltaicos, que transforman la energía solar en energía eléctrica (la forma en que se impulsan los satélites internacionales de comunicaciones COMSAT); y las formas indirectas de la energía solar, como el viento, el agua y la leña. Todas las formas de bioconversión, incluyendo la leña, tienen por supuesto una base solar. La gran atracción de la energía solar es que es una fuente segura, confiable, virtualmente infinita, y de una disponibilidad bastante amplia.

Si el mundo adopta la energía solar, el tamaño óptimo de los asentamientos humanos tendrá que ser mucho más pequeño de lo que sería en otro caso. Los urbanistas tendrán que considerar la expectativa de planificar numerosas poblaciones relativamente pequeñas ampliamente distribuidas para el logro de una energía eficaz, antes bien que las de grandes masas de población radicadas en enormes megalópolis.

El Supuesto del Empleo

Un tercer supuesto implicado por las proyecciones de las tendencias de la urbanización es que habrá empleos disponibles en las ciudades. Sin embargo, este supuesto es, por lo menos, tan discutible como los relativos a la alimentación y a la energía. Uno de los problemas más difíciles que habrán de enfrentar los gobiernos en los próximos años es suministrar empleos para la enorme cantidad de jóvenes que con rapidez cada vez mayor saturan el mercado del trabajo. Las proyecciones de la Organización Internacional del Trabajo revelan que los países industriales necesitarán crear 161 millones de empleos adicionales durante los últimos 30 años del presente siglo, o sea, un aumento de 33 por ciento. Entretanto, los países en vías de desarrollo tienen que crear 922 millones de nuevos empleos, casi el doble de los que existen en la actualidad.

Se espera que la sola fuerza laboral de la India aumente en 63 millones en el curso de la presente década. Aquejada ya de profusos desempleo y subempleo, la India se ve acosada por 100.000 personas de nuevo ingreso en la fuerza laboral cada semana. México, con una base económica comparativamente pequeña, pronto tendrá casi tantos jóvenes como los Estados Unidos prestos a entrar al mercado del trabajo cada año.

La creación de empleos requiere capital. Incluso los países industriales con un capital relativamente abundante han tenido dificultades en los últimos años para ampliar rápidamente el renglón del empleo; de allí que hayan tenido los índices más altos de desempleo desde la Depresión de la década de 1930. Lo que ha constituido un problema para las sociedades industriales está resultando una crisis para los países en desarrollo.

Esta explosión del número de buscadores de empleo se presenta en un momento en que resulta más difícil obtener capital para inversiones. Un número cada vez mayor de obras sobre economía demuestra, con documen-

tos, la dificultad de mantener índices satisfactorios de formación de capitales. Los Estados Unidos, que han sido tradicionalmente una fuente de capital para el resto del mundo, tienen actualmente dificultades para satisfacer sus propias necesidades. La tasa de inversión del Japón en el extranjero se ha disminuido enormemente. Las economías centralmente planificadas de la Europa Oriental y de la Unión Soviética reciben actualmente fuertes empréstitos de los mercados occidentales de capital.

Ante la perspectiva de una próxima escasez de capital deben crearse tantos empleos como sea posible con el capital de que se disponga. La creación de empleos en el sector industrial urbano requiere mucho más capital que la creación de empleos en el sector agrícola rural. Por lo tanto, las consideraciones respecto al empleo son también un argumento contra una urbanización rápida.

La Expectativa de la Urbanización

En suma, existen tres razones por las cuales las tendencias de la urbanización no pueden continuar hasta el fin del siglo como se proyectaron:

- la incapacidad del campo para producir excedentes de alimentos en suficiente abundancia;
- la desaparición de la energía barata necesaria para asegurar el proceso de urbanización;
- y la imposibilidad de crear suficientes empleos en los asentamientos urbanos.

Si ha de continuar sin medida la emigración del campo a la ciudad, lo probable es que empiecen a presentarse algunas calamidades en un futuro no muy lejano. Entre éstas se presentará la escasez de alimentos en las ciudades, la escasez de energía que incapacitará a la economía, y se elevarán cada vez más los índices de desempleo. Los signos secundarios de tensión serán: la incontrolable inflación, la tensión nutricional cada vez mayor, la creciente dependencia de las importaciones exteriores de alimentos y de energía y el aumento correspondiente del endeudamiento externo. Por último, el creciente desempleo urbano posiblemente conduzca a inquietud social e inestabilidad política.

Dado este posible panorama, ¿no sería prudente que los gobiernos fijaran políticas apropiadas para retardar el crecimiento urbano antes que las restricciones de los sistemas naturales y sociales limiten sus opciones? Antes de tratar de dar una respuesta, sería conveniente examinar las fuerzas que conducen al movimiento masivo de la gente hacia las ciudades. Las fuerzas en juego caen dentro de dos amplias categorías: las que se originan en el campo, fuerzas de empuje, y las que sirven de atractivos en las ciudades, fuerzas de tracción. La demarcación no siempre es clara, ya que las fuerzas con frecuencia son simplemente las caras opuestas de la moneda.

La Atracción Urbana

Las principales políticas oficiales que influyen en la urbanización tanto directa como indirectamente, casi siempre reflejan una preferencia por la ciudad, y de este modo atraen a la gente del campo. Las políticas sobre el precio de los alimentos, proyectadas para suministrar alimentos ilusamente baratos a los residentes urbanos mediante la fijación de precios máximos, desalienta la producción doméstica de alimentos. Más aún, las políticas de la alimentación orientadas hacia lo urbano desalientan la inversión privada en la producción de alimentos, lo cual conduce al desempleo en el campo. Estas políticas ayudan a explicar, además, la creciente dependencia en los alimentos importados del extranjero.

En segundo término, la inversión pública de la mayoría de los países en desarrollo demuestra una fuerte preferencia por las poblaciones urbanas. No es del todo extraño que en un país en que el 70 por ciento de su población habita en las zonas rurales, sólo se destine a esas zonas un 20 por ciento de su inversión en el sector público. En ese caso, la inversión por persona fácilmente puede ser varias veces más elevada para el residente urbano que para los que viven en el campo.

La fuerte preferencia urbana de la inversión pública en servicios sociales, particularmente educación y salud, acrecienta aún más lo atractivo de las ciudades. Por ejemplo, el solo hecho de nacer en una ciudad puede influir fuertemente en el acceso a una educación universitaria. El profesor Michael Lipton ha indicado que un niño de una ciudad o poblado de la India tiene 8,5 veces más probabilidades de ingresar a una universidad que un niño de aldea. Además de constituir una gran falta de equidad, tal sistema es ineficaz. Las plazas universitarias se utilizan para impartir instrucción a jóvenes urbanos menos capaces, antes que a jóvenes rurales más capaces.

La misma situación se presenta con respecto a la atención médica. Porque la inversión en servicios médicos se concentra en hospitales urbanos más que en clínicas rurales, las necesidades de atención médica menos urgentes de la ciudad tienen prioridad sobre las más urgentes de la aldea. Esto también es ineficaz e injusto. Conduce a una asignación derrochadora de los escasos recursos que inevitablemente causa perjuicio en forma de un desarrollo económico reducido.

Alimento, Empleos y Rehabilitación Rural

Aparte del enorme costo financiero de suministrar empleos en un medio industrial urbano, existe la apremiante necesidad de impedir y revertir el deterioro ecológico del campo que se observa actualmente en muchos de los países en desarrollo densamente poblados. Este deterioro adopta la forma de desforestación, apacentamiento excesivo, expansión del desierto, erosión del suelo, y azolve de ríos, presas, y cisternas y canales de riego e hidroeléctricos.

Durante los últimos años, la crisis ambiental del mundo se ha definido casi exclusivamente en términos de países industriales o ricos, en términos de contaminación. Los dos han llegado a ser virtualmente sinónimos. Pero hay otra faceta tal vez más grave aún de la crisis ambiental. Erick Eckholm la describe vívidamente:

> En la guerra mundial para salvar el ambiente habitable, incluso las batallas por purificar las nubes nocivas sobre Tokio y São Paulo y por restaurar la vida en el lago Erie, son sólo escaramuzas si se comparan con las incontestables derrotas sufridas en las colinas de Nepal y Java, así como en los pastizales de Chad y del noroeste de la India. Una pérdida anual mucho más grave es la que resulta de minar la productividad del propio país mediante la erosión acelerada del suelo, los desiertos que avanzan, las más frecuentes inundaciones y la decreciente fertilidad del suelo. El hombre mismo está destruyendo—por desesperación, ignorancia, falta de previsión o codicia—las bases de su propia subsistencia al violar los límites de los sistemas naturales.

Tal vez la medida más útil para detener ese deterioro y restaurar los campos sería movilizar a la gente para realizar proyectos de reforestación masiva. La reforestación cumple varios fines importantes. Reduce el deslave y la erosión del suelo, aminora la frecuencia y la gravedad de las inundaciones, retarda el azolve de los embalses y canales de riego, y constituye a la larga una fuente importante de combustible y de materiales de construcción. Es tanto lo que puede ganarse con un proyecto de reforestación en gran escala, prácticamente en cada país en desarrollo, que es difícil comprender por qué no han iniciado más gobiernos los programas destinados a ese fin.

La Escasez del Agua

En algunos países, particularmente en Africa y, en menor grado, en Asia y en Latinoamérica, la expansión de los desiertos plantea una grave amenaza a la agricultura. Estos últimos constituyen una zona en que la inversión intensiva de mano de obra para restaurar la vegetación destruida, para la siembra de pasto, la construcción de cercas y la plantación de cinturones de árboles, puede ser sumamente eficaz y contribuir al capital social y a la capacidad productiva del país.

Al considerar la probabilidad de que el agua, antes que la tierra, sea la limitación principal de los esfuerzos para ampliar la producción alimentaria durante el último cuarto de este siglo, los proyectos locales para la conservación del agua en forma de pequeñas captaciones y de presas de barro construidas con materiales locales pueden constituir una contribución importante al abastecimiento de agua en el medio rural. Lo que falta en la mayoría de los países es liderazgo político y los medios para movilizar y organizar a las personas desempleadas.

En todo el curso de la historia se han movilizado las sociedades con fines muy específicos. Algunas de las realizaciones han sido singularmente impresionantes: la construcción de las pirámides en el antiguo Egipto; la renovación masiva del campo en China en el curso de los últimos 25 años (particularmente la reforestación, las obras para la conservación del agua y las obras de terracería); y el alunizaje de los astronautas de los Estados Unidos. Los objetivos, la estructura social, y la ubicación geográfica de esas sociedades han variado ampliamente; pero todas han representado realizaciones bastante espectaculares. Las técnicas de la organización social han diferido en forma muy marcada en los tres casos particulares, lo que indica que cada sociedad necesita desarrollar sus propias técnicas de organización social para lograr sus objetivos.

He aquí la oportunidad de movilizar, literalmente, a cientos de millones de desempleados crónicos o temporales para mejorar la capacidad productora de alimentos de muchos países, particularmente de los que están en vías de desarrollo. La necesidad existe, es real, y está extendiéndose de día en día.

La Urbanización Nacional y las Normas de Población

Parte del crecimiento de las poblaciones urbanas se debe al aumento natural en las ciudades, y parte, a la emigración de las zonas rurales. En las ciudades que crecen con mayor rapidez, la inmigración es el componente dominante. Las fuerzas responsables del torrente humano de varios cientos de millones de personas que emigraron del campo a la ciudad entre 1950 y 1975 son una combinación de tracción urbana y empuje rural.

A medida que luchamos con los problemas de los asentamientos humanos, del *habitat* humano, nos resulta cada vez más claro que estamos enfrentándonos hasta cierto grado con los problemas de la población. De acuerdo con la Oficina de Referencia de la Población, había 4.000 millones de personas en el mundo el 28 de marzo de 1976. Esta ocasión trascendental *no* era de celebrarse. Las tiranteces y las tensiones inherentes al continuo crecimiento de la población en un mundo ya habitado por esos 4.000 millones de personas nos acechan en todos los frentes.

En nuestra lucha diaria con los problemas y los acontecimientos tendemos a olvidar las funestas cifras matemáticas del crecimiento de la población. Necesitamos acordarnos ocasionalmente de que una tasa de tres por ciento anual de crecimiento de la población *conduce a un aumento de 19 tantos en un siglo*. Argelia, con una tasa de aumento de población de 3,4 por ciento y con 15 millones de habitantes en la actualidad, tendría en sólo cuatro generaciones más, 285 millones de habitantes, cifra superior a la población total de Norteamérica. México, con una población actual de 60 millones y si las últimas tendencias continúan, tendrá más de 1.100 millones de habitantes dentro de un siglo. Esta cantidad sería mayor que la suma total de las poblaciones actuales de Rusia, la India y Bangladesh. Cito estas cifras no porque esperemos que se materialicen, sino simplemente para subrayar la

urgencia de disminuir las tasas de nacimientos en los lugares donde permanecen elevadas.

El Equilibrio de la Balanza

Pongo las políticas de población en primer término entre los esfuerzos para resolver el problema de la urbanización porque, si no logramos poner freno al crecimiento de la población, serán inútiles nuestros esfuerzos en otros frentes. Muchos de los urbanistas y de los analistas creen que la emigración del campo a la ciudad no puede retardarse ni contenerse, que es inevitable. No soy de esa opinión. Lo que se necesita son políticas nacionales previsoras que den al campo lo que le corresponde. Las políticas más importantes se formulan a nivel nacional, y se proyectan programas para dar forma al proceso de la urbanización . Y la mayoría de aquéllas tienen una abrumadora preferencia por los centros urbanos en perjuicio de las zonas rurales.

La corrección de este desequilibrio no es imposible. Algunos países han unido sus esfuerzos para mejorar la capacidad productiva y las condiciones de vida en el campo, y de ello han obtenido amplios beneficios sociales. Entre esas naciones—China, Taiwan, los Estados Unidos, Tanzania, Cuba y Nueva Zelandia—no hay un vínculo común de geografía, de sistema político, o de cultura. El único elemento común es el deseo de mejorar la vida de los que viven en el campo y de los citadinos.

Al señalar que ha llegado el momento de que los gobiernos abandonen su preferencia urbana no estoy sugiriendo que se abandone a la ciudad. La evolución de las ciudades representa una faceta importante de la evolución social de nuestra especie. Como tan acertadamente señaló Barbara Ward en *La morada del hombre* (Fondo de Cultura Económica, 1976), las ciudades constituyen una parte integral de la civilización contemporánea, como depositarias y custodias de la cultura. Nadie arguye contra las ciudades, o a favor de un mundo completamente urbanizado. Deberá existir un equilibrio entre la distribución rural-urbana de la gente y de la actividad económica. La cuestión es, ¿cuál debe ser ese equilibrio en cada país, y en qué forma lo afectará la situación alimentaria y energética que está surgiendo y las cambiantes condiciones económicas y ambientales?

El movimiento en masa del campo a las ciudades en el último cuarto de siglo, se ha basado en condiciones aparentemente insostenibles y en postulados ya indefendibles. Incumbe a los líderes políticos reconocerlo y eliminar la abrumadora preferencia urbana en la asignación de los recursos, adoptando un enfoque mucho más equilibrado, de acuerdo con las nuevas realidades de la alimentación, la energía, y el empleo. Las medidas más eficaces para aliviar los problemas que enfrentan las ciudades bien pueden ser las que mejoran las condiciones de vida y la productividad en el campo.

TEORIA CIENTIFICA Y REALIDADES DE LABORATORIO

Por Stephen G. Brush

El concepto que corrientemente se nos enseña a todos es que la ciencia moderna se basa en el método inductivo, según el cual los principios generales se derivan de hechos objetivos cuidadosamente observados. Un historiador de la ciencia arguye que no es así y sostiene que la teoría o percepción general aparece en primer lugar, y luego se buscan los hechos que estén de acuerdo con la teoría inspirada. En apoyo de su tesis, el Dr. Brush menciona la teoría y la práctica de Albert Einstein y otros grandes hombres de ciencia.

Stephen Brush, físico teórico, enseña historia de la ciencia en la Universidad de Maryland. Su artículo se basa en una investigación auspiciada por la Fundación Nacional de Ciencias y está condensado del que apareció en *The Bulletin of the Atomic Scientists*.

Con el fin de descubrir lo que en los últimos años se ha enseñado a la gente acerca de la naturaleza de la ciencia, he examinado dos textos muy en uso: *High School Biology* (Biología para enseñanza media) y *Chemistry, An Experimental Science* (La química, ciencia experimental). Ambos textos fueron escritos por equipos de profesores en ciencias, respaldados por sustanciales subsidios del gobierno y avalados por comités de eminentes científicos.

En el comienzo del texto de biología aparece la afirmación siguiente: "Dentro de su campo especial de trabajo, cada hombre de ciencia basa sus creencias en sus cuidadosas observaciones personales, comprobadas y confirmadas mediante observaciones ajenas". Con el fin de ilustrar cómo se hacen descubrimientos en biología, los autores exponen los orígenes de la teoría genética de Gregor Mendel, propuesta en 1865:

> Ante todo, en lugar de sólo estudiar el número relativamente reducido de descendientes que se obtienen de una sola cruza, Mendel utilizó muchas cruzas idénticas (de plantas). En seguida agrupó los resultados de estas cruzas. . .
>
> En segundo lugar, trabajando con un gran número de descendientes, pudo aplicar las matemáticas a los resultados. . . Estuvo así en posibili-

Copyright © 1976 por la Educational Foundation for Nuclear Science.

> dad de analizar sus datos y de descubrir razones definidas de características entre la descendencia. Luego, valiéndose del álgebra, pudo demostrar un patrón de la herencia que podía explicar dichas razones. En otras palabras, *desarrolló una teoría que explicara sus datos*. (Las itálicas son mías.)

De igual modo, en sus comienzos el texto de química afirma, en tipo negro, que "toda ciencia se construye sobre los resultados de experimentos". Como ejemplo de este principio, "la teoría atómica explica la observación de que los distintos compuestos de dos elementos dados, tienen composiciones relativas, en peso, que son simples múltiplos unas de otras". El motivo de ello, según los autores, es que la teoría se inventó sólo para este fin:

> La teoría atómica se dedujo en principio de las leyes de la composición química. En la primera década del siglo XIX, un científico inglés llamado John Dalton se preguntó por qué los compuestos químicos presentan estas sencillas relaciones de peso. Propuso que quizá cada compuesto esté integrado por moléculas que sólo pueden formarse mediante una combinación única de esas partículas. Súbitamente, muchos hechos de la química se hicieron comprensibles en términos de esta proposición.

En sus exposiciones de cómo se logran los descubrimientos científicos, estos dos textos, al igual que muchos otros libros de introducción a la ciencia, se basan en la teoría de la ciencia "baconiana", conocida a veces como método "inductivo" o "experimental". Ha llegado el momento de investigar si la teoría baconiana es exacta, y si su aceptación guarda alguna relación con las actuales actitudes del público respecto a la ciencia.

Teoría Baconiana

Francis Bacon, político británico del siglo XVII elevado al título de Lord Canciller, fue depuesto debido a un escándalo en torno a un cohecho. Pasó el resto de su vida escribiendo acerca de la filosofía y los métodos de la ciencia, aunque personalmente no hizo descubrimiento científico alguno. Según Bacon, la forma de llevar la investigación consiste en reunir un gran número de observaciones y experimentos acerca de una materia, y ordenarlos sistemáticamente. De este modo se puede proponer una hipótesis para explicar los datos, pero hay que comprobarla mediante más experimentación. Por supuesto, cualquier hipótesis o teoría que sea refutada por la experimentación debe descartarse de inmediato.

Hablando en términos generales, según el punto de vista de Bacon, todo conocimiento fidedigno nace del experimento y la observación. Las teorías sólo pueden desarrollarse después que se ha establecido un número suficiente de hechos; la finalidad de las teorías es correlacionar estos hechos y sugerir experimentos para la obtención de otro más.

Bacon argüía que para hacer descubrimientos científicos no hay necesidad

de ser un genio; cualquier persona de mediana inteligencia puede hacer una aportación que valga la pena si sigue el método baconiano y trabaja con suficiente empeño. Esta idea es decididamente atractiva para nuestros sentimientos democráticos; también es causa de muchas de nuestras dificultades actuales con la ciencia, pues nutre el concepto de que la investigación puede llevarse a cabo en plan de "emergencia"; que cabe hacer frente a una crisis nacional preparando más estudiantes en la aplicación del método científico y asignándolos a que hagan nuevos descubrimientos. Es creencia común que la investigación puede resolver cualquier problema, si estamos dispuestos a proporcionar dinero suficiente para personal y equipo.

Los propios científicos han alentado esta fantasía y se han servido de ella como justificación para obtener la mayor cantidad de dinero posible de los gobiernos. Pero, una vez pasada la crisis, esta táctica es contraproducente; los que formulan políticas gubernamentales actúan como si la ciencia fuese una máquina a la que se puede desconectar cuando ya no se necesita. Nuestras universidades, que procuran suministrar una sede para la investigación básica en todos los campos del saber, son criticadas ahora por estudiantes y padres, que opinan que los profesores dedican demasiado tiempo a la investigación y un tiempo insuficiente a la enseñanza.

Conciencia Objetiva

El punto de vista baconiano de que la ciencia es simplemente una técnica mecanizada para reunir y analizar hechos objetivos, también despierta críticas a la ciencia, establecidas sobre bases morales. Esta es una lamentación ya vieja que hace poco ha sido resucitada por Theodore Roszak en su obra *The Making of a Counter Culture* (La creación de una contracultura). Según Roszak, "la conciencia objetiva", que nace del enfoque científico del mundo, es responsable de un gran distanciamiento del hombre respecto a la naturaleza. Nos lleva, como observadores objetivos, a apartarnos de la participación emocional en los fenómenos que observamos. Así, según el modo de ver de Roszak, se destruyen tanto nuestro sentido de una coexistencia armónica con el resto del mundo como nuestro sentimiento de responsabilidad moral por los actos que afectan a otros seres. Al adoptar la conciencia objetiva, el hombre de ciencia puede tratar, pues, a las personas, a los animales y al medio circundante como objetos de experimento, y puede infligir fríamente dolor o daño, con el fin de observar los resultados. Sin embargo, los resultados son, de por sí, únicamente abstracciones matemáticas que no nos dicen lo que la persona común quiere realmente saber, es decir, ¿qué significa todo ello?

Los defensores de la ciencia están en desventaja debido a que, en su mayoría, también han adoptado la misma teoría baconiana de la ciencia. Pero estudios recientes en el campo de la historia de la ciencia han sugerido que algunos de los descubrimientos más importantes se lograron violando o desconociendo las reglas de procedimiento establecidas por Bacon. Los

hallazgos históricos pueden ser incluso un poco chocantes para aquéllos a quienes se les enseñó a creer que los datos experimentales son objetos sagrados.

En la descripción que el libro de texto nos da del descubrimiento antes mencionado de John Dalton, se afirma que éste, ante todo, descubrió, mediante experimentación, que los elementos de distintos compuestos químicos guardan, entre sus pesos, razones numéricas sencillas, tales como dos a uno. Posteriormente, y de acuerdo con esta explicación baconiana, desarrolló su teoría atómica para explicar este hecho. Pero hace pocos años se descubrió que las reacciones químicas estudiadas por Dalton no arrojan realmente ninguna razón numérica sencilla, y los historiadores han llegado a la conclusión de que primero debió desarrollar su teoría y que luego "corrigió" sus datos para que concordasen con ella.

De igual modo, en el caso del descubrimiento de Mendel, el análisis estadístico moderno hace que sea muy difícil creer que primeramente hubiera podido reunir los datos y que después desarrollase la teoría genética. También en este caso hay implicadas razones numéricas sencillas, tales como tres a uno, pero los datos consignados son "demasiado hermosos para que sean ciertos": faltan las inevitables fluctuaciones estadísticas que se presentan en los experimentos de esta índole. Por lo visto, Mendel llegó a las razones mencionadas partiendo de su teoría, y, luego, él (o algún ayudante, puesto que titubeamos en imputar el hecho al propio Mendel) escogió de algún modo los datos que concordaban con las predicciones teóricas.

Teoría Einsteiniana

Estos dos ejemplos, sumados a muchos otros puestos al descubierto por historiadores de la ciencia en los últimos años y también a declaraciones hechas por los propios hombres de ciencia, indican que en el logro de descubrimientos hay generalmente implicado algo distinto al método baconiano. Al modo alternativo de ver la ciencia podría muy bien llamársele "teoría einsteiniana", puesto que Albert Einstein, fundador de la teoría de la relatividad, lo enunció de modo por demás explícito, aunque sólo en unos contados y breves comentarios.

En una conferencia pronunciada en 1933, Einstein afirmó que la estructura básica de todo sistema científico tiene que llegarnos de la razón y no de la experiencia; sus principios fundamentales son "libres invenciones del intelecto humano". Dijo además:

> Estoy convencido de que, mediante construcciones puramente matemáticas, podemos descubrir los conceptos, y las conexiones legítimas entre ellos, que nos dan la clave para la comprensión de los fenómenos naturales. La experiencia puede sugerirnos los conceptos matemáticos adecuados, pero, innegablemente, no se les puede deducir partiendo de la experiencia. Esta sigue siendo, naturalmente, el único criterio para la utilidad física de las construcciones matemáticas. Pero el principio creativo re-

> side en las matemáticas. Por lo tanto, sostengo como verdadero que en cierto sentido el pensamiento puro puede captar la realidad, tal como lo soñaron los antiguos.

De la posición de Einstein se infiere que los experimentos no pueden desempeñar un papel *dominante* en la formulación de una teoría. Por el contrario, los resultados experimentales que se considera fueron establecidos antes que se desarrollara una teoría, pueden tener que ser desdeñados o rechazados por considerarse que dependen demasiado marcadamente de la "interpretación" basada en la teoría anterior. En cuanto el hombre de ciencia se convence de que su teoría le aporta una estructura intelectualmente satisfactoria, compatible con otras teorías establecidas y con cualesquiera criterios estéticos que desee aplicar, no habrá de abandonarla simplemente porque los resultados más recientes obtenidos en el laboratorio contradigan, aparentemente, una de sus predicciones. Intentará, naturalmente, reunir el mayor número posible de hechos para convencer a otros científicos con el fin de que apoyen la teoría, y para alentar los experimentos que, al parecer, habrán de dar resultados favorables. Pero hombres de ciencia como Einstein no han titubeado en sugerir que los resultados desfavorables están simplemente equivocados, ni tampoco en rechazar teorías contrapuestas que exigen una mejor concordancia con los experimentos; en algunos casos estos hombres de ciencia han vivido tiempo suficiente para verse vindicados.

Belleza de una Ecuación

Paul Dirac, el físico inglés que logró la primera síntesis exitosa de la teoría de la relatividad con la teoría cuántica de la estructura atómica, también argüía que los resultados experimentales no aportan las pruebas más importantes de una idea nueva. Escribió:

> Parece que si se trabaja desde el punto de vista de conseguir belleza en las ecuaciones propias y, si se tiene una percepción realmente justa, se avanza por un cauce seguro. Si no hay concordancia total entre los resultados del trabajo propio y el experimento, no hemos de desalentarnos, puesto que la discrepancia puede muy bien deberse a rasgos menores a los que no se han tomado debidamente en cuenta y que se aclararán con el desarrollo ulterior de la teoría.

La teoría einsteiniana de la ciencia explica el porqué científicos como Dalton y Mendel estaban más interesados en demostrar las sencillas razones numéricas que se derivan de sus teorías que en consignar fielmente los resultados reales de sus experimentos. Sabían que los "crudos datos" jamás llevan directamente a una sola teoría, ni tampoco la confirman con exactitud. Lo que cuenta, en la ciencia, no es la acumulación de datos, sino la brillante percepción que pone al descubierto la regularidad que permanece oculta bajo el caos de las apariencias superficiales.

Cabría argüir que, incluso en el caso de que una nueva teoría se acepte inicialmente a base de datos débiles, o aun falsos, no durará mucho a menos que otros experimentos la confirmen. Esto es cierto en su mayor parte, pero nuestra confianza en la función correctiva de experimentos independientes se modera al constatar que muchas teorías que hoy se consideran equivocadas sobrevivieron durante centenares o millares de años. Se necesitó mucho más que las pruebas experimentales en contrario para invalidar las ideas, sostenidas durante larguísimo tiempo, de que la Tierra está fija en el centro del universo, o la teoría de que el espacio está ocupado por un "éter" estacionario.

El propio Einstein reconoció que, por más cuidadosamente que se les mida, los datos experimentales pueden no ser totalmente independientes de la teoría. Esta, o al menos el marco conceptual general en el que se desarrolla, determina hasta cierto punto lo que observamos y el modo en que interpretamos nuestras observaciones. Un ejemplo elemental: incluso hoy, la mayoría de la gente "ve" que el Sol se levanta por la mañana. Se necesita un esfuerzo consciente para "ver" que el horizonte terrestre se desplaza debajo de un Sol fijo en el cielo. Pero una vez hecho este esfuerzo, por motivos intelectuales, ya no es *obvio* que el Sol se mueve a través del cielo.

El modo einsteiniano de ver la ciencia arroja ciertas dudas sobre el supuesto de que la ciencia aporta un método confiable para la resolución de problemas y la acumulación de conocimientos. Si la ciencia avanza, tiene que ser debido al genio especial y a los esfuerzos de determinados hombres de ciencia, y no porque exista un método científico infalible que cualquiera pueda emplear. En todo caso no debemos esperar que obtendremos el doble de resultados si gastamos dos veces más dinero para contratar el doble de científicos a fin de que trabajen en un problema. Esta táctica quizá dé resultado cuando queremos sencillamente desarrollar las *aplicaciones* de descubrimientos ya logrados, pero no cabe esperar que produzca con éxito nuevas *teorías* fundamentales sobre el átomo o sobre el gene.

El Hombre y la Naturaleza

Puesto que el científico einsteiniano trabaja desarrollando su sentido intuitivo de la naturaleza del universo, "la conciencia objetiva" de Roszak no constituye, al parecer, una definición muy adecuada de la actitud científica. Las teorías científicas modernas han destruido incluso la tradicional distinción entre el observador y la cosa observada. La posición de un electrón en un átomo no es, por ejemplo, un hecho sencillo que está "allí" esperando que el hombre de ciencia lo mida. Al contrario, cobra realidad sólo debido al hecho de que se le mide. Todavía no se comprenden todas las implicaciones de este enunciado bastante increíble, pero, cuando menos, podemos decir que sugiere un estrecho enlace entre el hombre de ciencia y los fenómenos por él estudiados, lo que innegablemente no es un "distanciamiento del hombre respecto a la naturaleza". Este distanciamiento es realmente el que

hay entre el hombre de ciencia y la persona que ha mal interpretado el punto de vista científico, debido en parte a que ese punto de vista ha estado mal representado por la propaganda baconiana.

En cuanto a la queja de que la ciencia no acierta a decirnos el significado del universo, el científico puede responder, por ejemplo, que las teorías científicas propuestas por Copérnico y Darwin encierran un mensaje muy definido acerca del lugar del hombre en la naturaleza, del mismo modo que las teorías propuestas por Aristóteles y Freud contienen un mensaje definido acerca del lugar de la mujer. Cabe rechazar el significado de una teoría, y se puede esperar que sea sustituida por otra de significado más aceptable, pero no se puede decir ciertamente que las teorías científicas jamás tienen significado en términos humanos.

No es fácil para los maestros trasmitir la esencia de la visión einsteiniana de la ciencia a estudiantes que jamás han hecho investigaciones. Existe el peligro de llegar al extremo opuesto, dando la impresión de que el razonamiento científico es totalmente subjetivo, sin ninguna norma que lo restrinja. Este peligro puede evitarse mediante el examen más atento del modo en que los experimentos se emplean realmente para apoyar o desmentir teorías. Por ejemplo, todo libro de texto y toda relación popular en materia de física afirma que Einstein formuló su teoría de la relatividad con el fin de explicar el resultado negativo del experimento de Michelson-Morley, que no logró descubrir desplazamiento alguno de la Tierra a través de un hipotético "éter" o "espacio absoluto". Sin embargo, la mejor investigación histórica a la fecha indica que este experimento desempeñó un papel de menor importancia en el *origen* de la teoría de Einstein. Sin embargo, ayudó innegablemente a persuadir a otros hombres de ciencia para que aceptasen posteriormente dicha teoría y, en este sentido, se le puede calificar de "prueba" de la teoría.

Aún necesitamos preparar a hombres de ciencia e ingenieros que puedan seguir un método experimental estándar para poner a prueba y desarrollar nuevas teorías. Pero, en algún punto, los estudiantes y los contribuyentes habrán de enterarse de que, tal como ha insistido en ello el físico ruso Andrei Sajarov, "el meollo mismo de la ciencia, que a menudo resulta ser lo más importante en términos de consecuencias prácticas, (es) la investigación teórica más abstracta que nace de la indeclinable curiosidad, la flexibilidad y el poder de la razón humana".

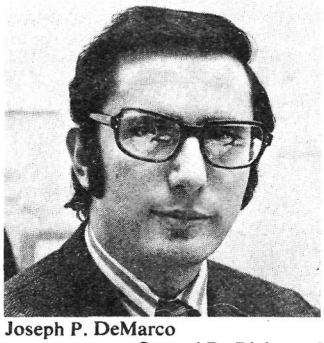
Justicia Social: Tres Puntos de Vista

1. IGUALDAD Y JUSTICIA

Por Joseph P. DeMarco y Samuel R. Richmond

¿El compromiso de los Estados Unidos con la igualdad política y social incluye también un compromiso con la igualdad económica, tanto en el extranjero como en el país? De ser así ¿qué formas deberá tomar en un mundo que lucha con los problemas del crecimiento y el subdesarrollo? Los profesores DeMarco y Richmond arguyen que el imperativo ético de respeto al individuo, en particular al desposeído, debe ser el factor determinante para la distribución de la riqueza social.

Joseph P. DeMarco y Samuel R. Richmond son profesores adjuntos de filosofía en la Universidad Estatal de Cleveland en Ohio. Este artículo se ha extractado de *Worldview*.



Joseph P. DeMarco

Samuel R. Richmond

Los ideales de la Constitución comprometen a los norteamericanos a la igualdad política. Por otra parte, nuestros ideales económicos son libertarios y permiten desigualdades. La jurisprudencia y la legislación federal crearon, en los años cincuentas y sesentas, un fuerte compromiso para dedicarse a la realización práctica de la igualdad política y social. Sin embargo, en los años setentas hemos visto cómo las desigualdades económicas hacen que estos logros sean extremadamente difíciles. Las presiones a favor de la igualdad económica son relativamente recientes puesto que, en los Estados Unidos, tanto los pobres como los ricos habían dado por sentado que el predicamento del pobre puede aliviarse con mayor rapidez mediante aumentos de la producción total más que por medio de un cambio en la distribución de lo que se produce. La perspectiva de un futuro

Copyright © 1976 Council on Religion and International Affairs.

crecimiento económico limitado o incluso ningún crecimiento, desplaza espectacularmente las presiones a favor del mejoramiento económico de los pobres, alejándolas de la mayor producción y llevándolas hacia una mayor igualdad en la distribución. El dilema al que nos enfrentamos se agrava en gran medida por presiones externas que limitan nuestra capacidad para echar mano de la energía y los recursos materiales de otras naciones, y también por las exigencias externas de otras naciones que reclaman una parte mayor de lo que somos capaces de producir.

Este dilema es un problema de justicia. Es el problema de la distribución económica: ¿Cuál es la escala permisible de diferencias en la distribución de bienes, servicios y cargas? ¿Cuánta desigualdad económica es moralmente permisible? ¿Cuánta igualdad económica es prácticamente factible?

Los norteamericanos jamás han apreciado en plenitud los hechos de la desigualdad económica. Han pensado que las necesidades del pobre son temporales. Los norteamericanos se han considerado a sí mismos gente de abundancia, cuyo producto nacional bruto en expansión y su nivel de vida en ascenso bastarían a fin de cuentas para satisfacer las crecientes esperanzas de los pobres. Aunque la fe en una opulencia siempre en aumento como solución a la pobreza jamás estuvo totalmente apegada a la realidad, esta opinión está hoy afectada de miopía. La escasez de petróleo en el invierno de 1974 fue el primer indicio ampliamente aceptado de que ya habíamos rebasado el grado de producción que puede sostenerse a largo plazo.

Los aumentos del precio de los alimentos son incluso más significativos. Estos aumentos fueron, en parte, resultado de una gran escasez mundial de alimentos. Sin embargo, en este momento, cuando muchos se percatan de que el crecimiento norteamericano tiene límites, nos enfrentamos a un mayor clamor en solicitud de ayuda internacional. Hoy nuestra economía es una economía mundial. Por motivos políticos y económicos, y también por motivos humanitarios, los Estados Unidos se ven presionados para que asignen una mayor proporción de su riqueza a satisfacer la demanda mundial de alimentos destinados a salvar vidas. Nuestra dependencia de los recursos ajenos no nos permite hacer caso omiso de la dependencia de otros respecto a nosotros.

Los estadounidenses se enfrentan a la perspectiva de una economía sin crecimiento, en la que no habrá esperanza alguna de que las desigualdades de riqueza hayan de mejorar con una mayor producción, sino solamente por medio de una importante reorganización social. Al mismo tiempo, las exigencias exteriores impuestas a la producción de los Estados Unidos harán más difícil la reorganización interna. No es probable que los estadounidenses pobres y de la clase media acepten fácilmente transacciones internacionales que les impongan mayores cargas.

El nuevo dilema norteamericano es, pues, un dilema doble: pobreza dentro del conjunto de opulencia contra opulencia dentro de una pobreza mundial que aparentemente se contraponen una a otra. El problema es de justicia, para nosotros mismos y para el mundo. Los problemas de justicia no

pueden decidirse en un salto existencialista. En épocas de dificultades cruciales tenemos que articular sistemáticamente las filosofías básicas a las que acudimos en busca de orientación. Hemos de hacer el intento de determinar cuál de ellas habrá de ser la que mejor nos sirva para abordar las dificultades inmediatas.

Tres Teorías de Justicia

Tres teorías tradicionales han sido las que, en lo pasado, han ejercido mayor influencia y son las que parecen candidatos probables en términos de los problemas de hoy. Sucintamente definidas, estas teorías son:

- *Modelo del Contrato Social:* Una sociedad es justa cuando sus prácticas sociales básicas cuentan con el asentimiento de todos sus miembros, si cada uno de ellos ha adoptado el modo de ver de un individuo racional que se preocupa por sus propios intereses a largo plazo.
- *Utilitarismo:* La sociedad justa consiste en esas disposiciones que reditúan la mayor suma de bienes para los miembros de la sociedad, contando cada miembro como una unidad.
- *La Justicia como Respeto:* La sociedad justa es la que logra y mantiene el respeto a las personas por medio de disposiciones sociales favorables al interés común, pero que no dan a unos mayores ventajas que a otros.

La opinión del contrato se asocia con Hobbes, Rousseau y más recientemente John Rawls; la de la utilidad, con Mill y Bentham; y la del respeto, con Kant y Martin Luther King, Jr. La opinión del contrato ha dado fuerte apoyo a la libertad y la igualdad políticas. Pero la opinión del contrato ha tendido a conceder prioridad a la libertad de acción individual en las relaciones económicas y a tolerar las desigualdades sobre el supuesto de que con eso la gente produce más y que como resultado todos tienen más.

La opinión de utilidad ha dado poderoso respaldo a la legislación de bienestar y reforma social, en especial a las políticas que benefician a la mayoría. Pero se ha mostrado débil en su apoyo a la igualdad y la libertad.

Los reformadores que buscan ayudar a los miembros más desafortunados de la sociedad, en especial a los grupos minoritarios y relativamente faltos de poder, apelan cada día más a la opinión del respeto. Así, ésta dio su apoyo para poner fin a la esclavitud, para dar el sufragio a la mujer y para asegurar los derechos civiles; y sigue abogando por los intereses de los pobres y los incapacitados.

Cada una de estas concepciones del modo adecuado de evaluar la justicia en las relaciones humanas tiene implicaciones discrepantes sobre la forma de tratar la desigualdad de ingresos y riqueza, dados el contexto mundial y el crecimiento económico restringido. Tenemos que analizar estos tres puntos de vista principales con el fin de evaluar sus implicaciones para los proble-

mas a los que nos enfrentamos. Cómo habremos de hacer frente a las presiones a favor de una igualdad económica interna, en una situación sin crecimiento, y cómo habremos de tratar con personas de otras naciones en la búsqueda de soluciones para nuestros problemas, son puntos que podrían ser crucialmente determinados por la forma en que proyectemos con justicia hacia el futuro nuestra experiencia pasada.

La teoría del contrato social sostuvo argumentos a favor de la igualdad de derechos políticos entre los ciudadanos varones civiles en la época de la independencia de los Estados Unidos. La afirmación más importante que establece el modelo del contrato social es que todas las personas potencialmente poderosas en política tienen un papel que desempeñar en la formación de la línea política y en la distribución de las libertades y cargos políticos. Por extensión, la teoría del contrato social alegará también que las decisiones económicas acerca de lo que se produzca, para quién y por quién, habrán de tomarse democráticamente y no dejarse en manos de una aristocracia económica constituida por los dueños y ejecutivos de las grandes sociedades mercantiles y por funcionarios no representativos de organismos de gobierno.

Sin duda, la democratización de la economía sugerida por una opinión del contrato social daría resultado contra las grandes desigualdades de riqueza, del mismo modo que tendió a dar resultado contra las grandes desigualdades de poder político. Sin embargo, puede también sostener argumentos a favor de una *mayor* riqueza para los *más* productivos, y puede llevarnos a que adoptemos una actitud bastante despiadada respecto a los que quedan fuera del contrato, como los que no son productores. Son partes del contrato los que tienen poder, y cada uno de ellos se suma al contrato en beneficio de su interés propio. A cada individuo le interesa sumarse al contrato solamente si éste le procura ayuda ajena y el control de otros. Quienes no son productores tienden a ser ineficaces y no es necesario tomarlos en cuenta en el proyecto de sociedad.

El modelo utilitario no ve el consenso político con la reverencia que le rinde la tradición del contrato social. Afirma, por lo contrario, que busca la motivación sicológica y ética primordial del comportamiento humano, la búsqueda de la felicidad. La justicia se habrá alcanzado cuando la suma de la felicidad de la sociedad llegue a su máximo, y cuando la felicidad de cada persona cuente por igual en el total. En términos económicos, su afán primordial es aumentar la cantidad de bienes y servicios producidos. Como resultado, el utilitarismo brinda poca orientación a una economía sin crecimiento. Puede dar algo de apoyo a la igualdad, por cuanto el exceso de bienes para algunas personas no suele aumentar su dicha hasta el punto que se lograría con una distribución más por igual. Sin embargo, esto es cada vez menos cierto a medida que los bienes escasean más y más.

En tiempos de escasez, el utilitarismo puede constituir la base para una persecución más diligente de la producción de bienes no materiales. Puede alentar una mayor educación y formación en artes, deportes y servicios

humanos. Todo esto puede contribuir a la felicidad sin que se consuman cantidades proporcionalmente grandes de recursos materiales.

Sin embargo, el modelo utilitario tiene debilidades graves. Al parecer, el utilitarismo está demasiado dispuesto a aceptar el sacrificio de la felicidad de algunos individuos o grupos para que se obtenga un total más grande. Y ha habido filósofos que, desde hace largo tiempo, han puesto en tela de juicio la noción de que podamos hacer el cálculo exacto de la felicidad que aparentemente requiere el utilitarismo. Además, el utilitarismo presenta los problemas sociales como problemas de factibilidad y eficiencia. Como resultado de ello, tiende a alentar las instituciones no democráticas, dirigidas por ingenieros sociales que, según se cree saben mejor cómo conformar el comportamiento de la gente hacia objetivos predeterminados. Esta opinión resulta dudosa en épocas como la presente, en la que nuestros problemas han puesto en tela de juicio a muchos de nuestros objetivos. Los problemas tanto teóricos como prácticos del utilitarismo menoscaban la capacidad del mismo para que dé una clara orientación en asuntos de justicia, frente al segundo dilema de los Estados Unidos.

La tercera opinión de la sociedad es la *del respeto a las personas*. En la literatura filosófica, este modo de ver nace de la afirmación de Emmanuel Kant de que a las personas hay que tratarlas como fines en sí mismas y jamás simplemente como medios; la concentración en la integridad igual de cada persona es la base para el establecimiento del deber de la sociedad de atender, en igual medida, la persecución de la felicidad por cada persona. El respeto a las personas fue, políticamente, la idea motivadora de los abolicionistas enemigos de la esclavitud, dio forma a las tres Enmiendas a la Constitución, relacionadas con la Guerra Civil, que garantizan los derechos del individuo cualquiera que sea su raza; y a esto apeló Martin Luther King, Jr., en la campaña a favor de los derechos civiles. Esta teoría atribuye a las personas derechos inalienables que no pueden contratarse, que no es necesario se establezcan por contrato y que no dependen de si aumentarán o no la suma de la felicidad.

El respeto a las personas daría su apoyo a argumentos a favor de igualar los ingresos de todas las personas, por cuanto es contrario a que cualquier rasgo se constituya en una base para la desigualdad. Las aristocracias de nacimiento, raza, sexo, riqueza e incluso de capacidad o mérito, que hacen que unos rasgos que varían de una persona a otra se aprecien más que el hecho de ser una persona, se hacen sospechosas de falta de respeto a las personas. El respeto dará también su apoyo al mayor desarrollo personal, en oposición al desarrollo económico. Dará una orientación positiva a un cambio de nuestros valores, apartándolos de los de una cultura material y acercándolos a los de una cultura más personal y social.

El respeto a las personas tiene sus raíces en tradiciones políticas que tienen que ver con la Declaración de Derechos, el sufragio, los derechos civiles y la igualdad política. Tiende a apoyar la extensión de estas ideas en la esfera de las relaciones económicas entre personas. Concede prioridad al

bienestar humano sobre la libertad humana. La gente no ha de estar en libertad de explotar en provecho propio recursos comunes, de destruir buenas tierras productivas, ni de arruinar la cosecha, en potencia, de los mares. La igualdad del derecho a la vida para cada persona, y el derecho a un nivel decente de vida tienen prioridad sobre la libertad económica. En contraste, en su formulación más reciente debida a John Rawls, la opinión del contrato aún da prioridad a la libertad.

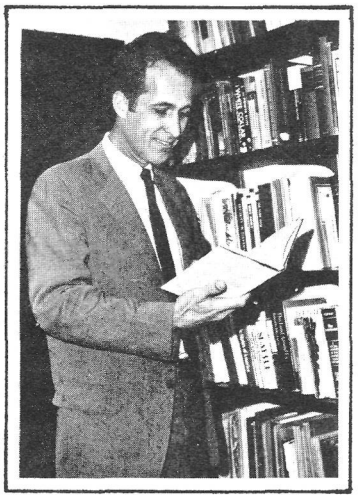
Cuál habrá de ser el concepto de la relación adecuada entre las personas, dentro de la sociedad, que logre nuestro apoyo es un punto de gran importancia para el futuro del mundo. La opinión que actualmente se ha adueñado de la atención de los eruditos de los Estados Unidos no es la opinión del respeto, sino la del contrato social. La opinión que predomina entre los funcionarios políticos de los Estados Unidos es, al parecer, la utilitaria. Muchos entre los influyentes persisten en considerar que los problemas pueden resolverse mediante mayor productividad, eficiencia y control tecnológico. Creemos que el respeto a las personas aporta el punto más viable de conjunción y la mejor orientación para el futuro. Lo que hoy se necesita es llegar a un consenso por medio de un debate de máxima amplitud.

2. UNA ETICA MAS PLURALISTA

Por Raymond D. Gastil

El autor impugna la insistencia de los profesores DeMarco y Richmond en la igualdad económica, independientemente de la capacidad, el esfuerzo o la contribución. Por su parte, establecería una distinción entre igualdad de oportunidad, cosa legítima, e igualdad de resultados, la cual puede implicar una forma coercitiva de paternalismo. Aboga por una ética social que abarque cierta diversidad de valores humanos y utilitarios.

Raymond D. Gastil es miembro del Centro de Investigación Battelle Seattle del estado de Washington. Ayuda a orientar el "estudio de la libertad" que la Freedom House lleva a cabo en la ciudad de Nueva York, en su intento de dar una base objetiva al juicio de los derechos políticos y civiles en países de todo el mundo. Este artículo se ha extractado de *Worldview*.



Al comparar respuestas morales alternativas a la desigualdad, Joseph P. DeMarco y Samuel A. Richmond han identificado una esfera importante de incertidumbre moral contemporánea. Algunos lectores se opondrán al hecho de que su argumentación se apuntala por referencia en un futuro "sin crecimiento", que se dice convierte en anticuadas las respuestas éticas que en lo pasado nos satisfacían. En verdad, cabe sostener una poderosa argumentación de que el crecimiento seguirá con nosotros todavía durante largo tiempo, y posiblemente esto sea lo más seguro, si el crecimiento se considera en forma más cualitativa que cuantitativa. Sin embargo, la mayor parte del pensamiento ético se ha dado en sociedades con presuposiciones esencialmente "sin crecimiento"; cualesquiera que sean las doctrinas por las que aboguemos, hemos de ser aptos para hacer frente a estas condiciones. Es en este plano extemporáneo, más fundamental, en el que ha de formularse la argumentación.

A este respecto, los autores despliegan sus argumentos en calidad de respuesta a la reciente y popular obra de John Rawls, *A Theory of Justice*

Copyright © 1976 Council on Religion and International Affairs.

(Una teoría de la justicia). Rawls, intenta ir más allá del simple utilitarismo, planteando una teoría del contrato que da primacía a la libertad individual y hace hincapié en la justicia distributiva más que en el beneficio social general. Rawls arguye que la justificación de cualesquiera desigualdades sociales o económicas ha de ser que estas desigualdades resulten finalmente beneficiosas para los menos ricos de la sociedad. Ya no ha de considerarse que el beneficio para la sociedad "en general" constituya una argumentación aceptable. Así, aunque Rawls impone a los que justifican la desigualdad una obligación de prueba mucho más grave que la que imponen los utilitaristas, su justificación en potencia de algunas desigualdades al parecer es una concesión demasiado generosa a la economía liberal. DeMarco y Richmond quieren que la igualdad económica resultante sea una meta social primaria, sin condiciones.

(Por cierto, al comentar la obra de Rawls, los autores tergiversan gravemente lo que Rawls sostiene. Cuando Rawls concede prioridad a la libertad, *no* se preocupa primordialmente por la libertad económica, y ciertamente no se le puede acusar de que sitúe "la libertad humana por encima del bienestar humano". Lo que dice es que por lo menos en las sociedades avanzadas, un respeto decente por determinados derechos civiles y políticos es el fundamento básico de la sociedad justa, o dicho en otras palabras, el bienestar espiritual es en última instancia superior al bienestar material. Si malinterpretamos la expresión "libertad" como una palabra clave que signifique economía liberal, será imposible la discusión de las cuestiones sociales entre quienes sostienen puntos de vista diferentes.)

Igualdad: Oportunidad vs. Resultado

Pasemos ahora a la proposición central de los autores. Proponen una doctrina ética de "justicia como respeto", en la cual "la sociedad justa. . . garantiza y mantiene el respeto a las personas, mediante disposiciones sociales que son de interés común, pero que no dan a unos mayores ventajas que a otros". A primera vista, esta parece una declaración que la mayoría de nosotros podríamos aceptar de inmediato, pero los autores definen idiosincrásicamente sus expresiones clave de tal modo que "justicia como respeto" se convierte en un igualitarismo total y absoluto. Llegan a este resultado confundiendo sistemáticamente, en todo el artículo, el concepto de justicia y el de igualdad (al igual que lo hace Rawls), y sin establecer después distinciones entre la multitud de definiciones de la igualdad, en particular la distinción entre igualdad de *oportunidad* e igualdad de *resultado*.

Califican su teoría diciendo que es más de "justicia" que de "igualdad", pues esperan que los lectores acepten de inmediato una teoría de justicia, pero que no estén fácilmente de acuerdo con que la sociedad se base en la "igualdad" según definen ellos el término. Sin embargo, puesto que en el uso corriente, justicia e igualdad tienen a menudo significados diferentes, si DeMarco y Richmond han de identificar los términos, deben esgrimir a favor

de su identidad una argumentación más poderosa que la expuesta. Corrientemente, justicia significa que cada persona reciba su justa recompensa y tradicionalmente esto ha significado que el esfuerzo, ya sea material o espiritual, reciba su recompensa, y no la reciba la falta de esfuerzo. Es *justo* que el delincuente sea castigado, *e injusto* para quien respeta las leyes que el delincuente no reciba su castigo.

En cuanto es afín a la justicia, cabe definir la igualdad como el estado en que se recibe igual recompensa por igual esfuerzo, o puede definirse como el estado en el que la recompensa es generalmente igual, cualquiera que sea el esfuerzo. Esta última definición es la que emplean DeMarco y Richmond. La confusión entre demanda de igualdad y demanda de justicia nace de haber observado al pobre que trabaja tan ardua y diligentemente como el rico y que, sin embargo, recibe mucho menos por su esfuerzo. Esto es tanto desigualdad como injusticia. Pero si un pobre trabaja mientras otro holgazanea y la sociedad da a cada uno la misma recompensa, esto es igualdad de resultado, pero también es *injusticia*.

Yo sostendría que en el último de estos casos injusticia es asimismo *falta de respeto* para ambos individuos, puesto que hace caso omiso de su capacidad humana de elección. Imaginemos el caso de dos hermanos que viven en un mundo en crecimiento y en un mundo sin crecimiento. Un hermano trabaja arduamente, huye de las tentaciones, llega a ser miembro respetado de la comunidad y en su ancianidad es respetado y honrado por todos. El otro hermano, aparentemente tan capaz y brillante como el primero, cede a todos sus caprichos, no es digno de confianza y en su ancianidad no es honrado ni respetado. Ante esto son posibles dos actitudes. Desde un punto de vista moral y tradicional, podemos considerarlos personas aptas para decidir sus preferencias. Desde este punto de vista, cada uno de ellos cosecha la recompensa a sus preferencias y sus casos llegan a verse como ejemplos para otros.

O bien podemos adoptar la opinión científica de que éstos son dos organismos que no pueden evitar hacer lo que hacen. Desde este punto de vista, cada uno de ellos es igualmente merecedor de recompensas y honores, y no se puede sacar lección moral alguna. El segundo punto de vista es, en última instancia, el de DeMarco y Richmond. En su artículo identifican una deshumanización análoga del hombre con un utilitarismo tecnocrático. Al parecer no han pensado a fondo las implicaciones de su opinión que ninguna base de desigualdad—"incluso capacidad o mérito"—debe entorpecer el camino de las recompensas iguales.

Peligro del Paternalismo Coercitivo

Desafortunadamente, la opinión de que las sociedades tienen que proporcionar condiciones de vida más igualitarias, con demasiada frecuencia conduce a la imposición paternalista por parte incluso de los mejores intencionados. En *The Longest Mile* (La milla más larga) Rena Gazaway explica su

decepcionante intento por ayudar a montañeses aislados de Kentucky. Al final, propone un plan para adoctrinar forzosamente a los hijos de esos montañeses a base de valores y conocimientos propios de la clase media o la clase trabajadora, dentro de un marco muy estructurado y disciplinado. Debido a su formación como antropóloga y especialista en salud pública, llegar a esta conclusión tuvo que representar para Gazaway, evidentemente, una lucha. Sin embargo, dada su preparación sabía que en los Estados Unidos nadie debería "vivir de ese modo". Pero no consideraba que sin un tratamiento de choque, aquellos montañeses tuvieran reservado algo que no fuese un futuro permanente de privaciones y dependencia.

Materialmente Gazaway tiene razón, pero espiritualmente no está en lo cierto. Una opinión más respetuosa sería que las personas que la preocupan no tienen derecho a nuestra caridad por encima del mínimo más estricto, pero que tampoco nosotros tenemos derecho a obligarles a ser distintos de lo que son. Establecer una avenencia entre nuestros deseos y los suyos, y determinar las responsabilidades recíprocas, exigirá un conocimiento particular de su cultura, así como cierta cantidad de "descuido benigno" controlado. La relación de la sociedad más amplia con la gente de la montaña es, en muchos aspectos, un ejemplo extremo de las relaciones que existen entre muchos grupos culturales del mundo. Cómo manejemos esas relaciones sigue siendo parte crítica de un futuro en el que las exigencias para que logremos la igualdad fácilmente pueden dar como resultado un *conformismo coercitivo* con la versión más recién aceptada de lo que es la buena vida.

Sin embargo, si se la define del modo más tradicional, yo encontraría que la doctrina del respeto de DeMarco y Richmond no difiere mucho de la doctrina de la prioridad de la libertad sostenida por Rawls, o incluso del respeto a la vida sostenido por Albert Schweitzer. Yo concebiría el respeto como una actitud espiritual hacia los demás, o sea una versión seglar del concepto cristiano del valor último del alma de cada individuo. Esto es lo que Kant da a entender en su afirmación de que las personas son siempre fines en sí mismas y jamás son medios. Además de obtener determinados derechos fundamentales en estos términos, la lucha por la dignidad del negro o por la liberación de la mujer es lucha por la igualdad de recompensa por igual trabajo, más que una envilecedora lucha por la igualdad cualquiera que sea el desempeño.

Objetivamente, la doctrina del respeto llevaría, en mi opinión, a la aceptación de un conjunto básico de reglas acerca de cómo hemos de tratar a los seres humanos, en gran parte en el mismo sentido en que originalmente se entendía la "igualdad" del hombre en el momento del nacimiento de nuestra nación. Estas reglas podrían incluir igual derecho al voto (después de llegar a una edad adecuada), derecho a expresar opiniones racionales, derecho a estar libre de servidumbre respecto a otro, derecho a la privacía y derechos específicos a la vida, en los que cabría incluir el rechazo de la pena capital y el derecho, cuando menos, a un acceso mínimo al alimento y a la atención médica en las sociedades acaudaladas.

Diversidad de Valores

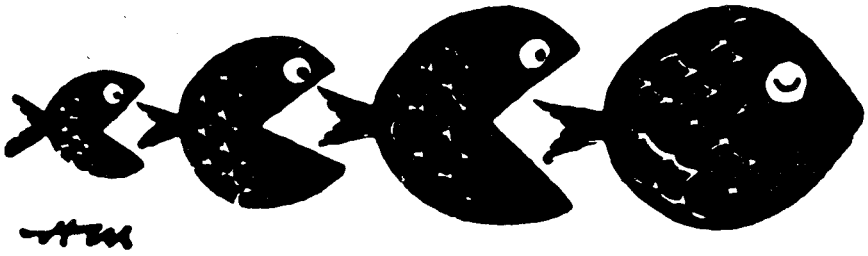
Pero, por más que desarrollemos un concepto determinado, ya sea el del respeto como aceptación mínima de la humanidad de nuestros semejantes, o algún otro, sería un error dar por sentado que la sociedad buena será la que se base en un solo principio. Puesto que la gente real vive en términos de una diversidad de valores, que a menudo están en conflicto, una ética aceptable tiene que incluir esta contraposición y debe procurar equilibrarla. Por ejemplo, la solución al problema de la desigualdad social tiene que ser una que equilibre un cálculo utilitario, basado en el bien de todos, con una doctrina de respeto, o incluso de reverencia, para la personalidad humana, que establezca límites irrevocables a los caminos ante nosotros abiertos para alcanzar el bien general. En forma similar, el deseo de dar una justa recompensa en términos tradicionales a esfuerzos o sacrificios iguales, tiene que equilibrarse mediante nuestro conocimiento utilitario de que todo marchará mejor si la estructura de recompensas asigna las personas a puestos en los que puedan aportar la mayor contribución social. Los seres humanos diferirán, naturalmente, en cuanto al valor que atribuyan a las distintas preocupaciones dentro de una ética pluralista como ésta. Pero si reconocemos la inevitable complejidad de los intereses de sus miembros, cuando menos habremos avanzado algo hacia la meta de una sociedad buena.

En la búsqueda de una ética pluralista semejante no podemos permitir confusión alguna entre las dimensiones espirituales y materiales de la vida. Al incluir en ella determinados límites o reglas acerca de cómo ha de tratarse a los seres humanos, permitimos que en nuestros cálculos entre una dimensión espiritual. Hemos levantado una barrera para los cálculos de beneficio o distribución. Esto sugiere que la meta de la vida en toda sociedad buena no puede ser simplemente la dicha humana, y que la comprensión de su dimensión moral va más allá de cuestiones tales como la división adecuada de unidades de felicidad entre los individuos.

Este punto cobrará mayor vigor si consideramos otra dimensión espiritual de la que prescinden las éticas individualistas tales como la de DeMarco y Richmond o la de Rawls. Si bien los seres humanos viven y disfrutan el mundo de la vida cotidiana, también tienen capacidad para trascender esa vida yendo más allá de ella. "Los servicios de nutrición y cuidado médico que sustenten la vida" son importantes, pero, al fin y al cabo, definen una sola dimensión de la vida humana. Considerados aisladamente, donde mejor se proporcionan estos bienes es en un hospital o en un sanatorio, o en los espacios organizados de *Un mundo feliz.*

Toda ética general tiene que habérselas con más dimensiones, ya que el género humano podrá y deberá exigir muchas más. Por ejemplo, la civilización china produjo una gran diversidad de logros morales, estéticos y científicos, aunque éstos los hicieron posibles las desigualdades, las rudas transgresiones y las egregias molestias que perduraron durante milenios. De todos modos, rendimos, a los que hicieron posibles estos logros, hono-

res más preciados que a los pueblos olvidados de sociedades más igualitarias y más primitivas situadas en la periferia, siempre en retroceso, de la cultura china. Si nos enfrentamos a estos hechos de la historia y el juicio humano, entonces desearemos que nuestra preocupación moral nos lleve a esforzarnos por mantener un equilibrio entre la satisfacción de valores trascendentes y los valores que derivamos del utilitarismo, el igualitarismo y la necesidad de reglas o límites fijos.



3. LIBERTAD Y ECONOMIA

Por Irving Kristol

¿Qué es una distribución "adecuada" del ingreso? Esto depende, dice el autor, del carácter de una sociedad y de las actitudes de sus ciudadanos. En este artículo argumenta a favor de una sociedad conformada por la acción recíproca de las opiniones libres y de las libres preferencias económicas, pues la considera mejor que una sociedad en la que ideólogos (de derecha o de izquierda) intenten imponer a todos los demás su definición del "bien común".

Actualmente, Irving Kristol es investigador residente del Instituto Norteamericano de la Empresa, de Washington, con licencia de la Universidad de Nueva York en la que es profesor de valores urbanos. Es codirector de la revista trimestral *The Public Interest* y autor de *On the Democratic Idea in America* (Sobre la idea democrática en los EUA). Su artículo se reprodujo de *The Wall Street Journal.*

Hace poco recibí una carta de una revista que está preparando un número especial acerca de la distribución del ingreso en los Estados Unidos. La carta me pedía mis ideas sobre cuestiones de esta índole: "¿Cómo deberá determinar una sociedad los sueldos y salarios? ¿Realiza nuestra sociedad una labor equitativa en la distribución del ingreso?" Y así sucesivamente.

El problema al que se dirigen estas preguntas es ciertamente crucial. Es nada menos que la cuestión de la "justicia social", o lo que anteriormente se conocía, entre filósofos políticos, como "justicia distributiva". El cambio de terminología tiene, en realidad, su propia importancia: en política, el lenguaje que empleamos al hacer preguntas siempre es más importante que cualquier pregunta determinada. "Justicia distributiva" es una expresión neutra; señala un problema, sin que sugiera ninguna solución determinada. Sin embargo, "justicia social" es una expresión cargada de sentido: sugiere, alegremente, que la "sociedad" debería determinar la distribución del ingreso. Este supuesto es hoy tan común, que son contadas las personas que se percatan de cuán polémicas son sus implicaciones.

© 1976, por Dow Jones & Company, Inc. Reservados todos los derechos.

El orden social que llamamos "capitalismo", construido sobre la base de una economía de mercado, no cree que la "sociedad" deba ordenar una distribución "adecuada" del ingreso. La "sociedad" carece de voz hasta que hablan las autoridades políticas. Y, desde sus comienzos, la especie de sociedad liberal históricamente asociada al capitalismo fue hostil a cualquier definición política o "social" de la justicia distributiva.

La premisa fundamental de toda sociedad liberal-capitalista es que la distribución "adecuada" del ingreso viene determinada por el insumo productivo ("productivo" según lo determine el mercado) aportado por los individuos a la economía. Esta productividad es determinada por talentos específicos, rasgos generales de carácter y el simple azar (es decir, encontrarse en el lugar justo en el momento oportuno). Esta distribución del ingreso, basada en el mercado, creará incentivos económicos y alentará por lo tanto el crecimiento económico. Como resultado de este crecimiento económico, todo el mundo será más rico (aunque no necesariamente igualmente rico). El crecimiento económico consiguiente puede en sí conformar la sociedad según formas que quizá no agraden a todos. Pero, salvo en circunstancias extraordinarias, un orden liberal-capitalista no concede a autoridad alguna el derecho de anular el agregado de preferencias individuales en esta cuestión.

En contraste, las sociedades no capitalistas (ya sean precapitalistas o poscapitalistas) tienen una concepción muy diferente de lo "adecuado", basada en la contribución que cada persona hace a la sociedad y no simplemente a la economía. En estas sociedades no capitalistas, las recompensas económicas están "socialmente" justificadas, lo cual es distinto a que estén económicamente justificadas. Así, en la Edad Media se consideraba adecuado que se obligara a la gente del común a sostener la iglesia y el clero, cuyas actividades se estimaban de capital importancia social y de gran valor social. De igual modo, en la Unión Soviética de hoy, el Partido Comunista no tiene que defender su presupuesto sobre base económica alguna; el valor de su contribución a la organización política en general no se cuestiona. Estas sociedades no atribuyen, naturalmente, ningún alto valor a la libertad del individuo.

No Hay Tipos "Puros" de Sociedad

Evidentemente, no existe lo que se podría llamar tipo puro de "una sociedad capitalista" o de "una sociedad no capitalista". Todas las sociedades no capitalistas reconocen, en un grado u otro, la importancia de la actividad económica y del bienestar material. Por lo tanto, asignarán, en un grado u otro, recompensas diferenciales basadas en la habilidad de cada persona en aquella actividad.

En forma similar, todas las sociedades capitalistas reconocen, en un grado u otro, que en la vida hay algo más que el crecimiento económico o el bienestar material y, por tanto, toman alguna disposición respecto a retribu-

ciones diferenciales basadas en la pericia de cada persona en la crítica literaria, la música y la filosofía. Por ejemplo, la red de universidades de subsidio gubernamental en los EUA es exactamente una de estas disposiciones.

De todos modos, aunque posiblemente no existen tipos "puros", existen los tipos en sí, cualquiera que sea su forma impura. Y hay tres puntos importantes que han de dejarse sentados acerca de estos diferentes conceptos de sociedad buena y los principios de lo "adecuado" en la distribución del ingreso mediante los cuales opera.

1. No hay ningún método racional que nos permita determinar, *en abstracto,* cuál de los principios de distribución es superior. Es absurdo afirmar que el capitalismo sea, en todo lugar y en toda época, superior al no capitalismo, o viceversa. Cualquier juicio de este tipo está condenado a ser contingente, es decir, basado en la historia y las tradiciones de aquella sociedad particular, en las actitudes y los hábitos sociales de sus ciudadanos, etc. No tiene caso argumentar que una sociedad determinada "deba" ser capitalista o socialista, si la inmensa mayoría de la gente no está dispuesta a verse ligada por los diferentes tipos de autodisciplina que requieren estas distintas filosofías políticas para que den resultado. Y esto, por supuesto, resulta cierto respecto a todos los grandes ideales políticos. Esto fue por lo que Jefferson, que vivía en París antes de la Revolución Francesa, pudo escribir, con plena conciencia republicana, que el pueblo francés no estaba "listo" para el autogobierno republicano, y que sería para ellos un error todo intento de establecerlo inmediatamente.

2. Una distribución del ingreso de acuerdo con la contribución de cada uno a la sociedad (al "bien común") requiere que esa sociedad cuente con un poderoso consenso respecto a lo que constituye el "bien común", y que también tenga instituciones con autoridad para que en toda ocasión den un significado y una aplicación específicos a este consenso. Ahora bien, cuando ya se tienen este consenso y estas instituciones con autoridad no se tiene (no puede tenerse) una sociedad liberal tal como nosotros la entendemos. Innegablemente puede ser una sociedad buena (si los valores que respaldan el consenso son buenos); pero no será una sociedad liberal. Las autoridades que representan el "bien común" y que distribuyen el ingreso de acuerdo con su concepto del bien común, seguramente discriminarán, con clara conciencia, a quienes sean subversivos respecto a este "bien común". Si tienen amplitud de criterio, tolerarán a los disidentes; pero jamás les concederán la igualdad de derechos, ni siquiera cuando la igualdad constituye un valor social primordial. Al fin y al cabo, los disidentes pueden ser quienes creen en la desigualdad.

3. Una sociedad liberal es la que se basa en un consenso débil. No existe nada que pueda llamarse cuasiunanimidad acerca de lo que es el "bien común", de quién contribuye a él o cómo. No existe, por supuesto, un desacuerdo absoluto; ninguna sociedad liberal está (ninguna sociedad puede estarlo) en estado de perpetuo caos político y moral. Pero la libertad de una sociedad liberal deriva de un escepticismo prevaleciente respecto a la capa-

cidad de cualquier persona para saber con certeza cuál es el "bien común", y del convencimiento de que las autoridades no deben tratar de definir este "bien común", si no es de modo mínimo. En una sociedad liberal, esa definición mínima tenderá, naturalmente, a hacer hincapié en el mejoramiento de las condiciones materiales de vida, algo contra lo cual realmente se oponen muy pocas personas. Por lo tanto, una sociedad liberal se mostrará muy tolerante para las transacciones capitalistas entre adultos consintientes (según la maravillosa frase de Robert Nozick), porque dichas transacciones son mutuamente provechosas y la suma de estas transacciones es materialmente provechosa para todo el mundo. Y, por consiguiente, una sociedad liberal creerá que es razonable y "adecuado" que, en general, el ingreso se distribuya de acuerdo al insumo productivo de cada uno a la economía, tal como este insumo se mide en el mercado y en las transacciones que en él se producen.

Libertad vs. Igualdad.

Brevemente y en resumen: bajo el capitalismo liberal, la distribución del ingreso es "adecuada" si, y solamente si, se opina que la libertad es, o debería ser, el valor político más importante. De no ser así, entonces no. Esta distribución del ingreso bajo el capitalismo es expresión de la creencia general de que es mejor que la sociedad esté conformada por el juego recíproco de las libres opiniones y las libres preferencias de la gente, más que por la acción del gobierno que obligue a cumplir cualquier conjunto de valores.

Pero en este mundo hay mucha gente (siempre ha habido en este mundo mucha gente) que no cree que la libertad sea el valor político más importante. Estos seres son dogmáticos sinceros. Creen que conocen *la* verdad acerca de lo que es una sociedad buena (creen que poseen *la* verdadera definición de la justicia distributiva), e inevitablemente desean ver la sociedad conformada según la imagen de estas creencias verdaderas. A veces han atribuido mayor valor a la verdad religiosa que a la libertad; a veces han atribuido mayor valor a la verdad filosófica que a la libertad (por ejemplo, la filosofía marxista), y a veces han atribuido mayor valor a la igualdad que a la libertad. Este último punto de vista es el que actualmente goza de especial popularidad en algunos círculos, principalmente círculos académicos, de los Estados Unidos.

Así, el profesor Ronald Dworkin, uno de nuestros más distinguidos filósofos juristas liberales, escribió recientemente que "una sociedad más igual es una sociedad mejor, incluso si sus ciudadanos prefieren la desigualdad". De esto se infiere que la "justicia social" puede exigir que se imponga la igualdad a gente cuyas preferencias son corruptas (porque prefieren la libertad a la igualdad). Justamente porque definen la "justicia social" y lo "adecuado" en términos de igualdad, es por lo que muchos pensadores liberales encuentran que les es tan difícil detestar verdaderamente a los regímenes de

izquierda (es decir, igualitarios) autoritarios o totalitarios. En forma similar, justamente porque son sinceros creyentes en la justicia como igualdad, les desagrada una sociedad libre con todas sus inevitables desigualdades.

Como alguien que prefiere una sociedad libre, he de conceder a estas personas el derecho a que sostengan y expresen libremente esas opiniones. Pero encuentro irónico que su concepto de la "justicia social" reciba generalmente el apelativo de "liberal". Cualesquiera que sean sus otros méritos, el apego auténtico a la libertad no es uno de ellos.

Ryszard Twardoch in SZPILKI, Warsaw

LIBRETO Y MUSICA EN OPERA

Por Irving Singer

Diversos compositores, desde Mozart hasta Stravinsky (lo mismo que los oyentes), han disentido acerca de la importancia relativa que tienen el libreto y la música en la ópera. El autor considera que este debate ha sido engañoso. Sostiene que la ópera ni es esencialmente música ni esencialmente drama, sino una forma de arte única en que ambos se combinan para amplificar la expresión del sentimiento humano.

Irving Singer es profesor de filosofía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Su ensayo, extractado de *The Hudson Review,* estará incluido en un libro próximo a aparecer, dedicado a las óperas compuestas por los genios musicales Mozart y Beethoven. Entre sus libros anteriores se cuentan *Santayana's Aesthetics* (La estética de Santayana) y *The Goals of Human Sexuality* (Las metas de la sexualidad humana).

Actualmente, la mayor parte del público estima que es la música y no el libreto lo que determina principalmente el valor estético de una ópera. Suzanne K. Langer, en su libro *Feeling and Form* (Sentimiento y forma), incluso asegura que "cuando el libreto llega a formar parte de la música, deja de ser prosa o poesía para convertirse en elemento de la música". Probablemente Mozart pensó lo mismo. En una de las cartas a su padre, declara enfáticamente que "en una ópera, la poesía debe convertirse totalmente en hija obediente de la música". Pero Gluck, de mayor edad y contemporáneo de Mozart, abogó por una relación completamente distinta entre el libreto y la música. Como lo expresa Gluck: "Busqué limitar la música a su función verdadera, es decir, servir a la poesía por medio de la expresión, y a las situaciones que configuran el argumento sin interrumpir la acción ni demeritar su interés con ornamentos inútiles o superfluos".

Por lo general, se considera que estas dos actitudes son contradictorias. Sin embargo, las aseveraciones de Mozart y Gluck son pertinentes para diferentes *géneros* de ópera. Pero, posiblemente, la ópera en general puede abarcar ambas variedades. Gluck trata de eliminar los elementos musicales que menguan la fuerza dramática de una ópera. Mozart trata de excluir los efectos literarios que no puedan ser articulados en música y, por tanto, arruinan su expresividad.

En lo esencial es probable que los dos estén de acuerdo. A menudo los compositores opinan de su arte como si no existiera otra forma de practicarlo que aquella que ellos persiguen. Para cada uno, al crear desde su propia perspectiva, esta idea puede ser cierta. Sin embargo, lo que puede

Copyright © 1976 por The Hudson Review, Inc.

servir como una autobiografía convincente no necesariamente debe considerarse como una estética universal.

Una Amalgama Interna

Consideraciones similares se aplican a las contradicciones que parecen separar a Wagner de Stravinsky. Al tratar de sintetizar la tesis de Gluck con la antítesis de Mozart, Wagner formuló una idea acerca del drama musical en

Wolfgang Mozart

que la expresión poética y la musical tendrían que crear una "amalgama interna". Aunque Wagner parece haber titubeado acerca de la importancia relativa que debía darse al libreto o a la música, siempre deseó escribir óperas en las que confrontara esos elementos como ingredientes que se funden entre sí. Se puede señalar inmediatamente que Mozart y Gluck también buscaron una amalgama perfecta entre el libreto y la música. Pero fue Wagner con quien Stravinsky y otros neoclásicos no estuvieron de acuerdo,

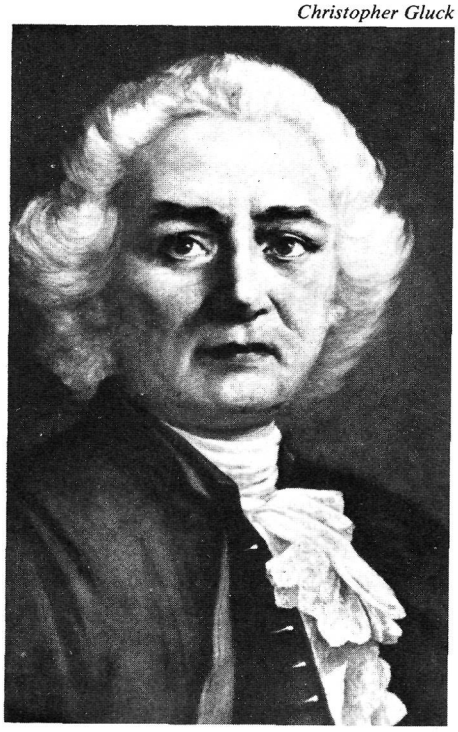
al escribir obras en que procuraban *separar* el libreto y la música, tratándolos como elementos que debían conservar su independencia en lugar de fundirse entre sí. Al escribir *Oedipus Rex* en latín, Stravinsky comentó que dejó de sentirse "dominado por la frase, el significado literal de las palabras". Aseguró haberse emancipado del libreto, salvo como "material puramente fonético".

Wagner apoyó su enfoque orgánico como una forma de revelar una unidad de sentimiento subyacente que caracterizaba la realidad, mientras que Stravinsky defendió su método como un estilo austero que evita que la música caiga en el sentimentalismo. Si se les entiende bien, cada uno tiene razón en lo que dice y lo que hace. Porque su actividad es la creación de obras de arte y sus declaraciones son parte de la energía que infunde el ánimo para crear un arte personal. Sin embargo, desde un punto de vista estético sus opiniones son inexactas y posiblemente dañinas.

Al darnos cuenta de que estas teorías antagónicas han desorientado a algunos compositores, así como al público, quizá descubramos formas en las cuales sus percepciones pueden armonizarse. El nombre inicial de la ópera era *dramma per musica,* y es la palabra *per* la que puede dar la base para que nos pongamos de acuerdo. Porque todas las teorías acerca de la ópera reconocen la importancia de presentar el drama *por medio* de la música, a través de ella y, por lo mismo, en virtud de una expresividad musical. En esta capacidad de la música para expresar tanto ideas como sentimientos, es donde encontramos las características distintivas de la ópera.

Amplificación de las Emociones

Christopher Gluck



No diré mucho acerca de la música que no sea dramática. La música abstracta, como la pintura abstracta, expresa sentimientos fragmentarios e indeterminados. Los intrincados diseños a los que contribuyen estos sentimientos son muy diferentes de los que se encuentran en obras de arte que describen explícitamente acontecimientos humanos. En la ópera, la música es "aplicada", en el sentido de que cumple una función dentro de una totalidad dramática. Cada estado anímico, sentimiento, emoción, que se expresa en música corresponde directa o indirectamente a la representación de situaciones humanas. También se podría decir que lo abstracto en la música se con-

vierte en algo vital o vivido, en la medida en que ahora su expresividad se emplea para retratar el flujo y la fluctuación de alguna experiencia presentada. La música en la ópera, además de ser agradable al oído, se concentra en aquellas configuraciones sonoras capaces de retratar y aun amplificar el universo afectivo a través del cual los seres humanos se confrontan entre sí.

A este respecto, considérese la famosa carta en la que Mozart describe su música para *El rapto del serrallo*. Después de mencionar que ha escrito la música para la parte de Osmin para un artista determinado, cuya voz era renombrada por su excelencia en el registro más grave, Mozart describe cómo logra transformar la furia de Osmin en algo cómico. Dice que ese efecto lo logrará al darle al aria de Osmin, en el primer acto, un acompañamiento de música turca. En otras palabras, creando una situación incongruente entre la intensidad iracunda de la línea vocal y el jugueteo tintineante de la orquesta. Pero también la furia de Osmin es expresada en forma tal que lo despoja de toda su dignidad y lo hace aparecer ridículo. Al demostrar cómo se obtiene esto por medio de la música, Mozart le escribe a su padre lo siguiente:

> El pasaje. . . realmente conserva el mismo *tempo* aunque con notas rápidas; pero la furia de Osmin aumenta gradualmente, entonces se presenta el *allegro assai,* que tiene una medida completamente distinta y está en otro tono; esto debe resultar muy efectivo. Porque así como un hombre en el colmo de la furia sobrepasa todos los límites del orden, la moderación y la propiedad y se olvida completamente de sí mismo, así también la música debe olvidarse de sí misma. Pero así las pasiones, sean violentas o no, nunca deben ser expresadas en forma que cause disgusto, así la música, aun en la más terrible de las situaciones, nunca debe ofender el oído, sino agradar al oyente o, en otras palabras, nunca debe dejar de ser *música.*

Más Allá de lo Imitativo

Mozart describe aquí algunos medios por los cuales la música expresiva retrata la emoción humana y, por tanto, la realidad humana. La relación entre la música y lo que describe no es especialmente imitativa, ya que sólo existe un intento limitado de copiar los sonidos verdaderos. La voz de Osmin sube y baja como lo haría una persona enojada en el mundo real y las notas rápidas reproducen el sonido agitado de la furia auténtica; pero la expresividad de la música de Mozart consiste en algo más que la sola imitación. Deriva primordialmente del uso de señales auditivas que funcionan de manera metafórica más que literal. No hay nada en la furia verdadera que corresponda *directamente* a un cambio de tono. Sin embargo, cuando Mozart cambia de tono hace que la música sugiera un cambio paralelo en la condición del hombre. Lo mismo que una persona enfurecida, la música pierde el control, "sobrepasa todos los límites del orden, la moderación y la propiedad". La música lo logra con la violación de convencionalismos ar-

mónicos y tonales, que de ningún modo es lo mismo que hacer una rabieta. El cambio de la tonalidad de Fa a otra más o menos remota es sólo figurativamente similar a la manifestación indebida de emociones agresivas. Sin embargo, lo primero expresa lo último, ya que ambos se apartan de las normas de lo aceptable.

Aunque estas normas no son iguales, ya que una tiene que ver con la música y la otra con los modales, son similares en que se apartan de convencionalismos reconocidos. Una vez que se ha intuido la metáfora regidora, es fácil percibir el efecto operístico. Por medio del drama percibimos el enojo de Osmin y por medio de las propiedades imitativas de la música, la intensidad, la rapidez, los sonidos golpeados, sabemos que ella también retrata su enojo. De las relaciones entre los tiempos, ritmos, cambios de tono, etc., inferimos aquellos matices de carácter que expresan la ira de Osmin.

Debido a que la expresividad de la música va más allá de su capacidad imitativa, Mozart puede elegir libremente entre tonalidades interrelacionadas y remotas. Su elección determina la naturaleza de sus metáforas; es algo más que una forma de proteger la sensibilidad tonal de su público. Algunos compositores posteriores han sido más atrevidos en la producción de sonidos desagradables. Pero ya sea que ofenda o halague al oyente, la capacidad de la ópera para expresar sentimientos humanos siempre dependerá de las metáforas que formule, más que de los intentos de reproducir sonidos.

Los Límites de las Imitaciones

Berlioz señala algo similar en su ensayo "Los límites de la música". Al discutir la imitación musical de la realidad física, establece cuatro condiciones para su uso adecuado: primera, que la imitación de este tipo nunca sea un fin sino un medio, nunca la idea musical principal sino sólo un complemento de ella; segunda, que la imitación se limite sólo a fenómenos que valga particularmente la pena tomar en consideración; tercera, que la imitación sea lo suficientemente precisa para evitar equívocos; y cuarta, que "la imitación *física* nunca ocurra en el lugar mismo en donde la imitación *emocional* (expresividad) se requiera, y usurpe el sitio de futilezas descriptivas en donde el drama se desarrolla de prisa y la pasión misma merece una voz". (Cursivas de Berlioz.)

Berlioz ilustra esta última limitación al citar un lapso momentáneo en *Fidelio*, de Beethoven. En el segundo acto, cuando Leonora y Rocco cavan la tumba, encuentran una gran piedra que deben hacer rodar a un lado. En una figura a cargo de los contrabajos, Beethoven imita el sonido apagado de la piedra al rodar. Berlioz califica esta imitación como "una triste muestra de infantilismo". Quizá su juicio es demasiado severo, pero tiene mayor importancia la razón que da para justificarlo. Dice que aquí la imitación es un fin en sí mismo; no hay "ni poesía, ni drama, ni verdad". En resumen, es una mera copia y por lo tanto carece de la fuerza expresiva que se hubiera logrado con el uso imaginativo de metáforas musicales.

En su carta en la que se refiere a Osmin y a la forma en que expresó su furia, Mozart hizo notar que la música fue compuesta antes que el libreto. Deja claramente establecido que no le puso música a un texto, sino que hizo que Stephanie (libretista) escribiera el texto que requería para esta aria. Mozart dice esto con el mismo estado de ánimo con que se refiere a la poesía como la obediente hija de la música. Pero por lo que concierne a la expresividad, no importa qué se escriba primero, o si el compositor mismo escribe el texto. Porque obviamente Mozart tenía en mente, desde el principio, una caracterización dramática que debía ser trasmitida mediante el libreto adecuado en relación con la música adecuada. Ni siquiera Gluck hubiera sugerido que un compositor se sujetara a *cualquier* texto que le presentara su libretista. Siempre debe ser un texto que apoye el objetivo fundamental de la expresión. De dónde procede o cuándo, no tiene importancia.

La Importancia del Libreto

Igualmente, sería un error pensar que la expresividad de la música operística puede apreciarse sin el libreto. Escuchar una ópera sólo por su música es como escuchar un idioma extranjero desconocido y esperar comprenderlo por medio de los gestos y movimientos del cuerpo. Ciertamente éstos forman parte importante de la comunicación, y se puede reconocer que la música en la ópera es *más* importante que los simples gestos en un idioma hablado; pero persiste el hecho de que la ópera es un tipo de representación dramática que no puede ser plenamente apreciada si no se comprende su impacto verbal.

Al decir esto, no se puede negar que la gran poesía por lo general demerita a la gran ópera. Varios teóricos han señalado que la música vocal requiere de una concentración en los sonidos musicales, que se anula por los procesos mentales que deben dirigirse hacia la mejor poesía. W. H. Auden incluso se refiere al libreto ideal como una "carta privada" que el libretista dirige al compositor, más que al público. En parte, por lo menos, Auden quiere decir que los textos no deben tratar de resultar intresantes en sí, como sería el caso si se aspira a la excelencia poética, sino sólo como vehículo para el deleite musical.

En mi opinión, la aseveración de Auden es confusa. Aunque en la ópera los libretos sólo tienen importancia en cuanto permiten al público percibir lo que la música expresa, están lejos de ser una comunicación privada al compositor. Deben comprenderse, e incluso disfrutarse, si el público ha de apreciar la forma en que el compositor los usa en bien de la expresión musical. Por supuesto, se podría *rechazar* cualquier interés en el libreto, como si se escuchara un concierto. Pero entonces no se tendría la experiencia de una ópera. Estéticamente habría algo equivocado, como ocurre en todas las obras de arte cuando no se logra reaccionar ante las complejidades de su medio particular.

Analogía Literaria

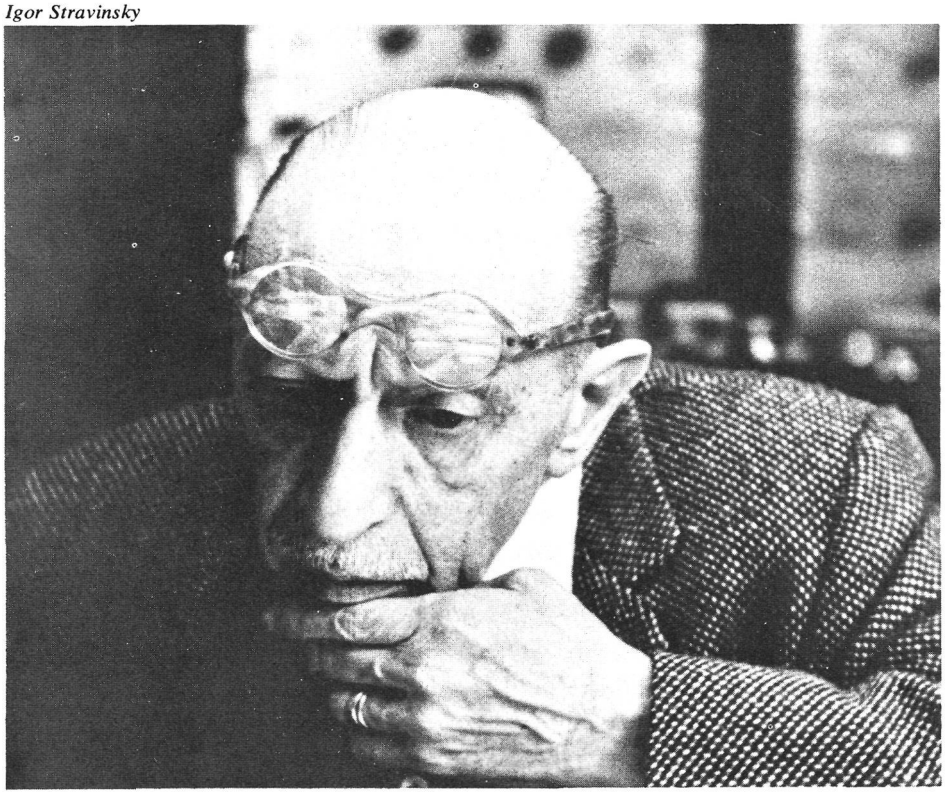
En ocasiones se ha dicho que en una ópera la música tiene con el libreto una relación similar a la que tiene la poesía con la prosa. Hay algo de verdad en esto. Por una parte, podría imaginarse la versión en prosa de unos versos de Shakespeare y por la otra una versión operística, para descubrir cómo la música se parece a la poesía al agregar expresividad al lenguaje común. Puede experimentarse con los siguientes versos de *La tempestad:*

Tu padre yace bajo cinco brazas;
De su osamenta el coral se hizo;

Lo que eran ojos hoy son perlas raras;
Nada de lo que él fuera se ha perdido,
Sino del mar ha padecido el cambio
En otro material rico y extraño.

Existen muchas versiones en prosa que quizá comunican un significado comparable con tanta efectividad como los versos de Shakespeare. Sin embargo, serían inferiores en su capacidad de expresar el tumulto de sentimientos esquivos que la poesía comunica. Por medio de la aliteración, del ritmo, la métrica y otros recursos formales, los versos sugieren una regularidad de

Igor Stravinsky



estructura en la naturaleza misma, un orden que incluso podría regir desastres, como el ahogamiento. Se siente que este orden cósmico puede surgir de la inteligencia y posiblemente de la preciencia, como en la composición de la propia poesía, y por tanto que este acaecer de muerte es significativo y no absurdo. Incluso existe la sugerencia de que el suceso tenga un resultado hermoso: los ojos se convierten en joyas inapreciables en virtud de alguna creatividad de tipo artístico. Al mismo tiempo, en estos versos persiste una sensación de misterio, un sentimiento de asombro. Lo que para nosotros es horrible, en la naturaleza asume un encanto sobrenatural una vez que se incorpora a la imaginación estética. La poesía es capaz de lograr esta expresividad especial, en parte porque nos impide recitar el verso (o escucharlo con nuestro oído interior) con la insipidez de un discurso intrascendente. Los versos deben ser entonados, dichos como vehículos tonales, enunciados con el juego de vocales y consonantes que imparte una dimensión musical a lo que, de otra manera, sería significativo pero sólo prosaico.

Sin limitarnos a mencionar versiones vocales u operísticas de versos de Shakespeare, es fácil imaginar de qué manera diferentes canciones podrían expresar un cúmulo de sentimientos pertinentes. En una se podría enfatizar lo encantador, en otra el misterio y en otra más el sentido de orden prefijado, y así sucesivamente. Lo mismo que en la poesía, la música vocal trasciende a la prosa en sus posibilidades de expresar sentimientos vívida y explícitamente. Pero las versiones musicales difieren de las poéticas porque tienen una mayor gama de efectos tonales que tienden a amplificar el elemento de expresividad. Es como si cada uno de los componentes afectivos de la poesía—las emociones, los sentimientos, las sensaciones rudimentarias—se ampliaran en bien del énfasis y el reconocimiento inmediato. Creo que esta es la razón por la que la gran poesía no se presta para hacer grandes libretos. O la poesía resultaría distorsionada en el proceso de amplificación, o la música tendría que esforzarse en lograr efectos conceptuales que serían demasiado precisos—demasiado nimios y quizá demasiado delicados—para poder ser expresados por ella.

La Opera en Escena

Esta disparidad entre la expresión poética y la musical también contribuye a esa afinidad especial que tiene la ópera con la escena. A menudo sentimos que la lectura de Shakespeare en privado puede producir una experiencia estética que quizá no se logre en una representación escénica. Porque la poesía puede ser leída en casa tan bien como se escucha en el teatro y a menudo se le puede comprender mejor. Los efectos poéticos pueden distraer de lo que sucede en escena y lo que sucede fuera puede desviar la atención de las complejidades de la poesía.

Con la ópera, todo esto es diferente. Lo que sucede puede estar mucho más alejado de la vida ordinaria que en el verso dramático, ya que raramente la gente se expresa cantando al encontrarse en situaciones emotivas, por lo

que las representaciones operísticas siempre corren el riesgo de parecer ridículas. Pero nadie pensaría en leer una ópera en la misma forma en que leemos una obra en verso. La ópera *debe* ser representada. Aun cuando escuchamos una grabación o una trasmisión por radio, visualizamos la representación. La magnificencia e incluso la grandilocuencia de la expresión operística obedece al contexto teatral que siempre presupone. Aunque sólo sea porque suena más fuerte, abarca la escena e inunda el teatro en una forma que el drama en verso no alcanza. Esta es la oportunidad estética de la ópera; una oportunidad es siempre una justificación.

Richard Wagner

Más Allá de lo Identificable

T. S. Eliot pensó que la expresión poética y la musical difieren de la prosa en su capacidad de llevarnos "más allá de las emociones y motivos identificables y clasificables de nuestra vida consciente cuando se dirigen a la acción". Al decir esto, sin embargo, se sugiere que los sentimientos pertenecen por lo menos a dos categorías: una, propia del mundo de la acción, y otra que es una zona periférica de la que nos percatamos, como dice Eliot, en un "alejamiento temporal de la acción". Desde luego, se puede hacer esa distinción, ya que hay innumerables formas en que se pueden analizar los sentimientos, y no importa cómo se definan la "acción" y el "alejamiento de la acción", sin duda implicarán diferentes tipos de sentimientos.

Sin embargo, ninguna distinción de este tipo logrará dar el resultado que Eliot deseaba. La poesía y la música son similares al articular vívidamente los sentimientos o emociones que quizá la prosa no consigue enfatizar, aunque esos sentimientos y emociones no sean forzosamente de una índole distinta. Por lo contrario, la prosa se convierte en poesía una vez que a los sentimientos de nuestra vida ordinaria se les otorga una expresión lingüística que las articule vívidamente. Y cuando la música amplía el proceso, sólo le otorga un medio diferente de presentación. No es necesario que los sentimientos y las emociones pertenezcan a una zona periférica síquica o a un peculiar estado de alejamiento. Son las mismas respuestas afectivas que ocurren en toda nuestra vida activa, sentimientos precisamente de una naturaleza que los biólogos o sicólogos encontrarían característica de la existencia del hombre en su ambiente. No son especiales en sí mismos; simplemente son tratados en una forma especial y se producen dentro de las situaciones especiales de la expresividad poética o musical.

A menudo se trata de desacreditar a la ópera diciendo que es un arte "impuro", y desde luego es un arte *mixto*. Pero su pureza, es decir, su excelencia como forma artística, consiste en su capacidad de suplir las insuficiencias expresivas del lenguaje por medio de la música, al mismo tiempo que suple las insuficiencias conceptuales de la música por medio del lenguaje; ambos elementos se rigen por las necesidades del drama. Esto no quiere decir que la ópera sea estéticamente mejor que la música o el lenguaje sin acompañamiento. Sólo quiere decir que hace algo distinto. D. F. Tovey argumenta que incluso la expresión de las emociones puede ser más poderosa en la música abstracta que en la ópera, en donde se tiene que contar con la maquinaria escénica y toda la utilería teatral necesaria para que los personajes estén en posibilidad de cantar un aria. Pero los ejemplos que da Tovey, un momento en un cuarteto de Brahms o una sonata de Beethoven, son ejemplos en que la música expresa emociones en una forma que sencillamente es ajena a la ópera.

¿Qué es, entonces, lo valioso en la comparación de Tovey? El asegurar que una forma musical es más poderosa, tiene más "fuerza emocional" que la otra, me parece menos satisfactorio que reconocer que cada una tiene una manera *diferente* de expresar emociones. Imagino que el éxito artístico depende del genio del compositor en el medio que haya elegido, más que de una jerarquía absoluta entre los propios medios. Y de hecho cuando Tovey habla del logro de Mozart en sus óperas, nunca sugiere que las imperfecciones del drama musical hayan impedido que Mozart escribiera gran música expresiva en ese género como en cualquier otro.

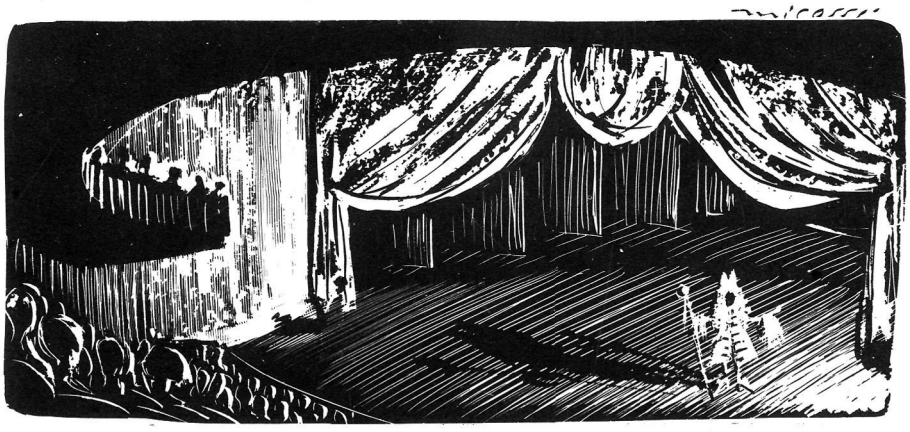
Valor de la Representación

En oposición a algunos críticos como Tovey, algunos escritores piensan que sólo en las obras dramáticas se pueden expresar las emociones adecuadamente por medio de la música. Es comprensible que hayan podido adoptar esta posición extrema. En la música sinfónica o de cámara existen los elementos expresivos, pero no están claramente relacionados con las emociones como se nos presentan en la vida ordinaria. En un oratorio la música generalmente expresa sentimientos con el fin de subrayar un mensaje. En una canción, o aun en un ciclo de canciones, la música expresa estados de ánimo individuales, quizá en sucesión, pero no vemos que las emociones sean actuadas, representadas ante nosotros por actores en escena. La representación de emociones es más accesible para la imaginación dramática y, consecuentemente, para la ópera como fenómeno dramático. Lo que el compositor pierde al tener que ceder a las exigencias del teatro, lo recupera al manejar seres humanos en circunstancias como las de la vida, que sirven de instrumentos que suplen a los de la orquesta. En la vida todos llevamos dentro, como dice Hamlet, "aquello que sobrepasó al espectáculo", las emociones que no podemos expresar del todo y que la sociedad convencional difícilmente reconoce. Sin embargo, en la ópera, los personajes dramáti-

cos gritan su enojo y vociferan su alegría y lo hacen por medio de sonidos que no sólo son expresivos, sino también socialmente aceptables. Porque ahora ya pertenecen al dominio de la música y también de la vida.

Las óperas son para el mundo moderno lo que las tragedias griegas, que también tenían elementos musicales, fueron para los antiguos. En ninguna otra manifestación artística se exhiben los sentimientos de los hombres y las mujeres con la misma mezcla de notoriedad e intimidad. Aunque la ópera exhibe los impulsos afectivos que la vida diaria oscurece, también es cierto que oculta los detalles de su idiosincrasia por medio de la abstracción pura del sonido musical. Creo que este es el meollo de la verdad, de acuerdo con la idea de Schopenhauer que se cita a menudo. Dice que la música "no expresa una alegría, una tristeza, una angustia, un deleite o una paz de espíritu particular y definitivo, sino la alegría, la tristeza, la angustia, el deleite, la paz de espíritu *en sí,* en abstracto, en su naturaleza esencial sin agregados y, por lo mismo, sin sus motivos de costumbre" (cursivas de Schopenhauer). Al expresar emociones que son específicas en el drama pero sólo genéricas en la música, la ópera permite al público, así como a los personajes, experimentar una serie de catarsis, incipientes y ambiguas, que no necesitan reconocer sus verdaderos orígenes.

Por medio de esta expresividad, la música lleva al público a abandonar su incredulidad, la sensación de duda o de alejamiento de la acción que ocurren en escena. Elimina todo lo que pudiera llevar al escepticismo. Donde el impacto emotivo es tan fuerte y las sensaciones auditivas tan seductoras, ¿cómo podemos negar nuestra aprobación? ¿Cómo podemos resistirnos a esta unificación mágica de entidades tan diferentes como son el libreto y la música?



SILENCIO

Por Stephen Dobyns

Stephen Dobyns es autor de dos libros de poesía y dos novelas de suspenso, vive en Cambridge, Massachusetts y trabaja en su tercera novela. Este poema se ha reproducido de *The New Yorker*.

Soy la música con que naciste.
Me desechaste luego, ansiando la tuya propia;
como de palos que rascan, querías la tuya propia.
Soy la canción que cantarás más tiempo.

Soy la ropa con que naciste.
Me cambiaste luego por rojos y azules subidos;
como payaso o desposado lo querías todo perfecto.
La muerte es un matrimonio; me lucirás en la boda.

Soy la casa en que naciste.
Me dejaste luego para ir de viaje;
como niño sin padres ni fortuna te fuiste de viaje.
Yo soy el lugar a donde vas.

© 1976 The New Yorker Magazine, Inc. Reproducido con autorización.

LAS MUJERES SEGUN ELLAS MISMAS

Por Ann Morrissett Davidon

La cronista es escritora independiente y vive en Pennsylvania. Su reseña fue tomada de *The Nation*

Revelations: Diaries of Women (Revelaciones: diarios de mujeres). Compilado por Mary Jane Moffat y Charlotte Painter. Nueva York: Random House. 411 págs.

En la década pasada se divulgó un opulento legado de literatura femenina mucha de la cual había estado olvidada desde hacía bastante tiempo. Gran parte de ella se presentaba en la forma íntima y fragmentada de diarios que tan adecuada resulta a las vidas íntimas y fragmentadas de las mujeres de la clase alta. Los recientes y voluminosos diarios de la escritora Anais Nin son relativamente bien conocidos, pero ¿cuántas mujeres—y menos aún hombres—han leído los diarios de Virginia Woolf, George Sand, George Eliot, Sophie Tolstoy, Anna Dostoievsky, Selma Lagerlöf, Ruth Benedict, Käthe Kollwitz y muchas otras mujeres cuyos nombres son menos conocidos pero cuyos diarios son por lo menos igual de interesantes?

Dos californianas emprendieron la formidable tarea de seleccionar y preparar esa compilación y han producido una de las más emocionantes y conmovedoras colecciones de escritos de mujeres que yo haya leído. Mary Jane Moffat y Charlotte Painter son maestras y también inteligentes escritoras, como se evidencia en sus propios comentarios dispersos en este grueso volumen, y en el marco apropiado del prólogo de Moffat y la nota final de Painter. Antes del resumen del diario de cada una de las mujeres han intercalado breves notas biográficas que ilustran, lejos de estorbar.

© 1976 the Nation Associates, Inc.

La mayoría de las mujeres mencionadas tuvieron éxito en sus respectivas actividades, como escritoras, antropólogas, artistas; estas mujeres creativas encontraron formas de manifestarse públicamente aceptables, si bien, a menudo con seudónimo. ¿Por qué se apropiaron la angustiosa necesidad que presumiblemente ha impulsado a otras mujeres ilustradas, aunque más oprimidas, a poner de manifiesto sus vidas en diarios privados? ¿Por qué necesitaron *ellas* esta palpable analogía con las vidas de la mayor parte de las mujeres: "emocional, fragmentaria, interrumpida, modesta, no para ser tomada en serio, íntima, restringida, diaria, trivial, amorfa, preocupada por sí misma, tan interminable como sus tareas"?

Humor Cambiante

Como escribe Moffat en su prólogo "la emoción más común que se expresa en los diarios" es la soledad "que emana ya sea del aislamiento físico de las expresiones normales del discurso, como en el caso de Ana Frank, o de la alienación sicológica del medio propio, como en el caso de Fanny Kemble (casada con un propietario de esclavos) . . . o

del desamor, como sucedió con George Sand". Bien ¿y acaso la mayor parte de la gente no sufre por lo menos periódicamente de esas situaciones? La contestación es sí, por supuesto, pero la mayoría de la gente no tiene ni la cultura ni el tiempo libre para tales expresiones o ha encontrado otras manifestaciones más abiertas y variadas para sus reflexiones y emociones o para evitarlas.

Las mujeres representadas en este estudio exploran sus sentimientos con honestidad, con humor, dolorosa y sabiamente. Oigamos a Sophie Tolstoy en un día aciago del tercer año de su vida matrimonial:

> Siempre se me dijo que una mujer debe amar a su esposo, ser honorable y una buena esposa y madre. Escriben esas cosas en los libros elementales y es una tontería. Lo que hay que hacer es *no* amar. . . Todo mi orgullo está pisoteado en el lodo. No soy más que un miserable gusano aplastado a quien nadie quiere, a quien nadie ama, una inútil criatura con náuseas por la mañana y una enorme barriga, dos dientes podridos y mal genio, un estropeado sentido de la dignidad y un amor que nadie quiere y que casi me vuelve loca.

Pero otro día, unos años más tarde:

> Me hace reír leer de nuevo este diario. Está tan lleno de contradicciones que se diría que yo era una mujer muy infeliz. . . Sería difícil encontrar un matrimonio más feliz o más amigable que el nuestro.

Esas oscilaciones de humor y seguridad están presentes también en artistas supuestamente realizadas como Virginia Woolf, quien escribió a la edad de 38 años, casi al principio de su obra más prodigiosa:

> ¿Por qué es tan trágica la vida; tan parecida a una tira de pavimento sobre un abismo. Miro hacia abajo, me siento aturdida, me pregunto cómo voy a caminar hasta el otro extremo. Pero por qué siento esto: cuando lo digo no lo siento. . . La melancolía amengua mientras escribo. Por qué no lo escribo más a menudo? Bien, la vanidad lo prohíbe. Quiero parecer un éxito hasta para mí misma.

Y Käthe Kollwitz, sumergida en el dibujo y la pintura después de la muerte de su hijo en la Primera Guerra Mundial:

> Estancamiento en mi trabajo. Cuando me siento tan marchita, casi anhelo de nuevo la tristeza y cuando regresa siento que me despoja físicamente de toda la fuerza que necesito para trabajar.

En 1925, a la edad de 58 años escribió:

> Recientemente empecé a leer mis viejos diarios. Los que escribí antes de la guerra. Gradualmente empecé a sentirme deprimida. La razón para eso es que probablemente escribía cuando había obstáculos y detenciones en el curso de la vida y rara vez cuando todo iba bien y sin altibajos. . . Sentí claramente cómo un diario presenta medias verdades. . .

La Vida con los Hombres

Más que "medias verdades", quizá esos diarios presentan verdades completas sobre la mitad de la vida de una persona, porque estas mujeres parecen haber vivido plena y creativamente la otra mitad, incluso en cierto grado las que como Sophie Tolstoy y Anna Dostoievsky eran compañeras de "grandes hombres". Uno de los extremos más interesantes y conmovedores de este volumen es de Florida Scott-Maxwell, quien empezó a estudiar con Carl Jung a la edad de 50 años y a los 82 empezó un diario, publicado en 1968 como *The*

Measure of My Days (La medida de mis días), en el que escribió:

> La edad me intriga. Pensé que era una época tranquila. Mis 70 años fueron interesantes y bastante serenos, pero mis 80 son apasionados. Me vuelvo más intensa a medida que envejezco. Para mi sorpresa estallo con convicción acalorada. . .
>
> Se escribiría una historia inesperada si las esposas hablaran de cómo el trabajo—sus esfuerzos y sus logros—afecta a sus esposos; si dijeran honradamente cuánto queda en sus esposos que sirva para propósitos humanos y cuán bien se conserva la calidad humana. . .
>
> Cuando realmente se posee todo lo que se ha sido y lo que se ha hecho, lo que puede requerir algún tiempo, se vuelve uno ferozmente apegado a la realidad. Cuando por fin la edad nos ha integrado ¿no será fácil dejar atrás todo, vivido y saldado? . . .
>
> No vivimos a menudo con el aspecto superior del hombre—es decir. . . lo expresado en su trabajo—sino más habitualmente con su aspecto débil, cansado, sombrío. Accedemos a su voluntad, lo renovamos y aunque lo explotamos (ese es un juego mutuo) a menudo nos parece que es nuestro destino y nuestro papel lidiar con su inferioridad y ocultársela. Podemos hacerlo con sabiduría y gracia, pero generalmente proyectamos nuestras faltas uno contra otro, nada merece comentario y a veces solamente el perdón mutuo nos permite mirarnos de frente una vez más. . .
>
> El daño que las mujeres han soportado tanto tiempo puede tener un significado inconmensurable. Las mujeres somos el sitio de reunión de lo más alto y de lo más bajo, de las minucias y riquezas; nos corresponde ver, comprender y enorgullecernos de representarnos sinceramente. Quizá debemos decirle al hombre. . . Ha llegado el momento de forjar nuestra propia identidad aunque sea peligroso.

Inteligencia y Emoción

Podíamos seguir entresacando, con interminable proyección y doloroso placer, citas de esta absorbente colección que en cierta forma está arbitrariamente dividida en las categorías de "Amor", "Trabajo" y "Poder". Es difícil aplicar la forma convencional de crítica literaria a los sentimientos íntimos de estas mujeres y a sus candentemente honestas observaciones. ¿Cómo juzgar estas emociones tan profundamente sentidas, estas relaciones, estas vidas? Todo lo que se puede decir es que las mujeres representadas han expresado a su manera estas "medias verdades" de sus vidas con la claridad propia de su inteligencia y la angustia de su emoción. Me gusta pensar que no sólo las mujeres blancas de la clase media podrían sonreír y llorar de gratitud con este volumen carente de sentimentalismo, sino también todas las mujeres, todas las razas, y todos los hombres.

EL LENGUAJE DE LA MUSICA

Por David Cairns

David Cairns es el autor de *Responses: Musical Essays and Reviews* (Respuestas: ensayos y reseñas musicales) y traductor y editor de *The Memoirs of Hector Berlioz* (Las memorias de Hector Berlioz).

The Unanswered Question: Six Talks at Harvard (La pregunta sin respuesta: seis charlas en Harvard). Por Leonard Bernstein. Ilustrado con ejemplos musicales y grabaciones fonográficas. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press. 428 págs.

El genio comunicativo de Leonard Bernstein depende en parte de nuestra presencia allí y de la posibilidad de observar y deleitarnos con su extraordinaria facilidad para captar e ilustrar, con ejemplos de cualesquiera de los períodos o culturas musicales, las ideas que brotan de su fecundo cerebro.

Antes de leerlas, me pregunté si esas conferencias Charles Eliot Norton, dictadas en la Universidad Harvard, sobrevivirían el trasplante a la fría objetividad de la letra impresa. En efecto, el presente libro viene en una caja con un compartimiento especial que contiene seis pequeñas grabaciones fonográficas, en las que Bernstein demuestra al piano, con su estilo y lucidez acostumbrados, una variedad característica de puntos: la función de los armónicos, los principios de armonía en *La siesta de un fauno;* la criptotonalidad del *Opus 23* de Schoenberg; la "estructura profunda" de la *Sinfonía en sol menor* de Mozart; los procedimientos bitonales de Stravinsky, y la escala pentatónica japonesa de viejas composiciones favoritas.

Pero las grabaciones, que resulta engorroso escuchar al mismo tiempo que se lee el texto, no son esenciales. Bernstein en el libro es tan vital y evocador como Bernstein en la sala de conferencias. El libro crea su propia presencia física, su mundo rico y coherente. El único problema es hacer justicia a esa riqueza y dar una idea de la verdadera amplitud temática que abarcan los fluido argumentos de Bernstein, que parecen espontáneos y sin embargo están interrelacionados sin cesar.

La Música como Lenguaje

Bernstein empieza su libro con un tributo a su antiguo profesor de filosofía en Harvard, David Prall, quien le enseñó que "la mejor manera de 'conocer' algo es en el contexto de otra disciplina"; y uno de los aspectos del libro es un intento de apagar aquel antiguo fuego fatuo, el lenguaje de la música, con el uso de técnicas tomadas prestadas del estudio moderno de la lingüística. Al mismo tiempo, en el libro hay un propósito educativo al establecer "una analogía de trabajo con el lenguaje" que permitirá "hablar de música con amantes de la música, inteligentes pero no profesionales, que no sepan distinguir un *stretto* de una quinta disminuida".

Otro aspecto del libro es una ojeada al desarrollo de la música en los dos últimos siglos, en términos de ambigüeda-

Leonard Bernstein

des de expresión más y más complejas a medida que se explotaban implicaciones de las series armónicas progresivamente más remotas. La famosa composición enigmática de Charles Ives, *The Unanswered Question* que el propio compositor explicó en un sentido metafísico: "¿Cuál es el significado de la existencia?", se presenta por último como la interrogante que preocupa a todos los que hoy se interesan por la creación musical y la comunicación: "¿Adónde va la música en nuestro siglo?".

El libro es sobre todo una investigación de los problemas de la música moderna; y es por lo tanto sumamente pertinente la busca de "universales", para un lenguaje musical implícito equivalente a la hipótesis de Noam Chomsky acerca de una base lingüística innata común a todos y no es únicamente un juego fascinante, aunque también lo sea.

Bernstein dice que desde hace mucho tiempo lo perseguía la idea de semejante "gramática musical innata, de alcance mundial"; pero sólo la investigación que recientemente ha derivado hacia la idea similar de una gramática universal implícita a la palabra humana, fue lo que lo hizo pensar en una serie de conferencias basadas en ese tema. En su primer encuentro embriagador con las teorías chomskianas, Bernstein pasó una noche en vela reconstruyendo su propio "lenguaje-Ur" especulativo. Y trasmite vivazmente la emoción de la persecución, en particular cuando aplica la idea a la música. Su descubrimiento de que el

jocoso canturreo arquetípico que es común a los niños de todas partes deriva directamente de las series armónicas, y el paralelismo que establece entre la ambigüedad armónica del canturreo y la del inicio del *adagietto* de la *Quinta sinfonía* de Mahler son muy sugestivos en el contexto de su más amplia búsqueda.

En Busca de Significados

Soy completamente incompetente para juzgar la validez de sus especulaciones lingüísticas. La mayoría de ellas parecen muy persuasivas. Sin embargo, de vez en cuando sus analogías suscitan dudas. Pero en general, justifica con éxito su método experimental de dilucidar la música en términos de las tres categorías lingüísticas: fonología, sintaxis y semántica, y de usarlas para buscar los significados intrínsecos de la música y las transformaciones ocultas por medio de las cuales se generan y forman las estructuras de la superficie que nos deleitan o nos dejan perplejos. Si eso no es buena lingüística, indudablemente es un buen análisis musical. Y como Bernstein señala, es una idea razonable. Aunque la hipótesis de los lingüístas está aún por demostrarse, la música tiene una universal interconstruida, preordenada, que son las series armónicas.

La analogía entre la frase musical y el sustantivo, entre la armonía y el adjetivo que le da color al sustantivo, y entre el ritmo y el verbo que lo activa, es en sí intrigante. Pero más allá de esto, la lingüística ha dado a Bernstein un nuevo ímpetu para enfocar las expresiones musicales y observar cómo funcionan. Ha realzado una capacidad excepcional, ya probada, para enseñar música y compartir su experiencia de ella. Analiza la *Sinfonía en sol menor* de Mozart en términos de su refrenamiento diatónico del cromatismo y de su "cromatismo rítmico": Mozart "juega" con nuestro instinto de simetría y lo hace "ambiguo" al usar el proceso igualmente universal de lo que en lingüística se llama la supresión que trabaja contra ese instinto. El resultado no es un marchitamiento de nuestra respuesta natural a la belleza de la música—nada de eso—sino un enriquecimiento de nuestra comprensión de ella.

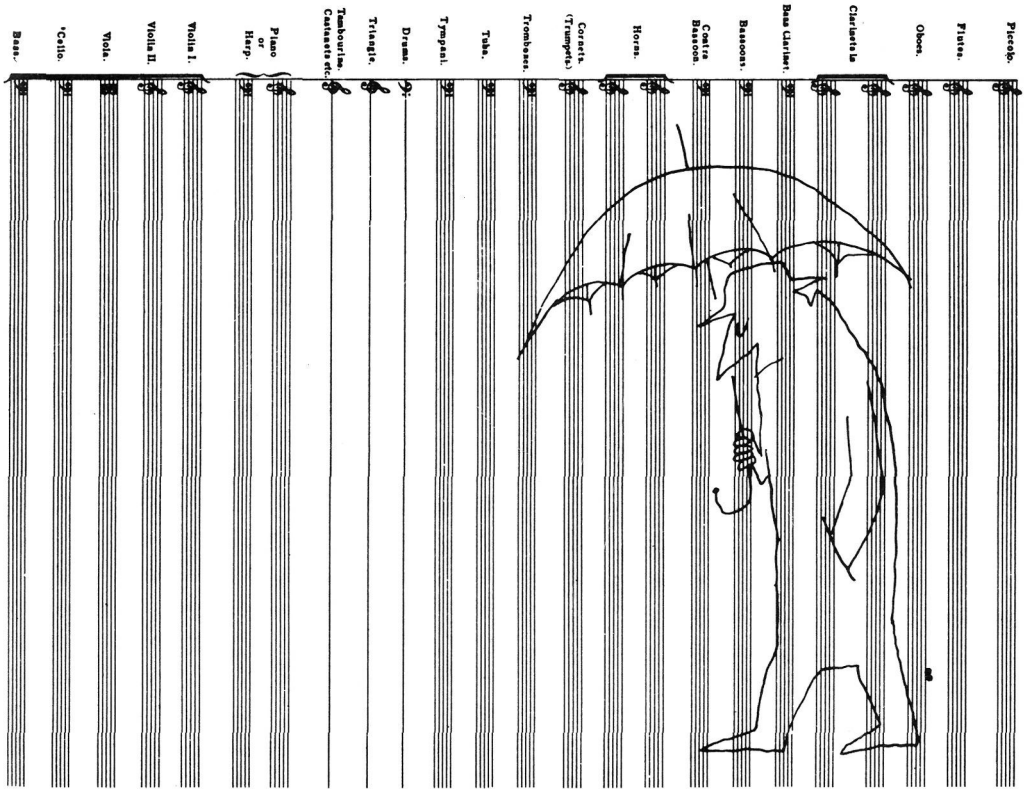
Igualmente, el examen del uso muy preciso y orgánico de la politonalidad y "disonancias" rítmicas de Stravinsky en *La consagración de la primavera,* obra que en alguna ocasión los críticos—Dios los perdone—consideraron tan caprichosa e injustificadamente brutal como la música de los salvajes (¡lo cual constituye una doble falacia!), sólo nos produce deleite y un sentimiento de admiración. La disección que hace Bernstein de *La siesta de un fauno,* de Debussy—ambigüedad apenas contenida dentro de límites diatónicos—es una aventura en sí misma (aquí las grabaciones sí son verdaderamente útiles); y cuando trata el final de la *Novena sinfonía* de Mahler, esa triple profecía de muerte—del propio Mahler, de la tonalidad y de la civilización—seguimos sus palabras con emoción apasionada. Es como un cuento cuya lectura no se puede interrumpir; sin embargo, Bernstein simplemente describe lo que está allí.

Desaparece la Escisión

Con Mahler alcanzamos la esencia, el meollo del asunto: la crisis del siglo XX. Aquí el alcance de las alusiones de Bernstein es más amplio que nunca: su mente es un veloz molino de ideas. Creo que exagera las afinidades entre T. S. Eliot y Stravinsky, más vigoroso, más

original, y también el grado en que el gran arte del siglo es producto de la protesta o la desesperación. Obras maestras que no son neuróticas, que han nacido del gozo, han sido escritas aun a la sombra de la extinción planetaria. Pero Bernstein se muestra maravillosamente elocuente y perceptivo ante la maestría y tranquilo heroísmo con que Stravinsky ha revitalizado la tonalidad. Lo que dice de la revolución de Schoenberg (quien sumió todo en la confusión por haber llegado antes de lo debido) está lleno de sentido y de sugerencias.

A fin de cuentas, quizá la misma fertilidad de las ideas de Bernstein da por resultado un cierto carácter difuso. La lógica comienza a ser remplazada por un optimismo casi místico. Quizá inevitablemente, dado el tema. Hasta cierto punto Bernstein desarma cualquier escepticismo con sus palabras finales: "Creo que *The Unanswered Question,* de Ives, tiene una respuesta. Ya no tengo la plena seguridad de cuál es la pregunta, pero sé que la respuesta es *Sí*". ¡Esperamos que esté justificada esta conclusión! En todo caso, Bernstein no ha tratado de probarla: sencillamente *siente* que la gran escisión del siglo XX (que ha explicado con tanta brillantez) está en proceso de desaparecer; que *existe* un lenguaje musical universal cuya fuente está en las series armónicas; que ha llegado el momento de la reconciliación; que los compositores de vanguardia están volviendo a sus raíces tonales; y que la creatividad es insaciable y está siempre con nosotros. Su libro, por lo menos, es una prueba viva de eso.



EL DISEÑO DE CASAS

Por Paul Goldberger

A los 25 años de edad, el autor obtuvo el puesto de crítico de arquitectura de *The New York Times,* del cual se ha reproducido su presente estudio. Sus artículos sobre arte y arquitectura se han publicado en numerosos periódicos.

The Place of Houses: Three architects suggest ways to build and inhabit houses (El lugar de las casas: tres arquitectos sugieren formas de construir y habitar casas). Por Charles Moore, Gerald Allen y Donlyn Lyndon. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. 278 págs.

El proyecto de viviendas para trabajadores en Pessac, Francia, que Le Corbusier elaboró en 1925, se compuso originalmente de formas puras y claras dispuestas racionalmente para aprovechar el aire y la luz. Aparentemente, las viviendas incorporaban muchos de los objetivos formales y sociales de la arquitectura moderna. Pero, para muchos de sus ocupantes, los edificios sólo eran cajones blancos, no casas; reparaban mucho más en la decoración que se les había negado que en las grandes cantidades de luz y de espacios abiertos que se les proporcionaron. Como lo señalaron Charles Moore, Gerald Allen y Donlyn Lyndon, los residentes querían una "imagen de casa" y para lograrla agregaron al proyecto original persianas, molduras decorativas y divisiones interiores.

© 1975 por The New York Times Company. Reproducido con autorización.

"Cuando recorremos en auto las ciudades y suburbios observamos que no todas las casas nuevas son 'modernas' ", dicen Moore y sus coautores; observación que podría servir como una declaración de propósitos para su soberbio libro *The Place of Houses*. He aquí lo que ellos escribieron:

> Esto es extraño porque en la historia de la arquitectura, por ejemplo en los períodos Georgiano, Federalista o Renacimiento Griego, la mayoría de las casas, grandes o pequeñas, eran de estilo Georgiano, Federalista o de Renacimiento Griego. En la actualidad, cada ciudad o cada suburbio tiene por lo menos una o dos casas "modernas", pero son la excepción y no la regla. La mayoría de las casas nuevas son de estilo "tradicional", y recuerdan vagamente el estilo "Williamsburg" o el "Provincial Francés". . . Esto ocurre así, posiblemente, porque la mayoría de las familias ansían hacer de sus casas una imagen de sus vínculos reales o imaginarios con el pasado, antes bien que hacer frente a las desarraigantes visiones del futuro.

Sin reglas

La premisa de *The Place of Houses* (uno de cuyos autores, el Sr. Moore, goza de considerable prestigio como proyectista de viviendas) es que la mayoría de los arquitectos modernos proyectan sin tomar debidamente en cuenta las necesidades de la gente y, lo que es más significativo, con poco interés por las aspiraciones humanas. Lo insólito del libro es que no está escrito desde el punto

de vista de la mayoría de los que atacan al movimiento moderno. No es un llamado ingenuo al clasicismo o a cavar madrigueras en el subsuelo o a permitir que la tecnología determine nuestro futuro. Es más bien una reseña de la vivienda que toma como punto de partida la suposición de que el pluralismo, detestado desde tiempo atrás por el movimiento moderno, es conveniente. El Estilo Internacional se consideró a sí mismo como el único camino verdadero, que daba nuevo aliento y una vida mejor para todos. El Sr. Moore y sus colegas responden que no hay camino verdadero, que no hay reglas.

Este libro desciende en cierto modo de la obra de Robert Venturi *Complexity and Contradiction in Architecture* (Complejidad y contradicción en arquitectura), una de las primeras (1967) que atacaron la ortodoxia de la arquitectura moderna y que es tal vez la obra clásica en la materia. Una de las tareas que un buen discípulo puede desempeñar es tomar un mensaje y trasmitirlo luego a un auditorio más numeroso. Eso es exactamente lo que hace *The Place of Houses*. Toma el docto argumento de Venturi, de que la arquitectura moderna no funciona, y lo amplía en una serie de pautas que cualquier lector puede utilizar como ayuda en el planeamiento de una casa o, simplemente, en la apreciación de la arquitectura.

Esta es una de las pocas reseñas de casas o arquitectura moderna que no recurre al análisis formal en un grado significativo. En *The Place of Houses,* los autores deciden interesarse más en la imagen que en la forma y, al hacerlo, definen más claramente su rompimiento con la ortodoxia de la arquitectura moderna, que tradicionalmente ha dado tanta importancia a la racionalidad de las formas. No se trata aquí de la actitud de Le Corbusier al proyectar Pessac, sino más bien de la de McKim, Mead & White al crear una mansión de la Quinta Avenida de la ciudad de Nueva York, con un decorado cuyo fin era dar al edificio una imagen específica.

Imágenes de Exito

"La imagen de casa ejerce enorme influencia sobre la mente humana", escriben los autores; declaración con la que pocos arquitectos, modernos o de otras tendencias, no estarían de acuerdo. Pero cuando el movimiento moderno trató de redefinir esa imagen (como la "máquina donde vivir" de Le Corbusier, por ejemplo), Moore y sus colegas prefirieron, más humildemente, estudiar las imágenes que las casas han mantenido en el pasado. El libro se inicia con el examen de tres lugares que, en opinión de los autores, constituyen loables ejemplos de imágenes de éxito: Edgartown, Massachusetts, una antigua aldea; Santa Barbara, California, un ambiente español falso y el más francamente teatral de los tres; y Sea Ranch, el condominio californiano de mediados de la década de los sesentas proyectado por Moore, que inspiró toda una generación de viviendas tipo cabaña, de madera entablada.

The Place of Houses continúa con lo que los autores llaman, "en sonriente lealtad al precedente clásico", las tres disposiciones: la disposición de las habitaciones, la disposición de los aparatos y la disposición de los sueños. En esos capítulos se habla profusamente de las escaleras (¿deben ser amplias y centrales, o modestas y ocultas?), de los cuartos de baño (¿deben tratarse como espacios funcionales o como espacios habitacionales?), y del simbolismo (¿debe sugerir la casa un espacio abierto, un sitio cerrado

como el claustro materno o bien una época pasada?).

Estas observaciones tienen por objeto ayudar a los lectores a integrar en un plano práctico de vivienda las habitaciones, los aparatos o accesorios, y los sueños que desean y necesitan. Los autores no pretenden sugerir algún tipo particular de producto terminado, sino que simplemente tratan de instar al lector a que defina lo que desea para sí.

The Place of Houses será obviamente menos útil que los libros de modelos de casas del siglo XIX, de los cuales trata de ofrecer una versión moderna, por su falta de proyectos completos. Su valor para el constructor potencial se deberá mayormente a la ayuda que le preste para conceptualizar su idea de espacio habitable y definir así sus necesidades en las primeras etapas del proyecto.

Pero el libro alcanza el mayor éxito de todos simplemente como declaración, hecha por lo que cada día más se considera como el período posmoderno, de lo que debe ser una casa. *The Place of Houses* expresa que la casa puede ser casi cualquier cosa que su ocupante desee que sea y, por simple que parezca, esta declaración es sin duda muy significativa en términos de la evolución de la arquitectura contemporánea.

CREDITOS: página 23, dibujo de Elizabeth Dauber; © 1965 por The Reporter Magazine Co.; página 29, dibujo de Saul Steinberg, © 1966 Saul Steinberg. De *The Inspector* (Viking Press). Originalmente en *The New Yorker;* página 30, foto de Fabian Bachrach; página 52, dibujo de Peter Burchard, reproducido de *Interplay*, noviembre 1969, © 1969 por la Welkin Corp.; página 62, foto de Kasakoff; página 65, foto de Alfred Berheim; página 101, dibujo de Henry Martin, © 1965 Saturday Review, Inc.; página 108, 109 y 115, cortesía de The Library of Congress; página 123, foto de Ken Heyman; y página 128, dibujo de John Zacharias.